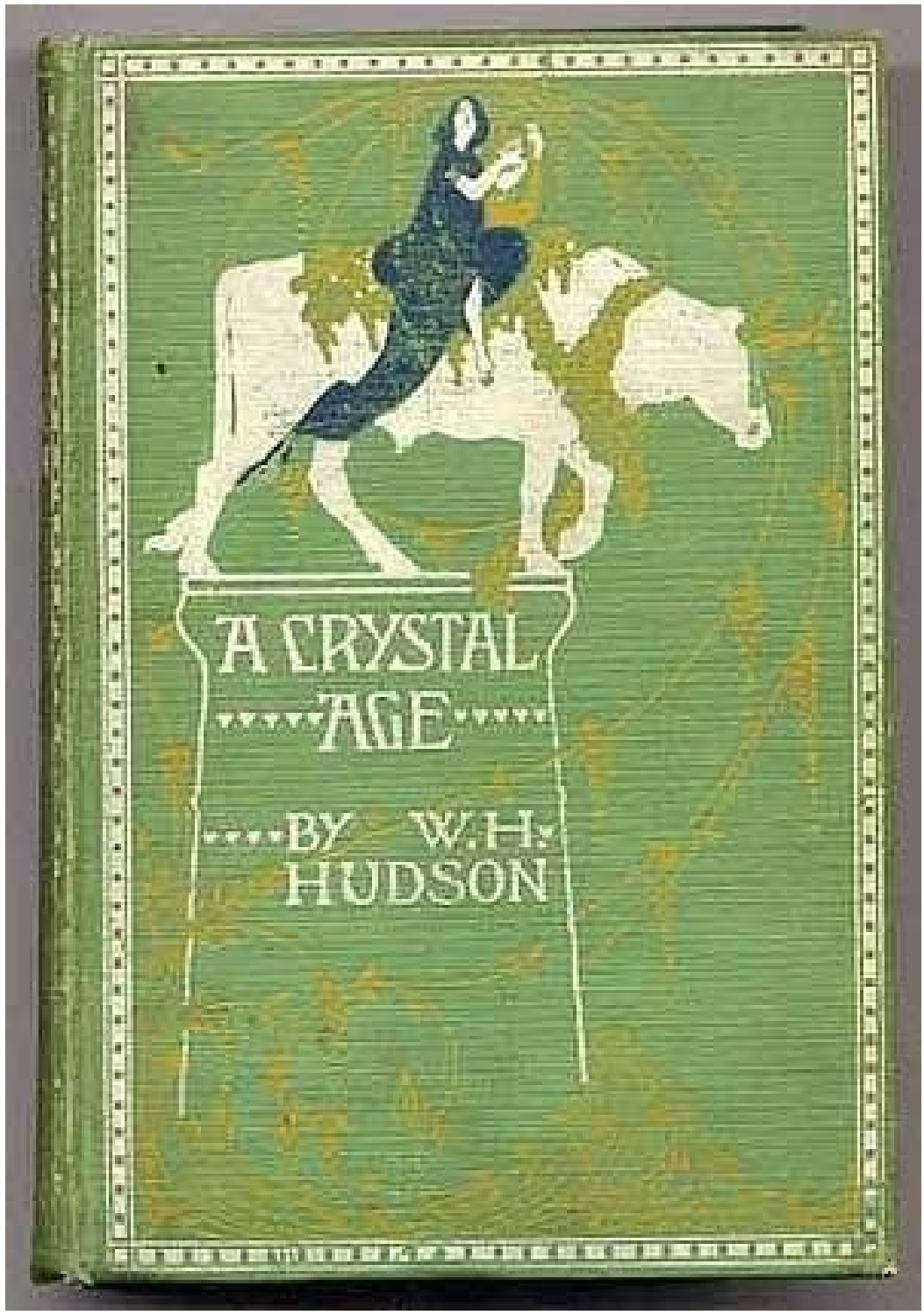
UNA ERA DE CRISTAL

W. H. HUDSON

ARCHIVO HISPÁNICO

Obra original: *A Cristal age* – W. H. Hudson, edición de 1922.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

ARCHIVO
HISPÁNICO


A CRYSTAL
AGE
BY W.H.
HUDSON

PREFACIO

Los romances del futuro, por muy fantásticos que sean, despiertan en la mayoría de nosotros un interés permanente, aunque leve, ya que nacen de un sentimiento muy común: una sensación de insatisfacción con el orden existente, combinada con una fe vaga o una esperanza en uno mejor que vendrá. La imagen que se nos presenta es falsa; la sabíamos que sería falsa antes incluso de verla, ya que no podemos imaginar lo desconocido más de lo que podemos construir sin materiales. Nuestra atmósfera mental nos rodea y nos encierra como nuestra propia piel; nadie puede presumir de haber escapado de esa prisión. El vasto y desmesurado panorama se extiende ante nosotros, pero, como añade tristemente el poeta, "nubes y tinieblas reposan sobre él". Sin embargo, no podemos suprimir toda curiosidad, ni dejar de preguntarnos unos a otros: ¿cuál es tu sueño, tu ideal? ¿Cuál es tu *Noticias del Aquí y Ahora*, o más bien, cuál es el resultado del pequeño empujón que tu mano ha dado al viejo juguete de cartón con una docena de cristales de colores como contenido? Y, lo más importante de todo, ¿puedes presentarlo en forma de narrativa o romance que me permita pasar una hora de ocio sin aburrimiento? ¿Cómo, por ejemplo, se compara con otros libros proféticos en la estantería?

No me refiero a autores vivos; menos aún al flamenco de las letras que durante la última década ha sido una maravilla para las aves de nuestra isla. ¿Qué podría decir de él que no sea conocido por todos? —que es el ave más alta, terrestre o acuática, de forma sumamente singular, y que tiene alas carmesí con puntas negras plegadas bajo su delicado plumaje rosado. Estos otros libros a los que me refiero, escritos, digamos, entre treinta o cuarenta años y un siglo o dos atrás, nos divierten de una manera que sus pobres autores muertos nunca pretendieron. Los más divertidos son los muertos que se toman a sí mismos en serio, cuyos libros son púlpitos exquisitamente tallados y

decorados con piedras preciosas y dosellos de seda en los que se alzan y predicaban a sus contemporáneos.

De igual forma, al repasar este libro mío después de tantos años, me divierte ver cómo está teñido por las pequeñas culturas, locuras y modos de pensar de los años ochenta del siglo pasado. Eran tan importantes entonces, y ahora, si se recuerdan en absoluto, parecen tan triviales. Me agrada ser distraído de esta manera con *Una era de cristal* —descubrir, de hecho, que no he permanecido inmóvil mientras el mundo ha avanzado.

Esta crítica se refiere al caso, a la costumbre del libro más que a su espíritu, ya que cuando escribimos, como pensaba el indio rojo, impartimos algo de nuestras almas al papel, y es probable que si escribiera un nuevo sueño del futuro, aunque en algunos aspectos fuera muy diferente de este, aún sería un sueño y una imagen de la raza humana en su período forestal.

¡Ay, que en este caso el deseo no pueda inducir la creencia! Porque ahora recuerdo otra cosa que la Naturaleza dijo: que la excelencia terrenal solo puede llegar por un camino, y que el fin de la pasión y la contienda es el comienzo del deterioro. En verdad, es una enseñanza difícil, y la más difícil que podemos aprender de ella sin perder el amor y despedirnos para siempre de la esperanza.

W. H. H.

September 1906.

Capítulo 1

No sé muy bien cómo pasó; mis recuerdos de todo el asunto están bastante borrosos. Me imagino que había salido a una expedición botánica, pero no sé si fue cerca de mi casa o en el extranjero. El caso es que recuerdo que me había entusiasmado mucho con el estudio de las plantas y que, mientras buscaba alguna variedad en las montañas, me senté a descansar a la orilla de un barranco. Tal vez fue en el borde de una roca saliente; el punto es que, si mal no recuerdo, el suelo cedió a mi alrededor y caí al vacío. Fue una caída considerable —probablemente de unos diez o doce metros, o quizás más— y quedé inconsciente.

Es imposible decir cuánto tiempo estuve ahí tirado bajo el montón de tierra y piedras que arrastré en mi caída; tal vez mucho tiempo. Pero al final volví en mí y logré salir de entre los escombros, como un topo que sale a la superficie para sentir el calor del sol en sus ojos cansados. Me encontré de pie (curiosamente, apoyado en cuatro puntos) en un enorme hoyo formado por el derrumbe de un árbol muerto gigantesco que medía unos diez o doce metros de circunferencia. El árbol había rodado hasta el fondo del barranco, pero el hueco donde habían quedado los enormes restos de las raíces cortadas estaba situado en una suave pendiente ¡en la parte alta de la orilla! Me desconcertó mucho cómo pude haber caído desde tanta altura si no había ninguna elevación; parecía como si la tierra firme se hubiera dedicado a hacerme alguna broma pesada de transformación mientras yo estaba inconsciente.

Otra circunstancia extraña era que tenía una gran masa de pequeñas raíces fibrosas tejidas firmemente alrededor de todo mi cuerpo, como si fuera una oruga en su capullo o una botella con funda de mimbre. ¡Parecía que las raíces hubieran crecido a mi alrededor! Por suerte estaban secas y quebradizas, así que, sin romperme mucho la cabeza pensando en el asunto, me puse a quitármelas. Después de despojarme de esa cubierta leñosa, vi que mi ropa de lana escocesa no había sufrido mucho daño, aunque la tela tenía un olor a humedad y moho. También noté que mis botas de montaña de suela gruesa se veían agrietadas y oxidadas, como si hubiera estado trabajando en una fábrica de ladrillos; mi sombrero de fieltro estaba tan desteñido y maltratado que me dio casi vergüenza ponérmelo. Mi reloj no estaba (quizás ni siquiera lo traía puesto), pero mi billetera con el dinero estaba a salvo en el bolsillo del pecho.

Feliz y agradecido de haber escapado sin un solo hueso roto de un accidente tan peligroso, empecé a caminar por la orilla del barranco, que pronto se ensanchó hasta convertirse en un valle entre dos colinas empinadas. Entonces, al ver agua al

fondo y sentir mucha sed, bajé corriendo la pendiente para beber algo. Al tirarme de pecho para calmar la sed como un animal, me asombró el reflejo de mi cara en el agua: ¡la piel y el pelo estaban cubiertos de una costra de arcilla y raíces! Después de beber un buen rato, me quité la ropa para bañarme; tras remojarme por media hora, logré quitarme toda la suciedad acumulada. Mientras me secaba con el viento, sacudí la arena y la arcilla de mi ropa, me vestí y, sintiéndome mucho mejor, seguí mi camino.

Caminé cerca de una hora siguiendo las curvas del valle, pero al no ver ninguna casa, subí a una colina para ver mejor los alrededores. El paisaje que apareció ante mis ojos cuando alcancé unos sesenta metros de altura me resultó desconocido. Las colinas por las que había estado vagando quedaban atrás; frente a mí se extendía un campo abierto y ondulado, más allá del cual se alzaba una cordillera que a lo lejos parecía nubes azules con picos de un blanco nacarado. Al ver esa escena, casi me pongo a gritar de alegría; la inmensidad bañada por el sol y la brisa pura de la montaña me hacían sentir increíble. Era finales de verano, eso estaba claro; el suelo estaba húmedo, como si hubiera llovido hace poco, y la tierra tenía ese verde intenso y vibrante que recupera cuando pasan los grandes calores. Sin embargo, el follaje de los bosques ya empezaba a mostrar tonos amarillos y rojizos. No podía imaginar una escena más tranquila y reconfortante. Se veía una casa grande a la vista, pero ningún pueblo, ni siquiera una aldea, y ni un solo campanario. Busqué en vano en el horizonte esperando ver el rastro de vapor de algún tren. Esto me preocupó bastante, pues no tenía idea de que me había alejado tanto de la civilización buscando plantas o lo que sea que me hubiera llevado a ese desierto tan bonito y primitivo. Pero no era del todo un desierto, porque allí mismo, a menos de una hora de camino, estaba la gran casa de piedra cerca del río. También se veían caballos y vacas, y varias ovejas pastando en la ladera debajo de mí.

Por extraño que suene, tuve un pequeño percance por culpa de las ovejas, un animal que uno suele considerar tímido e inofensivo. Cuando empecé a caminar rápido hacia la casa para pedir informes, unas ovejas que estaban cerca empezaron a balar fuerte, como asustadas, y de pronto empezaron a seguirme muy alteradas. No les presté mucha atención, pero de repente un par de caballos, atraídos por los balidos, también se sorprendieron al verme y vinieron galopando hacia mí hasta detenerse a unos veinte metros. Eran unos animales magníficos, evidentemente caballos de tiro bien cuidados, porque su pelaje de color cobrizo brillaba bajo el sol. En otros aspectos no se parecían a los caballos comunes: tenían colas que llegaban al suelo y unas melenas negras inmensas que les daban un aspecto imponente y algo temible. Se quedaron mirándome fijamente con la

cabeza en alto y, de repente, lanzaron un resoplido de desafío o asombro tan fuerte y repentino que me asustó como el disparo de un arma. Ese tremendo resoplido trajo a otro enemigo al campo: un enorme toro blanco con cuernos largos. Era un animal muy noble, pero de esos que prefiero admirar detrás de una cerca o con binoculares. Por suerte, sus mugidos me avisaron a tiempo y, sin esperar a ver qué quería hacer, salí corriendo hacia un grupo de árboles en la parte baja de la colina. Agotado y jadeando por la carrera, me abracé a un árbol grande y, al darme vuelta para enfrentar al enemigo, vi que no me habían seguido: ovejas, caballos y el toro estaban todos juntos donde los dejé, aparentemente consultando o comparando notas.

Los árboles donde busqué refugio eran viejos y crecían dispersos; era un paraje hermoso donde se mezclaban arbustos y flores. Me sorprendió encontrar higueras muy grandes y antiguas, con avispas y moscas alimentándose de higos maduros en las ramas altas. También había abejas por todos lados, extrayendo néctar de las flores de otoño y llenando el lugar con un zumbido suave y monótono. Mientras caminaba lleno de pensamientos felices y sintiendo lo dulce que es la vida, noté que una multitud de pajaritos empezaba a rodearme. Volaban por los árboles y arbustos, siempre cerca de mí, tan alterados como si yo fuera un búho gigante o algún monstruo. Al principio me dio risa su gorjeo incesante, pero al final empezó a irritarme. Noté que la alarma se extendía y que empezaban a aparecer aves más grandes que suelen huir de los humanos, como palomas y urracas. Me pregunté con preocupación si me habría metido en algún lugar deshabitado para causar tanto revuelo entre los pájaros. Pero descarté la idea rápido: uno no encuentra casas, animales domésticos y árboles frutales en lugares desiertos. No, era simplemente la terquedad de los pajaritos por molestar. Buscando algo que tirarles, encontré una nuez recién caída; rompí la cáscara y me la comí. ¡Nunca nada me había sabido tan rico! Pero tuvo un efecto curioso: antes de comerla no tenía hambre, pero ahora sentía que me moría de debilidad y empecé a buscar más nueces con desesperación. Había por todos lados; sin saberlo, estaba caminando por un bosque de nogales viejos. Comí una tras otra, habré devorado unas cuatro o cinco docenas antes de quedar satisfecho. Durante la comilona no les hice caso a los pájaros, pero cuando terminé, volvieron a molestarme y empecé a tirarles nueces. Me dio risa y coraje al mismo tiempo ver lo mala que era mi puntería; no le atinaba a nada ni a diez metros. Después de media hora de práctica, mi mano derecha recuperó la habilidad y me puse feliz cuando una de mis nueces pasó zumbando como una bala a solo un metro del pajarito al que le apunté. A los "impertinentes" no les gustó nada; se dieron cuenta de que yo era peligroso, se desmoralizaron y se dispersaron, dejándome finalmente en paz.

—¡Qué tonto soy! —exclamé de pronto—. Perdiendo el tiempo aquí cuando la estación de tren o el hotel más cercano podrían estar a treinta kilómetros.

Me apuré, pero al salir del bosque, en un pasto verde cerca de unos arbustos de laurel, encontré un hoyo cavado que parecía reciente; la tierra suelta se veía fresca y húmeda. El foso era estrecho, de un metro y medio de profundidad y un poco más de dos metros de largo; me pareció que se veía extrañamente como una tumba. A unos metros había una pila de leña seca y unos bultos amarrados con cuerdas de paja. Mientras me preguntaba qué significaba aquello, miré hacia la casa y vi a un grupo de unas quince personas avanzando por el valle hacia donde yo estaba. Adelante iba un anciano de barba blanca; luego ocho hombres cargando una plataforma sobre sus hombros con algo pesado encima, y detrás venían los demás. Empecé a pensar que de verdad llevaban un cadáver para enterrarlo en el foso donde yo estaba parado. Y aunque no parecía un funeral (nadie vestía de negro), me convencí cuando distinguí una figura humana envuelta en una manta sobre la plataforma. Todo me pareció muy inusual y me hizo sentir extremadamente incómodo, tanto que decidí esconderme tras los arbustos para observar sin que me vieran.

Guiados por el anciano —que llevaba colgado de unas cadenas un gran recipiente de bronce para incienso soltando un hilo de humo— llegaron directo al foso. Tras dejar la carga en el pasto, se quedaron parados unos minutos descansando y conversando en voz baja. El cuerpo, que parecía el de un hombre adulto, estaba cubierto con una tela blanca y descansaba sobre un colchón de paja grueso con asas. Sin embargo, apenas miré el cuerpo; estaba totalmente concentrado observando al grupo de personas, porque no se parecían a nadie que hubiera visto antes. El anciano era alto y delgado; por su barba blanca como la nieve le calculé unos setenta años, pero estaba derecho como una flecha y se movía con la agilidad de alguien mucho más joven. Llevaba un gorro rojo oscuro y una túnica que le cubría todo el cuerpo hasta los tobillos, de un color amarillo intenso; pero sus mangas largas por debajo eran de color rojo oscuro bordadas con flores amarillas. Los otros hombres no llevaban nada en la cabeza y tenían el pelo largo hasta los hombros, casi siempre muy oscuro. Su ropa era diferente: una especie de falda corta hasta la rodilla, una camisa amarilla clara ajustada y encima un chaleco suelto sin mangas. Llevaban las piernas cubiertas por medias con patrones y colores muy extraños. Las mujeres vestían de forma similar, pero sus mangas ajustadas solo llegaban al codo y la prenda exterior era una sola pieza, como un chaleco largo sin mangas hasta la cadera. Los colores variaban, pero predominaban los azules y amarillos suaves. Lo más llamativo eran las medias, que tenían colores más intensos y un diseño con bandas que recordaba a la piel de una

serpiente grande. Todos calzaban zapatos bajos de color marrón anaranjado, ajustados de tal forma que se notaba perfectamente la forma del pie.

Desde el momento en que los vi, no tuve dudas sobre el sexo del anciano que encabezaba la procesión; su brillante barba blanca era tan visible a la distancia como un escudo o una bandera. Sin embargo, al mirar a los demás, al principio me desconcertó saber si el grupo estaba compuesto por hombres, por mujeres o por ambos, porque se parecían muchísimo en la estatura, en sus rostros sin vello y en el largo del cabello. Al observarlos más de cerca, noté la diferencia en la vestimenta de cada sexo; también que los hombres, aunque no fueran más severos, tenían rasgos menos suaves y delicados que las mujeres, y una muy ligera pelusilla en las mejillas y el labio superior.

Después de un primer vistazo rápido al grupo en general, mis ojos se centraron en una sola persona: una chica elegante y hermosa de unos catorce años, por mucho la más joven de todos. Describirla dará una idea (aunque sea una muy pobre) de las caras y la apariencia general de esta extraña gente con la que me había topado. Su vestido —si es que se le puede llamar así a una prenda tan corta— tenía un patrón azul pizarra sobre un fondo color paja, mientras que sus medias eran de tonos más oscuros de los mismos colores. Sus ojos, a la distancia que yo estaba, parecían negros o casi negros, pero al verlos de cerca resultaron ser verdes; un verde mar maravillosamente puro y tierno. Descubrí que los demás tenían ojos del mismo tono. El cabello le llegaba a los hombros, pero era muy ondulado o rizado, y se le escapaba en pequeños mechones como hilos sobre el cuello, la frente y las mejillas. El color era un negro dorado; es decir, negro en la sombra, pero cuando le daba la luz del sol, cada cabello se convertía en un hilo de oro rojizo brillante. Con cierta luz, parecía cabello negro intenso espolvoreado con polvo de oro. En cuanto a sus facciones, la frente era más ancha y baja, la nariz más grande y los labios más delgados que los de nuestros patrones de belleza femenina más conocidos. El color también era distinto: su boca, delicadamente moldeada, era de un rojo púrpura en lugar del clásico tono cereza o coral; su tez era morena clara y el color que le subía a las mejillas en momentos de emoción era un rojo opaco o cobrizo, más que un rosado.

La forma y el rostro exquisitos de esta joven me causaron una impresión muy profunda desde el primer instante; no dejé de observar cada uno de sus movimientos y gestos con un interés intenso, incluso apasionado. Tenía un montón de flores en la mano, pero noté que estas flores eran todas de colores muy vivos, lo cual me pareció extraño, ya que en la mayoría de los lugares se usan flores blancas para los funerales. Algunos de los hombres que seguían el cuerpo traían

palas de bronce anchas y triangulares, con mangos negros cortos, que soltaron sobre el pasto al llegar a la tumba. De pronto, el anciano se agachó y retiró la manta que cubría la cara del difunto: un rostro rígido, blanco como el mármol, enmarcado en una masa de pelo negro suelto. Los demás se acercaron y, algunos de pie y otros de rodillas, clavaron en aquel rostro inmóvil una mirada larga y profunda, como despidiéndose para siempre de alguien a quien habían amado mucho. En ese momento, la hermosa chica que describí se lanzó de repente de rodillas ante el cadáver con un grito de llanto y, agachándose, besó el rostro con un dolor apasionado. "¡Ay, amor mío!, ¡¿ahora tenemos que dejarte solo para siempre?!", gritaba entre los sollozos que sacudían todo su cuerpo. "¡Ay, mi amor, mi amor, mi amor!, ¡¿es que ya no vas a volver con nosotros?!".

A todos los demás se les veía muy conmovidos por su dolor, y entonces un joven que estaba allí cerca la levantó del suelo y la acercó suavemente a su costado, donde ella siguió llorando convulsivamente por unos minutos. Algunos de los otros hombres pasaron cuerdas por las asas del colchón de paja donde descansaba el cuerpo y, levantándolo de la plataforma, lo bajaron al foso. Luego, cada persona se acercó por turno y dejó caer algunas flores en la tumba, diciendo simplemente la palabra "Adiós" mientras lo hacían; después de eso, cubrieron todo con la tierra suelta usando las herramientas de bronce. Sobre el montículo colocaron la estructura de madera donde había estado el colchón, amontonaron encima la leña seca y los bultos de ramas, y les prendieron fuego con una brasa del incensario. Al poco tiempo, de la pila salió humo blanco y el crujido de las llamas, y en pocos momentos todo se convirtió en una hoguera ardiente.

Se quedaron alrededor esperando en silencio hasta que el fuego se consumió por completo. Entonces el anciano se acercó, extendió los brazos sobre las cenizas blancas que aún humeaban y gritó con voz fuerte: "¡Adiós para siempre, hijo muy querido! Con profundo dolor y lágrimas te hemos devuelto a la Tierra; pero hasta que ella haga crecer de nuevo la hierba dulce y las flores en este lugar, quemado y desolado por el fuego, nuestros corazones no sanarán de su herida ni olvidarán su pena".

Capítulo 2

El tono conmovedor y triste con el que pronunció esas palabras me afectó bastante; y cuando terminó la ceremonia, seguí mirando al vacío hacia donde estaba él, sin darme cuenta de que la hermosa joven tenía sus ojos, muy abiertos y asombrados, clavados justo en el arbusto que yo, ingenuamente, creía que me ocultaba.

De pronto exclamó: —¡Papá, mira allá! ¿Quién es ese hombre tan raro que nos está espiando detrás de los arbustos?

Todos se volvieron, y en ese momento sentí que catorce o quince pares de ojos muy perspicaces se fijaban en mí, viéndome con toda claridad. Resulta que, por mi curiosidad y emoción, me había salido de los arbustos más tupidos para situarme detrás de un matorral ralo y casi sin hojas, que apenas ofrecía la más pobre excusa de refugio. Poniendo buena cara al asunto, aunque no me sentía del todo tranquilo, salí y me acerqué a ellos, quitándome en el camino mi viejo y maltrecho sombrero e inclinándome repetidamente ante los presentes. Mi saludo cortés no fue correspondido; todos, con creciente asombro dibujado en sus rostros, siguieron observándome como si contemplaran alguna aparición grotesca. Pensando que lo mejor era explicarme de inmediato y disculparme por haber irrumpido en sus ritos, me dirigí al anciano:

—De veras le pido disculpas —dije— por haberlos molestado en un momento tan inoportuno y mientras están ocupados en estos… estos solemnes ritos; pero le aseguro, señor, que ha sido completamente accidental. Resulta que pasaba caminando por aquí cuando los vi llegar, y creí conveniente apartarme hasta… bueno, hasta que terminara el funeral. El hecho es que sufrí un grave accidente en las montañas de allá. Caí a un barranco, y un gran montón de tierra y piedras cayó sobre mí y me dejó aturdido; no sé cuánto tiempo permanecí allí antes de recuperar el sentido. Supongo que estoy invadiendo propiedad ajena, pero soy un completo desconocido en esta zona, estoy totalmente perdido y… y quizá un poco confundido después de la caída. Tal vez usted sea tan amable de indicarme dónde puedo conseguir algo de comer y averiguar dónde me encuentro.

—Su relato es muy extraño —respondió el anciano tras una pausa considerable—. Que es usted un completo forastero en este lugar resulta evidente por su aspecto, su vestimenta rústica y su forma de hablar tan marcada.

Sus palabras me hicieron enrojecer intensamente, aunque no me habrían molestado tanto sus observaciones tan personales si aquella hermosa jovencita no hubiera estado allí escuchándolo todo. Por cierto, mis prendas rústicas habían sido confeccionadas por un sastre de moda del West End londinense y me quedaban perfectamente, aunque en ese momento, por supuesto, estaban muy sucias. También me sorprendió oír que tenía una forma de hablar marcada, ya que siempre me habían considerado un orador notablemente claro y buen cantante, y había cantado y recitado en público con frecuencia en espectáculos de aficionados.

Tras un intervalo incómodo de silencio, durante el cual todos siguieron observándome con curiosidad inagotable, el caballero mayor se dignó dirigirme la palabra nuevamente y me preguntó mi nombre y país.

—Mi país —dije con el orgullo natural de un británico— es Inglaterra, y mi nombre es Smith.

—No conozco tal país —respondió él—; ni jamás he oído un nombre como el suyo.

Sus palabras me desconcertaron bastante, aunque en ese momento no comprendí del todo su verdadero alcance. Solo pensaba en mi nombre; pues sin haber penetrado en ningún país completamente salvaje, había recorrido mucho el mundo para ser un joven, visitando las Colonias, la India, Yokohama y otros lugares lejanos, y nunca me habían dicho que el apellido Smith fuera desconocido.

—Casi no sé qué decir —repliqué, pues evidentemente esperaba que añadiera algo más a lo ya dicho—. Me desconcierta un poco oír que mi nombre… bueno, usted no ha oído hablar de mí, por supuesto, pero ha habido muchos hombres distinguidos con el mismo apellido: Sydney Smith, por ejemplo, y… y varios otros —me mortificó en ese instante descubrir que había olvidado todos los demás Smith distinguidos.

Él negó con la cabeza y siguió observando mi rostro.

—¡¿No ha oído hablar de ellos?! Bueno, supongo que habrá oído nombrar a algunos de mis grandes compatriotas: Beaconsfield, Gladstone, Darwin, Burne-Jones, Ruskin, la reina Victoria, Tennyson, George Eliot, Herbert Spencer, el general Gordon, lord Randolph Churchill…

Como continuó negando con la cabeza tras cada nombre, finalmente me detuve.

—¿Quiénes son todas esas personas que ha mencionado? —preguntó.

—Son todos hombres y mujeres grandes e ilustres de fama mundial —respondí.

—¿Y no hay más? ¿Me ha dicho los nombres de todas las personas importantes que ha conocido o de las que ha oído hablar? —dijo con una sonrisa curiosa.

—De ninguna manera —respondí, irritado por sus palabras y su actitud—. Me llevaría hasta mañana nombrar a todos los grandes hombres de los que he oído hablar. Supongo que habrá oído los nombres de Napoleón, Wellington, Nelson, Dante, Lutero, Calvino, Bismarck, Voltaire.

Seguía negando con la cabeza.

—Bueno, entonces —continué— Homero, Sócrates, Alejandro Magno, Confucio, Zoroastro, Platón, Shakespeare. Luego, desesperado por completo, añadí en un arrebato: ¡Noé, Moisés, Colón, Aníbal, Adán y Eva!

—Estoy completamente seguro de que nunca he oído ninguno de esos nombres —respondió, manteniendo aquella sonrisa curiosa—. Sin embargo, comprendo su sorpresa. A veces sucede que la mente, debido a un ajuste imperfecto de sus facultades, se asemeja a la visión sin educación en su método de juzgar, considerando grandes e importantes las cosas que están cerca y menos importantes las más lejanas según su distancia. En tales casos, las personas de las que uno oye hablar o con las que se relaciona llegan a ser consideradas los seres grandes e ilustres del mundo, y se espera que todos los hombres en todos los lugares conozcan sus nombres. Pero vamos, hijos míos, nuestra triste tarea ha terminado; regresemos ahora a la casa. Venga con nosotros, Smith, y recibirá el refrigerio que necesita.

Por supuesto, me agradó la invitación, pero no me gustó que me llamara simplemente "Smith", como a algún simple trabajador u otra persona común que vaga por el campo.

El prolongado y desconcertante escrutinio al que había sido sometido me había puesto, naturalmente, muy incómodo, y al caminar hacia la casa me quedé un poco rezagado respecto a los demás. El anciano, sin embargo, siguió a mi lado; pero no estaba seguro de si lo hacía por cortesía o porque deseaba fastidiarme un poco más acerca de mi aspecto rústico y mi intelecto defectuoso. No tenía ganas de continuar la conversación, que no había resultado muy satisfactoria; además, la hermosa jovencita que ya he mencionado tantas veces caminaba ahora justo delante de mí, de la mano del joven que la había levantado del suelo. Estaba absorto admirando su figura grácil y… ¿se me perdonará mencionar tal detalle?… sus exquisitas piernas torneadas bajo sus breves y hermosas prendas. Para mi gusto, la prenda era lo bastante larga. Cada vez que yo hablaba —pues mi acompañante seguía manteniendo la conversación y yo estaba obligado a responder—, ella se rezagaba un poco para captar mis palabras. En esos momentos también giraba parcialmente su linda cabeza para verme: entonces sus miradas, comenzando en mi rostro, descendían hasta mis piernas, y sus labios se contraían y curvaban levemente, pareciendo expresar al mismo tiempo disgusto y diversión. Empecé a odiar mis piernas, o más bien mis pantalones, pues consideraba que bajo ellos tenía un par de pantorrillas tan buenas como las de cualquier otro hombre del grupo.

Pronto se me ocurrió algo que decir, algo muy sencillo que mi digno anciano amigo podría responder sin insinuar que me consideraba un salvaje de los bosques o un loco escapado.

—¿Podría decirme —pregunté amablemente— cuál es el nombre de la ciudad o pueblo más cercano, a qué distancia queda de aquí y cómo puedo llegar hasta allá?

Ante esta pregunta, o serie de preguntas, la jovencita se volvió por completo y, esperando hasta que estuve a su altura, continuó caminando a mi lado, aunque seguía sosteniendo la mano de su acompañante.

El anciano me miró con una sonrisa grave —aquella sonrisa empezaba a volverse insoportable— y dijo: —¿Acaso le gusta tanto la miel, Smith? Tendrá tanta como necesite sin molestar a las abejas. Ahora están aprovechando esta segunda primavera para acumular provisiones suficientes antes de que llegue el invierno.

Tras reflexionar un buen rato sobre estas palabras enigmáticas, dije: —Supongo que de nuevo nos estamos entendiendo mal. Quiero decir —añadí apresuradamente al ver su expresión interrogante— que no nos entendemos exactamente, pues la miel no estaba en mis pensamientos.

—¿Entonces qué quiere decir con "ciudad"? —preguntó.

—¿Qué quiero decir? Pues una ciudad, entiendo yo, no es más que una colección o conglomerado de casas —cientos y miles, o cientos de miles de casas, todas construidas muy juntas—, donde uno puede vivir muy cómodamente durante años sin ver una brizna de hierba.

—Temo —respondió él— que el accidente que sufrió en las montañas le haya causado alguna lesión cerebral; pues de otro modo no puedo explicar estas extrañas fantasías.

—¿Quiere decirme seriamente, señor, que jamás ha oído siquiera hablar de la existencia de una ciudad, donde millones de seres humanos viven apiñados en un espacio reducido? Por supuesto me refiero a un espacio pequeño en comparación; pues en algunas ciudades uno podría caminar todo el día sin llegar a los campos; y una ciudad así podría compararse con una colmena tan grande que una abeja podría volar en línea recta todo el día sin salir de ella.

Me di cuenta en el momento de terminar de hablar de que esta comparación no era del todo acertada; pero él no me pidió que la explicara: evidentemente había

dejado de prestar atención a lo que decía. La jovencita me miró con expresión de lástima, por no decir desprecio, y me sentí al mismo tiempo avergonzado y molesto. Esto despertó en mí una especie de terquedad, y volví al tema una vez más.

—Seguramente —dije— habrá oído hablar de ciudades como París, Viena, Roma, Atenas, Babilonia, Jerusalén.

Solo negó con la cabeza y siguió caminando en silencio.

—¡Y Londres! Londres es la capital de Inglaterra. ¡Pero si ahora mismo me está hablando en idioma inglés!

—No entiendo su significado, e incluso empiezo a dudar de que tenga alguno —dijo él, un tanto irritado—. Le estoy hablando en el lenguaje de los seres humanos —eso es todo.

—Bueno, resulta terriblemente desconcertante —dije yo—; pero espero que no piense que he estado inventando… bueno, patrañas. Luego, al ver que no aclaraba las cosas, añadí: —Quiero decir que no he estado diciendo mentiras.

—No podría pensarlo —respondió severamente—. Sería una mente muy ofuscada la que confundiera simples fantasías desordenadas con ofensas deliberadas contra la verdad. No dudo de que, cuando se recupere de los efectos de su reciente accidente, esos vanos pensamientos e imaginaciones dejarán de atormentarlo.

—Y mientras tanto, quizá sea mejor que hable lo menos posible —dije con considerable mal humor—. Por ahora parece que no logramos entendernos en absoluto.

—Tiene razón, no nos entendemos —dijo él; y luego añadió con una sonrisa grave: —aunque debo reconocer que este último comentario suyo es bastante inteligible.

—Me alegra oírlo —repliqué—. Es penoso hablar sin ser entendido; es como cuando los hombres se llaman entre sí en medio de un vendaval, oyendo voces pero sin poder distinguir palabras.

—De nuevo le entiendo —dijo él aprobatoriamente; mientras la hermosa jovencita me concedía la ansiada recompensa de una sonrisa, que no contenía lástima ni desprecio.

—Creo —continué, decidido a seguir esta nueva línea de ideas en la que había tenido la suerte de tropezar— que al fin y al cabo no estamos tan distantes mentalmente. En algunas cosas estamos muy alejados el uno del otro, como las ramas muy divergentes de un árbol; pero, al igual que las ramas, tenemos un punto de encuentro, y este es, me imagino, en aquella parte de nuestra naturaleza donde residen los sentimientos. Mi accidente en las colinas no ha alterado esa parte de mí, estoy seguro, y puedo darle un ejemplo. Hace un momento, cuando estaba detrás de los arbustos observándolos a todos, vi a esta joven…

Aquí una mirada de sorpresa e interrogación de la chica me advirtió de que una vez más me estaba hundiendo en la oscuridad.

—Cuando la vi —continué, algo divertido por su actitud— arrojarse al suelo para besar el rostro frío de alguien a quien había querido en vida, sentí que las lágrimas de simpatía acudían a mis propios ojos.

—¡Oh, cómo extraño! —exclamó ella, lanzándome una mirada desde sus ojos verdes y misteriosos; y luego, para aumentar mi asombro y deleite, deliberadamente colocó su mano en la mía.

—Y sin embargo no tan extraño —dijo el anciano a modo de comentario sobre sus palabras.

—A Yoletta le pareció extraño que alguien tan diferente a nosotros en apariencia fuera tan parecido en el corazón —observó el joven que caminaba a su lado.

Había algo en este comentario que no me gustó del todo, aunque no pude detectar nada semejante a sarcasmo en el tono del que hablaba.

—Y sin embargo —continuó la encantadora jovencita— tú nunca lo viste con vida… nunca oíste su dulce voz, que aún parece volver a mí como una melodía desde la distancia.

—¿Era tu padre? —pregunté.

La pregunta pareció sorprenderla mucho. —Él es nuestro padre —respondió, con una mirada al anciano caballero que me pareció extraña, pues ciertamente tenía aspecto suficiente para ser su bisabuelo.

Él sonrió y dijo: —Olvidas, hija mía, que yo soy tan desconocido para este forastero de nuestro país como todos los grandes e ilustres personajes que él ha mencionado lo son para nosotros.

En este punto empecé a perder interés en la conversación. Me bastaba sentir que sostenía aquella preciosa mano en la mía, y pronto sentí la tentación de administrarle un suave apretón. Ella me miró y sonrió, luego recorrió con la mirada todo mi cuerpo, el examen terminando en mis botas, que parecían ejercer sobre ella una fascinación desagradable. Tembló levemente y retiró su mano de la mía, y en mi fuero interno maldije aquellas monstruosidades oxidadas y de suela gruesa que cubrían mis pies. Sin embargo, ahora todos estábamos en mejores términos; y me propuse en el futuro evitar todos los temas peligrosos, históricos y geográficos, y limitarme a asuntos relacionados con el lado emocional de nuestra naturaleza.

Al final, el camino hacia la casa discurría sobre un césped verde, entre grandes árboles como en un parque; y como no había camino ni sendero alguno, la primera visión del edificio al aproximarnos, al salir de entre los árboles, vino como una sorpresa. No había jardines, prados, cercas ni setos cerca de él, ni cultivo de ninguna clase. Parecía un paraje salvaje, y la casa producía el efecto de una noble ruina. Era una región montañosa de piedra donde afloraban masas rocosas aquí y allá entre los bosques y en las laderas verdes, y parecía que la casa había sido levantada sobre la base natural de una de estas rocas que se elevaba un poco sobre el río que discurría tras ella. La piedra era gris, teñida de rojo, y toda la roca, que cubría una superficie de más o menos una hectárea, había sido desgastada o tallada para formar una vasta plataforma que se alzaba unos tres metros por encima del nivel verde circundante. Los lados inclinados y contrafuertes de la plataforma estaban cubiertos de hiedra, arbustos silvestres y diversas plantas florales. Amplios escalones bajos conducían a la casa, construida enteramente del mismo material —piedra grisácea con tonos rojizos—; y la entrada principal se hallaba bajo un elevado pórtico cuyo entablamento esculpido era sostenido por dieciséis enormes cariátides que se alzaban sobre pedestales redondos y macizos. El edificio no era alto como un castillo o una catedral; era una vivienda, y tenía apenas una planta, y a mis ojos se asemejaba a una ruina debido a la extrema antigüedad de su aspecto, el estado desgastado por el tiempo y la macicez de las superficies esculpidas, y las masas de hiedra ancestral que lo cubrían en algunos lugares. Sobre la parte central del edificio descansaba un gran techo en forma de cúpula, semejante a vidrio esmerilado de un tono rojizo pálido, produciendo el efecto de una nube posada sobre la cima rocosa de una colina.

Permanecí de pie sobre el césped a unos treinta metros de los primeros escalones después de que los demás hubieran entrado, excepto el anciano caballero, que seguía a mi lado. Al cabo, retirándose a un banco de piedra bajo un roble, me hizo

una seña para que me sentara a su lado. No dijo nada, pero parecía disfrutar tranquilamente de mi asombro y admiración sin disimulo.

—¡Una mansión noble! —comenté por fin a mi venerable anfitrión, sintiendo, como buen inglés, un súbito gran aumento de respeto hacia el dueño de una casa tan grande. Los hombres en tal posición pueden permitirse ser tan excéntricos como deseen, incluso hasta usar vestimentas carnavalescas, enterrar a sus amigos o parientes en un parque, y sacudir la cabeza ante nombres como Smith o Shakespeare—. ¡Un lugar glorioso! Debió costar una fortuna y tomar mucho tiempo construirla.

—Lo que quiere decir con "una fortuna" no lo sé —dijo él—. Cuando añade "mucho tiempo para construirla", también me resulta difícil entenderlo. ¿Acaso no son todas las casas, al igual que el bosque de árboles, la raza humana, el mundo en que vivimos, eternas?

—Si permanecen para siempre lo son en un sentido, supongo —respondí, empezando a temer que ya había roto desafortunadamente la regla que tan recientemente me había impuesto—. Pero los árboles del bosque, a los que usted compara con una casa, brotan de semilla, ¿no es así? y por tanto tienen un comienzo. También tienen un final, como el del hombre: morir y volver al polvo.

—Eso es cierto —respondió él—; es, además, una verdad que no oigo por primera vez; pero no tiene conexión con el tema que estamos discutiendo. Los hombres pasan y otros ocupan su lugar. Los árboles también se descomponen, pero el bosque no muere ni sufre por la pérdida de árboles individuales; ¿acaso no sucede lo mismo con la casa y la familia que la habita, que es una con la casa y perdura para siempre, aunque los miembros que la componen deban todos en tiempo volver al polvo?

—¿Entonces no hay decadencia de los materiales que componen una casa?

—¡Por supuesto que la hay! Incluso la piedra más dura se desgasta con el tiempo por los elementos o por las pisadas de muchas generaciones de hombres; pero la piedra que se desgasta es reemplazada, y la casa no sufre.

—Nunca lo había visto exactamente desde esta perspectiva —dije—. Pero seguramente podemos construir una casa siempre que lo deseemos.

—¡Construir una casa siempre que lo deseemos! —repitió él con aquella expresión de asombro que amenazaba con convertirse en la expresión permanente de su rostro —mientras tuviera con quien hablar, al menos.

—Sí, o demolerla si la encontramos inadecuada… —pero su mirada de horror me hizo detenerme, y para terminar la frase añadí: —Por supuesto, usted debe admitir que una casa tuvo un comienzo.

—Sí; y también lo tuvo el bosque, la montaña, la raza humana, el mundo mismo. Pero el origen de todas estas cosas está envuelto en las nieblas del tiempo.

—¿Nunca sucede, entonces, que una casa, por muy sólidamente construida que esté…?

—¡Por muy qué! Pero no importa; usted sigue hablando en enigmas. Por favor, termine lo que estaba diciendo.

—¿Nunca sucede que una casa sea derribada por alguna fuerza natural —por inundaciones, o hundimiento del terreno, o sea destruida por un rayo o un incendio?

—¡No! —respondió él con tal énfasis tremendo que casi me hizo saltar del asiento —. ¿Acaso usted es el único tan ignorante de estas cosas que habla de construir y de demoler una casa?

—Bueno, antes creía saber muchas cosas —respondí con un suspiro—. Pero quizá me equivoqué… la gente suele equivocarse. Me gustaría oírle decir algo más sobre todas estas cosas —me refiero a la casa, la familia y lo demás.

—¿Acaso no sabe leer… ni le han enseñado absolutamente nada?

—¡Oh, sí, por supuesto que sé leer! —respondí, aferrándome con alegría de inmediato a la sugerencia, que parecía abrirme una vía sencilla y placentera de escape de la dificultad—. No soy en absoluto una persona estudiosa; quizá nunca soy tan feliz como cuando no tengo nada que leer. Sin embargo, de vez en cuando echo un vistazo a los libros y aprecio enormemente sus maneras suaves y amables. Nunca se cierran con un sonido como una bofetada ni se lanzan contra su cabeza llamándolo tonto, sino que parecen calladamente agradecidos por ser leídos, incluso por una persona estúpida, y le enseñan muy pacientemente, como una jovencita bonita y de espíritu manso.

—Me complace mucho oírlo —dijo él—. Usted leerá y aprenderá todas estas cosas por sí mismo, que es el mejor método. O quizá debería decir más bien que, mediante la lectura, las recordará, pues es imposible creer que su mente haya estado siempre en su actual estado lastimoso. Solo puedo atribuir tal condición mental, con sus fantasías desordenadas sobre ciudades o inmensas colmenas de

seres humanos y otras cosas igualmente espantosas de contemplar, y su vacío absoluto respecto a asuntos ordinarios de conocimiento, al grave accidente que sufrió en las colinas. Sin duda, al caer, su cabeza fue golpeada y lesionada por una piedra. Esperemos que pronto recupere posesión de su memoria y demás facultades. Y ahora vayamos al comedor, pues es mejor refrescar primero el cuerpo y después la mente.

Capítulo 3

Subimos los escalones y entramos al vestíbulo por lo que me pareció una entrada sin puertas. Después descubrí que no era así; las puertas —que eran varias, unas de vidrio coloreado y otras de distinto material— simplemente se deslizaban hacia el interior de compartimentos ocultos en la pared misma, que tenía entre cinco y seis pies de espesor. El vestíbulo era el más imponente que jamás había visto; en un lado había una chimenea de piedra y bronce de unos siete o nueve metros de largo, y en el otro varios portales altos de arco apuntado. Los espacios entre las puertas estaban cubiertos de esculturas elaboradas en una piedra azul grisácea combinada o incrustada con un metal amarillo, logrando un efecto de riqueza indescriptible. El piso era un mosaico de múltiples tonos oscuros, sin diseño definido, y el techo abovedado tenía un color rojo intenso. Aunque hermoso, el ambiente era algo sombrío debido a la escasa iluminación. Al menos así me lo pareció al principio, al entrar desde la brillante luz del sol. Y al parecer no era el único que experimentaba esa sensación: tan pronto como estuvimos dentro, el anciano se quitó el gorro, pasó sus delgados dedos por su blanco cabello, miró a su alrededor y, dirigiéndose a algunos de los presentes que traían mesitas redondas y las disponían por el vestíbulo, dijo: —No, no; esta noche cenemos donde podamos ver el cielo.

Las mesas fueron retiradas de inmediato.

Algunas de las personas que estaban en el vestíbulo o que entraron trayendo las mesas no habían asistido al funeral, y todas se sorprendieron al verme. No me miraron fijamente, pero por supuesto noté la expresión en sus rostros, y observé que los demás —los que ya me habían conocido junto a la tumba— les susurraban al oído para explicar mi presencia. Esto me hizo sentir muy incómodo, y fue un alivio cuando comenzaron a salir nuevamente.

Uno de los hombres estaba sentado cerca de mí; era de los que habían ayudado a cargar el cadáver, y ahora se volvió hacia mí y comentó: —Has estado mucho tiempo al aire libre y probablemente notas el cambio tanto como nosotros.

Asentí, y él se levantó y caminó hasta el extremo opuesto del vestíbulo, donde se alzaba una gran puerta frente a aquella por la que habíamos entrado. Desde donde yo estaba —a unos doce o quince metros de distancia, quizá—, esta puerta parecía hecha de pizarra pulida de un gris muy oscuro, con su superficie ornamentada con hojas enormes de castaño de Indias en latón o cobre, o en ambos metales, pues variaban en tono desde el amarillo brillante hasta el rojo cobrizo más profundo. Era una puerta doble con tiradores de ágata y, presionando primero uno y luego el otro, el hombre la hizo deslizarse hacia el interior de las paredes a ambos lados, revelando ante mis ojos una nueva maravilla, pues detrás de la puerta desaparecida había una ventana cuya visión surgió súbitamente ante mí como una visión celestial.

Evidentemente, el sol, el viento, las nubes y la lluvia habían inspirado al artista que la diseñó, aunque en ese momento no comprendí el significado de las figuras simbólicas que aparecían en la imagen. Abajo, con su oscura cabellera dorado-rojiza suelta y vestiduras color ámbar ondeando al viento, se alzaba una grácil figura femenina en la cima de una roca gris; sobre la roca, hasta la altura de sus rodillas, se inclinaban las ramas delgadas de algún arbusto montés, y el viento fuerte arrancaba aún las últimas hojas amarillas y otoñales, haciéndolas girar en el aire y alejarse. En torno a la cabeza de la mujer había una guirnalda de hojas de hiedra, y ella miraba hacia lo alto con semblante expectante, alzando los brazos como implorando o recibiendo algún preciado don del cielo.

Arriba, contra el fondo de nubes plomizas, aparecían cuatro exquisitas figuras de doncellas esbeltas, con cabellos sueltos, draperías gris plateado y alas tenues como de efímeras, volando en persecución de la nube. Cada una llevaba un manojo de flores en forma de lirios recogidas en su vestido y sostenidas con la mano izquierda: una portaba lirios rojos, otra amarillos, la tercera violetas y la última azules; y las alas tenues y draperías de cada una estaban también matizadas en algunos lugares con el mismo tono que las flores que cargaba. Mirando atrás en su vuelo, todas arrojaban lirios con la mano libre hacia la figura que permanecía de pie.

Esta hermosa ventana imprimió un encanto renovado a todo el aposento, y la luz del sol que atravesaba sus vidrios reveló además otras bellezas que antes no había advertido. Una de ellas atrajo rápidamente mi atención: una escultura situada en el piso a cierta distancia de mí. Me acerqué y permanecí largo rato contemplándola con gran deleite. Era una estatua de aproximadamente un tercio del tamaño natural, representando a una joven sentada sobre un toro blanco de cuernos dorados. Tenía una figura grácil y un semblante hermoso; el rostro, brazos y pies

eran de alabastro teñido con colores más delicados que los de la naturaleza. En los brazos lucía anchos brazaletes dorados, y su vestidura, una túnica larga y fluida, era azul bordada con flores amarillas. Sobre su rodilla descansaba un instrumento de cuerdas, y estaba representada tocando y cantando. El toro, con los cuernos bajos, parecía caminar; sobre su pecho pendía una guirnalda de flores mezcladas con espigas de maíz amarillo, hojas de roble, hiedra y otras varias hojas verdes y otoñales, bellotas y bayas carmesí. La guirnalda y el vestido azul estaban hechos de malaquita, lapislázuli y diversas piedras preciosas.

"¡Ja, mi bella fenicia, te conozco bien!", pensé triunfalmente, "aunque nunca antes te había visto con un arpa en la mano. Pero ¿acaso no estabas recogiendo flores, oh hermosa hija de Agenor, cuando aquel animal celestial, aquel dios disfrazado, se puso tan astutamente a tu paso para ser admirado y acariciado, hasta que tú, sin sospechar, te subiste a su lomo? Eso explica la guirnalda. Tendré algo que decir sobre esta linda pieza a mi erudito y muy superior anfitrión".

La estatua descansaba sobre un pedestal octagonal de piedra pizarra grisácea altamente pulida, y en cada una de sus ocho caras había una imagen en la que aparecía una figura humana. Pasé entonces de contemplar la estatua misma a observar con gran interés una de estas imágenes, pues reconocí que la figura era un retrato de la hermosa jovencita Yoletta. El cuadro representaba un paisaje invernal. La tierra era blanca, no por nieve sino por escarcha; los árboles lejanos, vestidos por la humedad congelada como con un follaje plumeado, se veían brumosos contra el cielo invernal azul pálido. En primer plano, sobre la hierba pálida cubierta de escarcha, estaba la muchacha, en un traje granate oscuro con bordados plateados en el pecho y un gorro rojo oscuro en la cabeza. Cerca de ella se inclinaban las ramitas terminales de un árbol, centelleando con escarcha y carámbanos, y sobre las ramitas había varios pajarillos blancos como la nieve que saltaban y revoloteaban hacia su mano extendida; mientras ella los miraba con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos en una sonrisa radiante y alegre.

Mientras yo permanecía admirando esta obra tan encantadora, el joven que ya he mencionado —aquel que había levantado a Yoletta del suelo junto a la tumba— se acercó a mi lado y comentó sonriendo: —Has notado el parecido.

—Sí, desde luego —respondí—; está pintada con gran fidelidad.

—Este no es el retrato de Yoletta —replicó él—, aunque se le parece mucho; y luego, al ver mi expresión incrédula, señaló unas letras bajo la imagen diciendo: —¿No ves el nombre y la fecha?

Al descubrir que no podía leer las palabras, me aventuré a decir que quizá fuera la madre de Yoletta.

—Este retrato se pintó hace cuatro siglos —dijo él con sorpresa en el tono; y luego se apartó, pensando quizás que yo era una persona algo torpe e ignorante.

No quería que se llevara esa impresión, así que señalé la estatua que ya he descrito y comenté: —Creo saber muy bien quién es esa… es Europa.

—¿Europa? Es un nombre que nunca he oído; dudo que alguien en esta casa lo haya llevado jamás. —Luego, con una sonrisa entre perpleja y divertida, añadió: —¿Cómo podría usted saberlo si no se lo han dicho? No, esa es Mistrelde. Antiguamente era costumbre en esta casa que la Madre cabalgara sobre un toro blanco durante la fiesta de la cosecha. Mistrelde fue la última que observó esa tradición.

—Ah, ya veo —respondí torpemente, aunque en realidad no veía nada en absoluto. La forma indiferente en que mencionaba los siglos en relación con este cuadro tan brillante y aparentemente recién pintado me desconcertó bastante.

Poco después se dignó decir algo más. Señalando los signos o caracteres que yo no podía leer, explicó: —Has visto aquí el nombre de Yoletta, y eso junto con el parecido te confundió. Debes saber que siempre ha habido una Yoletta en esta casa. Esta fue la hija de Mistrelde, la Madre, quien murió joven dejando apenas ocho hijos; y cuando se realizó esta obra se colocaron sus retratos en las ocho caras del pedestal.

—Gracias por explicármelo —dije, preguntándome si todo era verdad o solo una fantasiosa historia.

Luego me hizo una seña para que lo siguiera, y abandonamos aquella habitación donde se había decidido que no cenaríamos.

Capítulo 4

Llegamos a un amplio espacio parecido a un pórtico, abierto al aire libre por tres lados, con el techo sostenido por columnas esbeltas. Ahora estábamos en el lado opuesto de la casa y dábamos al río, que quedaba a no más de unos doscientos metros de la terraza o plataforma sobre la que se alzaba la construcción. El terreno descendía con rapidez hacia las orillas y, al igual que en la parte delantera, era un paraje salvaje con rocas, parches de helechos altos y matorrales de espinos y zarzas, salpicado de algunos árboles de gran tamaño. Tampoco faltaba la vida

silvestre en este parque natural: cerca de la orilla pastaban algunos venados, mientras que sobre el agua numerosos patos salvajes y otras aves acuáticas se divertían chapoteando y batiendo las alas sobre la superficie, lanzando chillidos agudos.

Los habitantes de la casa ya se habían reunido, de pie o sentados junto a las mesitas. Se escuchaba un animado murmullo de conversación que cesó a mi entrada; entonces quienes estaban sentados se pusieron de pie y toda la compañía clavó sus ojos en mí, lo cual resultó bastante incómodo.

El anciano, de pie en medio del grupo, me lanzó una larga mirada escrutadora; parecía esperar que yo hablara y, al ver que permanecía en silencio, finalmente me dirigió la palabra con solemnidad: —Smith —dijo—, y no me gustó que me llamara así—, el encuentro contigo hoy fue para mí y para todos nosotros una experiencia muy extraña; pero jamás imaginé que una aún más extraña me esperaba: que antes de que compartieras el pan en esta casa que te ha dado refugio, tuviera que recordarte que ahora te encuentras en una casa.

—Sí, sé que estoy en una casa —dije, y añadí—: Le aseguro, señor, que agradezco su amabilidad al traerme aquí.

Quizá esperaba algo más o algo completamente distinto de mi parte, pues continuó de pie con la mirada fija en mí. Luego, suspirando y mirando a su alrededor, dijo con tono insatisfecho: —Hijos míos, empecemos, y por ahora dejemos de lado este asunto que nos ha inquietado.

Entonces me indicó con un gesto que ocupara un lugar en su propia mesa, lo cual me complació porque la encantadora Yoletta también estaba allí.

No soy exigente con la comida, pues en mí una buena digestión acompaña siempre al apetito, y mientras logre llenarme el estómago —para usar una buena palabra antigua— me doy por satisfecho. En esta ocasión en particular, con o sin una chica bonita en la mesa, habría devorado un haggis —esa abominación suprema inventada por bárbaros carnívoros—, tan desesperadamente hambriento estaba. Por eso fue una decepción cuando nada más sustancioso que un plato de una especie de hierba blanquecina y verde, crujiente y parecida a la endibia, fue colocado frente a mí por una de las pintorescas doncellas. Estaba fría y algo amarga al paladar, pero el hambre me obligó a comérmela hasta la última hoja verde; luego, cuando empezaba a preguntarme si sería correcto pedir más, para mi gran alivio llegaron otros platos más suculentos, compuestos de diversas verduras. También tomamos bebidas agradables, hechas supongo de los jugos de

frutas, aunque sin el delicioso ardor alcohólico. Hubo frutas de sabores desconocidos y una confitura de nueces molidas y miel.

Permanecimos sentados a la mesa —o mesas— largo rato, y la comida se animó con conversaciones; todos parecían de buen humor, a pesar del luctuoso suceso que los había ocupado durante el día. De hecho, era una especie de cena, y la comida principal del día; las únicas otras comidas eran un desayuno y, al mediodía, una rebanada de pan moreno, un puñado de frutas secas y un vaso de leche.

Al terminar el banquete, durante el cual había estado demasiado ocupado para notar todo lo que ocurría, observé que varios pajarillos habían volado al interior y saltaban ágilmente por el suelo y las mesas, posándose sin temor alguno sobre las cabezas o hombros de los presentes, quienes les daban los restos de comida. Los tomé por gorriones y aves de ese tipo, pero no me resultaron del todo familiares. Un pequeño muy vivaz en sus movimientos se parecía notablemente a mi viejo amigo el petirrojo, solo que el pecho era más vivo, casi anaranjado, y las alas y la cola tenían puntas del mismo color, dándole un aspecto muy distinguido. Otro pajarillo verde oliva, que al principio confundí con un lúgano verde, era aún más bonito: la garganta y el pecho eran de un crema delicadísimo, cruzados por una banda de terciopelo negro. El ave que más se asemejaba a un gorrión común era castaña, con garganta blanca y alas y cola color gris ratón. Estos lindos pensionistas evitaban sistemáticamente mi cercanía, aunque los tentaba con migas y fruta; solo uno voló a mi mesa, pero no bien lo hizo salió disparado de nuevo y abandonó la habitación como si estuviera muy asustado. Justo entonces capté la mirada de la jovencita y, habiendo terminado de comer y deseando unirme a la conversación —pues detesto permanecer en silencio mientras otros hablan—, comenté que era extraño que los pajarillos me evitaran con tanta persistencia.

—Oh, no, nada extraño —respondió ella con sorprendente prontitud, mostrando que también lo había notado—. Les asusta tu aspecto.

—Sin duda debo parecerles extraño —dije con cierta amargura, recordando las aventuras de la mañana—. Para mí es una experiencia nueva y muy dolorosa caminar por el mundo asustando a hombres, ganado y pájaros; aunque supongo que se debe enteramente a la ropa que llevo puesta… y las botas. Ojalá alguien amable sugiriera un remedio para esta situación; pues en este momento mi mayor deseo es vestirme conforme a la moda.

—Permíteme interrumpirte un momento, Smith —dijo el anciano, que había estado escuchando atentamente mis palabras—. Te entendimos tan bien esta vez que parece una lástima que de pronto vuelvas a hacerte incomprensible. ¿Podrías explicarnos qué quieres decir con vestirte conforme a la moda?

—Mi intención es simplemente vestirme como uno de ustedes, deshacerme de una vez por todas de estas prendas rústicas —no pude evitar poner un énfasis malicioso en esa odiosa palabra.

Él inclinó la cabeza y dijo: —¿Sí?

Animado por esto, me lancé con valentía al meollo del asunto; pues ahora, habiendo cenado —aunque sin vino—, ardía en un intenso deseo de verme ataviado con sus ricas y misteriosas vestimentas. —Siendo así —continué—, ¿podría preguntarle si está en su poder proporcionarme las prendas necesarias, para dejar de ser un objeto de repulsión y ofensa para todo ser vivo y persona, incluido yo mismo?

Siguió un largo e incómodo silencio, lo cual quizá no era extraño dada la naturaleza de la petición. Era probable que hubiera metido la pata una vez más, a juzgar por la expectación general y la expresión algo alarmada del rostro del anciano; sin embargo, mis intenciones habían sido buenas: había expresado mi deseo de esa manera por paz y tranquilidad, temiendo que si hubiera preguntado dónde quedaba el establecimiento de ropa más cercano, habría provocado un nuevo ataque de asombro.

Al encontrar el silencio insoportable, finalmente me atreví a comentar que temía no haberme hecho entender del todo.

—Tal vez no —respondió él gravemente—. O, mejor dicho, espero que no.

—¿Puedo explicar mi intención? —dije, muy afligido.

—Desde luego que puedes —replicó con dignidad—. Solo antes de que hables, permíteme hacerte esta pregunta clara: ¿nos pides que te proporcionemos prendas… es decir, que te las regalemos?

—¡Por supuesto que no! —exclamé, enrojeciendo de vergüenza al pensar que todos me tomaban por un mendigo—. Mi deseo es conseguirlas de algún modo y de alguien, ya que no puedo hacerlas yo mismo, y dar a cambio su valor completo.

Apenas hube hablado temí haber empeorado las cosas; pues ahí estaba yo, un huésped en la casa, ofreciendo en realidad comprar ropa —confeccionada o a

medida— a mi anfitrión, quien bien podía ser, por lo que yo sabía, parte de la aristocracia del país. Sin embargo, mis temores resultaron infundados.

—Me alegra tu explicación —respondió él—, pues ha eliminado por completo la desagradable impresión causada por tus palabras anteriores. ¿Qué puedes hacer a cambio de las prendas que tanto deseas? Y aquí permíteme observar que apruebo plenamente tu deseo de librarte, con la menor demora posible, de tu actual vestimenta. ¿Deseas dedicarte exclusivamente a terminar algún trabajo en una línea específica —como tallado en madera, piedra, metal, arcilla o vidrio; o en la elaboración o uso de colores—? ¿O solo tienes ese conocimiento general de las diversas artes que te permitiría ayudar a los más expertos en la preparación de materiales?

—No, no soy artista —respondí, sorprendido por su pregunta—. Todo lo que puedo hacer es comprar la ropa… pagarla con dinero.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué es el dinero?

—Seguramente… —empecé, pero afortunadamente me contuve a tiempo, pues había estado a punto de sugerir que se burlaba de mí. Pero era realmente difícil creer que una persona de su edad no supiera qué era el dinero. Además, yo no podía responder la pregunta, pues siempre había aborrecido el estudio de la economía política, que explica todo al respecto; así que nunca había aprendido a definir el dinero, solo a gastarlo. Pronto pensé que la mejor manera de salir del embrollo era mostrárselo, y saqué de mi bolsillo del pecho mi gran billetera de cuero. Tenía un olor antiguo y mohoso, como todo lo mío, pero parecía bastante pesada y bien llena; procedí a abrirla y vaciar su contenido sobre la mesa. Once soberanos brillantes y tres medias coronas o florines —no recuerdo cuáles— rodaron sobre la superficie; luego, al desdoblar los papeles, descubrí tres billetes de cinco libras del Banco de Inglaterra.

—Seguramente es muy poco lo que llevo encima —dije, sintiéndome muy decepcionado—. Supongo que debí haber estado derrochando mucho dinero antes… antes de… bueno, antes de que yo fuera… no sé qué, ni cuándo, ni dónde.

Poca atención se prestó a este discurso algo incoherente, pues todos se habían reunido alrededor de la mesa examinando el oro y los billetes con curiosidad ansiosa. Al cabo, el anciano, señalando las monedas de oro, dijo: —¿Qué son estas?

—Soberanos —respondí, no poco divertido—. ¿Nunca ha visto ninguno parecido?

—Nunca. Déjame examinarlos de nuevo. Sí, estas once son de oro. Todas llevan la misma marca: en un lado una figura toscamente ejecutada de cabeza de mujer, con el cabello recogido en la coronilla formando una especie de moño. También hay otras cosas que no entiendo.

—¿No puede leer las letras? —pregunté.

—№ Las letras —si es que estas marcas son letras— me resultan incomprensibles. Pero ¿qué tienen que ver estos pequeños trozos de metal con la cuestión de tus prendas? Me desconciertas.

—¡Pues todo! Estos trozos de metal, como usted los llama, son dinero y representan, por supuesto, poder adquisitivo. No sé aún cuál es su moneda, ni si tienen el dólar o la rupia —aquí me detuve al ver que no me seguía—. Mi idea es esta —proseguí, bajando a un lenguaje muy claro—: Puedo dar uno de estos billetes de cinco libras, o su equivalente en oro si lo prefiere… cinco de estos soberanos, quiero decir… por un traje como el que todos ustedes usan.

Tal era mi deseo de poseer la ropa que estaba a punto de duplicar la oferta, que me parecía pobre, y añadir que daría diez soberanos; pero cuando terminé de hablar, él dejó caer la moneda que sostenía sobre la mesa y me miró fijamente, secundado por todos los demás. Pronto, en el profundo silencio que siguió, se oyó un suave gorjeo plateado, como el de un arroyo montañés alegre —un sonido dulce y trinante que fue creciendo gradualmente hasta terminar en una larga y sonora carcajada.

Era Yoletta quien reía. La miré sorprendido por su frivolidad fuera de lugar; pero el único efecto de mi mirada fue una explosión general: hombres y mujeres se unieron en una tempestad de regocijo como si acabaran de oír el chiste más extraordinario inventado desde que el hombre adquirió el sentido de lo cómico.

El anciano fue el primero en recuperar una gravedad decorosa, aunque se notaba que luchaba con dificultad a intervalos para evitar recaer en la risa.

—Smith —dijo—, de todas las extrañas ilusiones de que pareces padecer, esta —que puedes obtener prendas a cambio de un pequeño trozo de papel o de unos cuantos pedazos de este metal— es la más asombrosa. No puedes intercambiar estas baratijas por ropa, porque la ropa es fruto del trabajo de muchas manos.

—Y sin embargo, señor, usted dijo que me había entendido cuando propuse pagar por lo que necesito —repliqué con tono ofendido—. Incluso pareció aprobar mi

oferta. Entonces, ¿cómo debo pagar por ellas si todo lo que poseo no se considera de valor alguno?

—¡Todo lo que posees! —respondió él—. ¡Seguramente no dije eso! Sin duda posees la fuerza y la habilidad comunes a todos los hombres, y puedes adquirir cualquier cosa que desees mediante el trabajo de tus manos.

Empecé a vislumbrar la luz una vez más, aunque sabía que mi habilidad no valdría gran cosa. —Ah, sí —respondí—. Volviendo a ese tema, no sé nada de tallado en madera ni del uso de colores, pero quizá pueda hacer algo… algún trabajo de tipo más sencillo.

—Hay árboles que talar, tierra que arar y muchas otras cosas por hacer. Si tú realizas esas labores, otro quedará libre para ejecutar trabajos de habilidad; y como estos son los más gratos para quien los realiza, nos complacería más que labraran los campos que que trabajaras en el taller.

—Soy fuerte —respondí—, y con gusto me encargaré del tipo de labor que menciona. Hay, sin embargo, una dificultad. Mi deseo es cambiar estas ropas por otras más agradables a la vista de inmediato; pero el trabajo que debo hacer a cambio no se terminará en un día. Quizá no en… bueno, varios días.

—No, por supuesto que no —dijo él—. Será necesario un año de trabajo para pagar las prendas que necesitas.

Esto me desconcertó; pues si me daban la ropa al principio, para el final del año estaría hecha harapos, y me habría convertido en esclavo de por vida. Estaba profundamente perplejo, tironeado entre el temor de contraer una deuda y el deseo de verme (y de que Yoletta me viera) con esas prendas extrañamente fascinantes. Estaba bastante seguro de tener una figura decente y de no ser un mal mozo; y la esperanza de causar una impresión (favorable, quiero decir) en el corazón de esa muchacha supremamente hermosa era muy fuerte en mí. En cualquier caso, aceptando la oferta tendría un año de felicidad en su compañía, y un año de trabajo sano en los campos no podía hacerme daño ni interferir mucho con mis perspectivas. Además, no estaba del todo seguro de que mis perspectivas merecieran realmente consideración en ese momento. Ciertamente, siempre había vivido cómodamente, gastando dinero, comiendo y bebiendo lo mejor y vistiéndome bien —es decir, según el estándar londinense. Y estaba mi querido tío soltero Jack —John Smith, diputado por Wormwood Scrubbs. Es decir, exdiputado; pues, siendo liberal cuando llegó el gran cambio en las últimas elecciones generales, fue ignominiosamente expulsado de su escaño, resultando

Scrubbs al final un lugar amargo para él. Fue desplazado de más de un modo y trató de consolarse diciendo que pronto habría otra disolución —pensando quizá en la suya propia, siendo ya anciano. Recuerdo que yo mismo había esperado con cierta ilusión tal eventualidad, imaginando lo agradable que sería tener todo ese dinero y navegar por el mundo en mi propio yate, disfrutando como sabía hacerlo. Y realmente tenía alguna razón para esperarlo. Recuerdo que solía terminar las conversaciones de noche cuando cenaba con él (y recibía un cheque) diciendo: "Muchacho, tienes talento, si supieras aprovecharlo". ¿Dónde estaban esos talentos ahora? Ciertamente no me habían hecho brillar mucho en las últimas horas.

Ahora todo esto parecía irreal, y recordaba estas cosas vagamente, como un sueño o un cuento contado en la infancia; y a veces, al evocar el pasado, me parecía estar pensando en historia antigua —Sesostris, los babilonios y asirios, y cosas por el estilo. Y además, sería muy difícil regresar de un lugar donde ni siquiera se conocía el nombre de Londres. Y quizá, si alguna vez lograba volver, solo sería para enfrentar un segundo caso Roger Tichborne, o para toparme con la ley de prescripción. En fin, un año no podía marcar mucha diferencia, y además conservaría mi dinero, lo cual parecía una ventaja, aunque no fuera mucho. Levanté la vista: todos volvían a examinar las monedas y los billetes, intercambiando comentarios sobre ellos.

—Si me comprometo a trabajar un año —dije—, ¿tendré que esperar hasta el final de ese tiempo para recibir la ropa?

La respuesta a esta pregunta, pensé, decidiría el asunto de una manera u otra.

—No —dijo él—. Es tu deseo, y también el nuestro, que te vistas de manera diferente de inmediato, y las prendas que necesitas se te confeccionarán sin demora.

—Entonces —dije, dando el salto desesperado—, quisiera tenerlas lo antes posible, y estoy listo para comenzar a trabajar de inmediato.

—Comenzarás mañana por la mañana —respondió él, sonriendo ante mi impetuosidad—. Las hijas de la casa, cuya tarea es confeccionar estas cosas, suspenderán también otros trabajos hasta que tus prendas estén terminadas. Y ahora, hijo mío, desde esta noche eres uno más de la casa y uno de nosotros, y las cosas que poseemos las posees también tú en común con nosotros.

Me levanté y le di las gracias. Él también se puso de pie y, tras mirarnos a todos con una sonrisa paternal, se retiró al interior de la casa.

Capítulo 5

Cuando el anciano se fue, y Yoletta lo siguió —dejando a algunos de los otros todavía estudiando aquellos dichosos soberanos—, me senté de nuevo y apoyé la barbilla en la mano; porque ahora estaba pensando, y muy profundamente, en los términos del acuerdo. "Seguro que logré quedar como un soberano estúpido", fue la reflexión que se me vino a la mente (una que ya me había hecho con frecuencia, y lo que es más, con toda la razón en ocasiones anteriores). Luego, recordando que había llegado a la cena con un hambre atroz, me di cuenta de que mi anfitrión, observador silencioso, probablemente había tenido en cuenta la cantidad de comida necesaria para mi sustento al proponer los términos. Lamenté demasiado tarde no haber tenido más autocontrol; pero el hombre hambriento no considera, ni puede considerar las consecuencias, de lo contrario, cierto caballero velludo de la historia antigua jamás se habría prestado a aquel pacto nefasto que le dio tanta ventaja a un hermano menor, pero mucho más astuto y bien alimentado. A pesar de todo, sentí una satisfacción secreta al pensar en la ropa, y también era bueno saber que el tipo de trabajo que había aceptado no bajaría mi estatus en la casa.

Absorto en estas reflexiones, no me di cuenta de que el grupo se había ido dispersando poco a poco hasta que solo quedó una persona conmigo: el joven que me había hablado antes. Por invitación suya, me levanté, guardé mi dinero y lo seguí. Regresando por el vestíbulo, atravesamos un pasillo y entramos en una habitación de una extensión vasta, que por su forma, su gran longitud y su techo de arco alto parecía la nave de una catedral. Y sin embargo, qué diferente era por ese algo etéreo en su aspecto, como la nave de una catedral entre las nubes; sus pisos y paredes y columnas brillantes, de un blanco puro y gris perla, apenas tocados con colores de una delicadeza exquisita. Y sobre todo estaba el techo de vidrio blanco o gris pálido con tintes rojo dorado; el techo que había visto desde afuera y que me pareció una nube descansando sobre la cima pedregosa de una colina.

Al entrar, me dio la impresión de ser un lugar vacío y silencioso; sin embargo, todos los habitantes de la casa estaban allí; estaban sentados o reclinados en sofás bajos, algunos acostados cómodamente sobre tapetes de paja en el suelo; otros leían, algunos estaban ocupados con algún trabajo manual y otros conversaban, llegándome el sonido como un murmullo tenue desde la distancia.

A un lado, más o menos hacia el centro de la habitación, había una plataforma elevada, o estrado, con un diván en el que el padre descansaba a sus anchas. Junto

al diván había un atril con un gran volumen, y ante él una caja o gabinete de bronce; detrás del diván se alineaban siete globos de bronce pulido, suspendidos en ejes apoyados en marcos de bronce. Estos globos variaban en tamaño; el más grande medía no menos de unos cuatro metros de circunferencia.

Noté que había libros en un estante bajo cerca de mí. Eran todos folios, muy parecidos en forma y grosor; y viendo que los demás seguían sus propias inclinaciones, y considerando que me habían dejado a mi suerte —y que es buena idea que "a donde fueres, haz lo que vieres"—, me atreví a tomar un volumen y lo llevé a uno de los atriles de lectura.

"Los libros son cosas grandiosas… a veces", pensé, dispuesto a seguir el consejo que había recibido y descubrir leyendo todo sobre las costumbres de esta gente, especialmente sus ideas sobre "La Casa", que parecía ser objeto de un respeto casi religioso para ellos. Esto me haría independiente y me enseñaría a evitar meter la pata en el futuro, o a no volver a expresar ninguna otra "fantasía extraña". Al abrir el volumen, me sorprendió muchísimo encontrar que cada hoja estaba ricamente iluminada, y que solo el centro de cada página estaba ocupado por una franja de escritura algo estrecha; pero las letras minúsculas, parecidas a caracteres hebreos, me resultaban incomprensibles. Debo decir que acepté la decepción con mucha alegría, pues no soy muy aficionado al estudio; y, además, no habría podido prestar la atención debida al texto rodeado de toda esa belleza distractora de diseños elegantes y colores brillantes.

Después de un rato, Yoletta cruzó lentamente la habitación, con los dedos ocupados en algún tipo de tejido mientras caminaba, y el corazón me latió rápido cuando se detuvo a mi lado.

—No estás leyendo —dijo, mirándome con curiosidad—. Te he estado observando hace un rato.

—¿Ah, sí? —dije, sin saber si sentirme halagado o no—. No, por desgracia no puedo leer este libro porque no entiendo las letras. ¡Pero qué libro tan maravillosamente hermoso! Estaba pensando en lo que algunos de los grandes compradores de libros de Londres —Quaritch, por ejemplo— estarían dispuestos a dar por él. Oh, lo olvido… nunca has oído su nombre, claro; pero… ¡qué libro tan hermoso es!

Ella no respondió nada, solo pareció un poco sorprendida —y temí que disgustada — por mi ignorancia, y luego se alejó. Yo esperaba que se quedara a hablar conmigo, y con una profunda decepción la vi alejarse por el salón. Toda la gloria

pareció esfumarse de las hojas del volumen, y seguí pasándolas sin ganas, mirando de reojo de vez en cuando a la chica hermosa, que también era como una de las páginas ante mí: maravillosa de ver, pero difícil de entender. En una parte lejana de la habitación, la vi colocar unos cojines en el suelo y acomodarse en ellos para seguir con su trabajo.

El sol ya se había puesto para entonces, y el interior se oscurecía poco a poco; sin embargo, la luz tenue no parecía afectar a los que trabajaban o leían. Parecían tener una visión de búho, capaces de ver con muy poca luz. Solo el padre no hacía nada, seguía descansando en su diván, tal vez disfrutando de una siesta después de la cena. Finalmente se incorporó y miró a su alrededor.

—No hay melodía en nuestros corazones esta noche, hijos míos —dijo—. Cuando pase otro día sobre nosotros, quizás sea diferente. Esta noche, todos echaríamos de menos con demasiado dolor la voz que hace tan poco se acalló para siempre en la muerte.

Alguien se levantó entonces, trajo un cirio largo de cera y lo colocó cerca de él. La llama iluminó un poco el volumen que él procedió a abrir; aquí y allá, más lejos, la luz destellaba y temblaba en puntos de colores de arcoíris sobre alguna columna alta; pero la mayor parte de la habitación seguía sumida en la penumbra.

Empezó a leer en voz alta y, aunque no parecía subir la voz más de lo normal, las palabras que pronunciaba llegaban a mis oídos con una claridad y pureza de sonido que las hacían parecer una melodía perfectamente afinada. Lo que leía trataba sobre la vida y la muerte y otros asuntos solemnes; pero, a mi parecer, su teología resultaba algo fantasiosa, aunque es justo confesar que no soy ningún experto en esos temas. También había mucho sobre la casa, lo cual no me aclaró mucho por ser demasiado poético, y cuando hablaba de nuestra conducta y metas en la vida, le entendía todavía menos. Aquí tienes una parte de su discurso:

> "Es natural llorar por los que mueren, porque la luz, el conocimiento, el amor y la alegría ya no son suyos; pero ellos ya no sufren, pues ahora duermen en el regazo de la Madre Universal, la esposa del Padre, quien está con nosotros compartiendo nuestro dolor, que fue suyo primero; pero eso no empaña su brillo eterno. Su deseo y nuestra gloria es que siempre y en todas las cosas nos parezcamos a Él.
>
> El final de cada día es la oscuridad, pero el Padre de la vida, a través de nuestra razón, nos ha enseñado a mitigar la amargura extrema de nuestro fin; de lo contrario, nosotros, que estamos por encima de todas

las demás criaturas de la tierra, seríamos al final más miserables que ellas. Pues en el mundo irracional reina entre las especies la lucha perpetua y el derramamiento de sangre, donde el fuerte devora al débil y al incapaz. Así, la vida que ha durado muchos días se apaga con un breve dolor y, al irse, da nuevo vigor al fuerte que aún tiene muchos días por vivir. Así también la tierra siempre viva, del polvo de generaciones de hojas muertas, vuelve a crear un follaje fresco y para ella un nuevo vestido.

Solo nosotros, de todos los seres vivos, al ser como el Padre, ni matamos ni somos matados, y no tenemos enemigos en la tierra; pues incluso las especies inferiores saben, sin necesidad de razón, que somos los más altos en la tierra, y ven en nosotros la majestad del Padre. Por eso, cuando la noche se acerca y la vida es una carga, apresuramos el fin para que aquellos a quienes amamos dejen de sufrir al ver nuestra decadencia; y sabemos que esta es la voluntad de Aquel que nos llamó al ser y nos dio vida y alegría en la tierra por un tiempo, pero no para siempre.

Es amargo dejar la vida que es nuestra, dejarlo todo: el amor de nuestra familia, la belleza del mundo y de la casa, el trabajo que nos deleita; pero la amargura no dura, y apenas se siente cuando en nuestros últimos momentos recordamos que nuestro trabajo ha dado fruto; que las letras que hemos escrito no mueren con nosotros, sino que quedan como testimonio y alegría para las generaciones siguientes, y viven en la casa para siempre.

Porque la casa es la imagen del mundo, y nosotros, que vivimos y trabajamos en ella, somos la imagen de nuestro Padre que hizo el mundo. Todo el conocimiento que buscamos y el trabajo de nuestras manos tienen este único propósito. Pues así como los sentidos del cuerpo pueden pervertirse y el gusto perder su criterio, la mente es capaz de buscar nuevos caminos y un conocimiento que solo lleva a la miseria y la destrucción.

Así sabemos que en el pasado los hombres buscaron conocimientos de toda clase, sin preguntar si eran para bien o para mal. Así, al aumentar sus riquezas se hicieron más pobres; y como quien mira fijamente al sol olvidando los límites de sus ojos, al ver demasiado quedaron ciegos. Se inflamaron con el deseo de aprender los secretos de la naturaleza, sin dudar en mancharse las manos de sangre, buscando en los tejidos vivos

de los animales los resortes ocultos de la vida. Pues en su locura esperaban, mediante el conocimiento, ganar el dominio absoluto sobre la naturaleza, quitándole así al Padre del mundo su prerrogativa.

Pero su vana ambición no duró, y el fin de ella fue la muerte. La locura de sus mentes se alimentó de sus cuerpos, y se criaron gusanos en su carne corrompida; y estos volaron de cuerpo en cuerpo, llenando a la raza humana en todos los lugares de corrupción y decadencia. Así la Madre de los hombres se vengó de sus hijos por su orgullo y locura, pues perecieron miserablemente, devorados por los gusanos.

De la raza humana solo sobrevivió un pequeño resto, hombres de mente humilde que habían vivido apartados y desconocidos; y tras largos siglos salieron a la naturaleza de la tierra y volvieron a poblarla. Pero en ninguna parte encontraron rastro de aquellos que habían desaparecido; pues la tierra había cubierto todas sus obras en ruinas con su tierra oscura y sus bosques verdes, tal como un hombre esconde las cicatrices feas de su cuerpo con un vestido nuevo y hermoso. Solo sabemos que esta historia fue grabada hace cien siglos en los pilares de granito de la Casa de Evor.

Pero para la humanidad no habrá una segunda oscuridad de error. En la Casa del Padre no habrá una segunda desolación, sino sonidos de alegría y melodía. Él es nuestro maestro. Mañana y tarde, en la procesión de las estaciones y en los cielos azules salpicados de estrellas, leemos sus pensamientos y escuchamos su voz. Aquí aprendemos con qué inteligencia ha puesto los cimientos de su mansión eterna, qué tan hábilmente ha construido sus muros y con qué riqueza prodigiosa ha decorado todas sus obras. La luz del sol, la del mar con sus mareas, la nieve y los vientos cambiantes son suyos. Aprendemos que Él ama una construcción estable, pero que no ama la monotonía; por eso todas las cosas cambian su aspecto de día en día. A nosotros no se nos da alcanzar esa majestad suprema, por eso cada casa aprende por separado de Él solo, para que cada habitación, inmutable y eterna en sí misma, sea diferente de todas las demás.

Estas cosas están escritas para el deleite de quienes ya no pueden viajar a tierras lejanas; y están en la biblioteca de la casa en los siete mil volúmenes de las Casas del Mundo. Pues una vez en la vida está ordenado que un hombre deje su lugar y viaje durante diez años, visitando las casas más famosas de cada tierra.

Así, al comienzo de nuestro viaje al sur lejano, llegamos al desierto de Coradine, que parece estéril a nuestra vista, acostumbrada al verde de los valles. Allí viven los hijos de Coradine, donde las columnas estupendas de vidrio verde sostienen el techo de su Casa. Allí, bajo la luna llena, vemos a los hijos de Coradine reunidos, vestidos con ropas brillantes de hilos de gasa, cuando bailan sus danzas lunares sobre los suelos de alabastro; y al ver esto, todo aquello en lo que nosotros destacamos parece pobre en comparación. Pues los vientos, las olas y la blancura han estado siempre con ellos y les han enseñado ese arte.

Sin embargo, esa danza de Coradine se olvida pronto cuando se ve otra; y al ir de casa en casa aprendemos cómo las riquezas del mundo han sido integradas al alma por el hombre. Nosotros no somos inferiores, pues tenemos un arte que es solo nuestro: nuestra melodía de la cosecha, cuando los frutos maduros han sido recogidos. Entonces nos regocijamos más que otros, pasando a una vida de gloria y alegría durante tres días enteros. Entonces la augusta Madre, en un carro de bronce, es llevada de campo en campo por toros blancos como la leche con cuernos de oro; y con voces e instrumentos desconocidos para el extranjero, alegran los campos con la gran melodía de la cosecha.

Hace siglos, los hijos de nuestra casa la concibieron en sus corazones al escucharla en todas las voces de la naturaleza. Y así como el Constructor del mundo trae de cien lugares la niebla y el rocío para dar gloria a la mañana, nosotros escuchamos durante siglos todos los sonidos hasta que esta gran canción fue perfecta en nuestros corazones. Por eso nuestra casa es llamada la Casa de la Melodía de la Cosecha; y cuando los peregrinos escuchan nuestra canción, toda la gloria del mundo parece pasar ante ellos, hasta que estallan en lágrimas y se lanzan a la tierra para adorar al Padre de todo el mundo.

Esta será la gloria principal de nuestra casa para siempre; cuando hayan pasado mil años y nosotros estemos mezclados con la naturaleza de la que venimos, los peregrinos seguirán viniendo a estos campos brillantes para bendecir a la augusta Madre de la casa, de cuyo vientre sagrado siempre vienen la vida, el amor, el placer y la melodía de la cosecha que durará por siempre".

Capítulo 6

La lectura continuó, no por supuesto "por siempre", como aquella melodía de la cosecha de la que él hablaba, sino por un tiempo considerable. Las palabras, concluí, eran para los iniciados y no para mí, y después de un rato desistí de intentar entender de qué trataba todo aquello. Esas últimas expresiones que cité sobre la "augusta Madre de la casa" eran ininteligibles y me parecían carentes de sentido. Ya había llegado a la conclusión de que, por muchas damas del establecimiento que hubieran experimentado los placeres y dolores de la maternidad, no había realmente una "madre de la casa" en el sentido en que había un "padre de la casa": es decir, alguien que poseyera autoridad sobre los demás y que los llamara a todos sus hijos indistintamente. Sin embargo, se hablaba continuamente de esta misteriosa e inexistente madre de la casa, como pude notar entonces y después cuando escuchaba las pláticas a mi alrededor. Tras darle vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que "madre de la casa" era simplemente una ficción conveniente, y que solo representaba el sentir general de las mujeres, o algo por el estilo. Quizás fue estúpido de mi parte, pero la historia de Mistrelde, que murió joven dejando solo ocho hijos, la había considerado como una mera leyenda o fábula de la antigüedad.

Volviendo a la lectura: así como antes me había quedado absorto en aquel hermoso libro sin poder leerlo, ahora escuchaba esa voz melodiosa y majestuosa, experimentando un placer singular sin entender propiamente el sentido. Recordé entonces, con un doloroso sentimiento de inferioridad, que más temprano me habían señalado que mi forma de hablar era "tosca"; y no pude evitar pensar que, comparada con el habla de esta gente, realmente lo era. Con su rara belleza física, el color de sus ojos y cabello, y su vestimenta fascinante, me habían parecido totalmente distintos a cualquier persona que yo hubiera visto jamás. Pero era quizás en su voz clara, dulce y penetrante —que a veces me recordaba a un instrumento de viento de tono tierno— donde más diferían de los demás.

La lectura, como dije, me había dado la impresión de ser casi un servicio religioso; sin embargo, todo seguía igual que antes: unos leyendo, otros trabajando y alguna conversación ocasional. Pero el hablar en voz baja y el moverse de un lado a otro no interferían con el placer de escuchar el discurso musical del anciano, de la misma forma que el suave zumbido y el vuelo de las abejas no impedirían que uno disfrutara del canto de una alondra. Animado por lo que veía hacer a los demás, dejé mi asiento y me abrí paso por el salón hasta el lado de Yoletta, deslizándome

entre la penumbra con mucha cautela para evitar hacer ruido con esas botas abominables.

—¿Puedo sentarme cerca de ti? —dije con cierta duda; pero ella me animó con una sonrisa y me puso un cojín.

Me acomodé en la posición más elegante que pude asumir —que no fue nada elegante—, ocultando mis impresentables piernas de su vista; y entonces empezó mi problema, porque me sentía muy confundido sobre qué decirle. Pensé en el tenis y en el tiro con arco, en la actuación de Ellen Terry, en la exhibición de la Royal Academy, en teatro aficionado y en veinte cosas más, pero todos parecían temas inadecuados para entablar conversación en este caso. Empecé a temer que no hubiera un terreno común en el que pudiéramos encontrarnos e intercambiar pensamientos o, al menos, palabras. Entonces recordé ese terreno, común y lo bastante amplio, de nuestros sentimientos humanos, especialmente el dulce e importante sentimiento del amor. ¿Pero cómo iba a llegar a él? El trabajo que ella estaba haciendo me sugirió finalmente una entrada y la oportunidad de soltarle un piropo.

—Tu vista debe ser tan buena como lindos son tus ojos —dije—, para poder trabajar con una luz tan tenue.

—Oh, la luz es suficiente —respondió ella, sin hacer caso al cumplido—. Además, este trabajo es tan fácil que podría hacerlo a oscuras.

—Es un trabajo muy bonito, ¿puedo verlo?

Ella me pasó la labor, pero en lugar de tomarla de forma normal, puse mi mano debajo de la suya y, sosteniendo la tela y su mano juntas, procedí a examinar su trabajo de manera minuciosa y prolongada.

—¿Sabes que estoy disfrutando de dos placeres distintos al mismo tiempo? —le dije—. Uno es ver tu trabajo, el otro es sostener tu mano; y creo que este último placer es incluso mayor que el primero. —Como ella no respondió, añadí de forma algo torpe—: ¿Puedo… seguir sosteniéndola?

—Eso me impediría trabajar —respondió ella con la mayor gravedad—. Pero puedes sostenerla un ratito.

—Oh, gracias —exclamé, encantado con el privilegio; y luego, para aprovechar al máximo mi precioso "ratito", la apreté con cariño, a lo que ella gritó fuerte: —¡Oh, Smith, estás apretando demasiado, me lastimas la mano!

La solté al instante con la mayor confusión. —¡Ay, por favor! —tartamudeé—, ¡no grites así! No sabes en qué lío me vas a meter.

Por fortuna, nadie hizo caso al grito, aunque era difícil creer que no la hubieran oído; y poco después, recuperándome del susto, le pedí disculpas por lastimarla y le rogué que me perdonara.

—No hay nada que perdonar —contestó ella con dulzura—. Realmente no apretaste fuerte, es solo que me duele la mano porque hoy, cuando me apoyé en el suelo junto a la tumba, se me clavó una pequeña espina. —Entonces, el recuerdo de aquella escena en el entierro trajo una bruma repentina de lágrimas a sus hermosos ojos.

—Siento mucho haberte lastimado, Yoletta… ¿puedo llamarte Yoletta? —dije, recordando de pronto que ella me había llamado Smith, sin el trato de cortesía habitual.

—Pues ese es mi nombre, ¿de qué otra forma deberías llamarme? —respondió ella, evidentemente sorprendida.

—Es un nombre muy lindo, y suena tan dulce en los labios que me gustaría repetirlo continuamente —respondí—. Pero es justo que tengas un nombre lindo porque… bueno, si me permites decírtelo, porque eres muy hermosa.

—Sí; ¿pero eso es raro? ¿Acaso no toda la gente es hermosa?

Pensé en ciertos tipos de gente en Londres, especialmente entre las "clases criminales", y en las ancianas con rostros marchitos y simiescos que entran y salen de las tabernas en las esquinas; y también en algunas personas de mejor posición que había conocido personalmente —algunos incluso en la Cámara de los Comunes—; y sentí que no podía estar de acuerdo con ella, por mucho que quisiera, sin forzar mi conciencia.

—En todo caso, admitirás —dije, esquivando la pregunta— que hay grados de belleza, igual que hay grados de luz. Podrás ver para trabajar con esta luz, pero es muy tenue comparada con la luz del mediodía cuando brilla el sol.

—Oh, no hay una diferencia tan grande entre las personas como esa —replicó ella, con aire de filósofa—. Hay diferentes tipos de belleza, lo admito, y algunas personas nos parecen más hermosas que otras, pero eso es solo porque las amamos más. Los más amados son siempre los más hermosos.

Esto parecía invertir la idea habitual de que cuanto más hermosa es la persona, más se le ama. Sin embargo, no iba a llevarle la contraria otra vez, y solo dije: —Qué dulzura de plática, Yoletta; eres tan sabia como hermosa. No podría desear mayor placer que estar aquí sentado escuchándote toda la noche.

—Ah, pues lamento tener que dejarte ahora —respondió ella con una sonrisa brillante que me hizo pensar que tal vez mi cumplido le había gustado.

—¿Te preguntas por qué sonrío? —añadió, como si pudiera leer mis pensamientos —. Es porque a menudo he oído palabras como las tuyas de alguien que me está esperando ahora mismo.

Estas palabras me causaron una punzada de celos. Pero durante unos momentos después de hablar, ella siguió mirándome con esa sonrisa brillante y espiritual en los labios; luego se desvaneció, su rostro se ensombreció y bajó la mirada. No le pedí que me lo contara, ni me pregunté yo mismo la razón de ese cambio; y después, cuántas veces noté ese mismo cambio en ella, y en los otros también: ese silencio repentino y el ensombrecimiento del rostro, como el que se ve en alguien que se expresa libremente ante una persona que no puede oír y que, de repente pero demasiado tarde, recuerda la discapacidad del otro.

—¿Tienes que irte? —fue lo único que dije—. ¿Qué voy a hacer yo solo?

—Oh, no estarás solo —respondió, y alejándose regresó al momento con otra dama—. Esta es Edra —dijo simplemente—. Ella tomará mi lugar a tu lado y platicará contigo.

No pude decirle que se había tomado mis palabras de forma demasiado literal, que estar solo significaba simplemente estar separado de ella; pero no había remedio, y alguien —¡ay, alguien a quien yo ya odiaba profundamente!— la estaba esperando. Solo pude darle las gracias a ella y a su amiga por sus buenas intenciones. Pero, ¡en nombre de Dios!, ¿qué le iba a decir a esta mujer hermosa que estaba sentada junto a mí? Ciertamente era muy bella, con una belleza mucho más madura y quizás más noble que la de Yoletta, pues tendría unos veintisiete o veintiocho años; pero el encanto divino del rostro de la joven no podía, para mí, existir en ninguna otra.

Al poco tiempo ella inició la conversación preguntándome si me disgustaba estar solo.

—Bueno, no, quizás no exactamente eso —dije—; pero creo que es mucho más "padre" —mucho más agradable, quiero decir— tener a alguien simpático con quien platicar.

Ella asintió y, animado por su rápida inteligencia, añadí: —Y es especialmente agradable cuando a uno lo entienden. Pero no tengo miedo de que usted, al menos, deje de entender cualquier cosa que yo diga.

—Has tenido algunos problemas hoy —comentó ella con una sonrisa encantadora —. A veces pienso que las mujeres podemos entender incluso más rápido que los hombres.

—¡No cabe la menor duda! —respondí entusiasmado, feliz de ver que con Edra todo fluía sin obstáculos—. Debe ser evidente para cualquiera que las mujeres tienen intelectos mucho más rápidos y finos que los hombres, aunque sus cerebros sean más pequeños; pero claro, la calidad es más importante que la simple cantidad. Y sin embargo —continué—, ¡hay gente que sostiene que las mujeres no deberían tener el voto, o el sufragio, o como se llame! No es que a mí me importe un comino el asunto, y solo espero que nunca lo consigan; pero es que me parece tan ilógico, ¿no cree?

—Me temo que no te entiendo, Smith —respondió ella, viéndose muy afligida.

—Bueno, no, supongo que no, pero lo que dije no tiene importancia —respondí; luego, queriendo empezar de cero, añadí—: Pero me da mucho gusto oír que me llama Smith. Hace que todo sea mucho más agradable y familiar el ser tratado sin formalidades. Es muy amable de su parte, de verdad.

—¿Pero acaso tu nombre no es Smith? —dijo ella, pareciendo muy sorprendida.

—Oh, sí, mi nombre es Smith: solo que claro… bueno, el caso es que me preguntaba cómo llamarla a usted.

—Mi nombre es Edra —respondió, pareciendo más desconcertada que nunca; y desde ese momento la conversación, que había empezado tan bien, no fue más que una serie de enredos, de los cuales solo podía escapar en cada caso rompiendo el hilo del tema y sacando uno nuevo.

Capítulo 7

Llegó por fin el momento de retirarme, el cual había estado esperando con bastante interés pues prometía nuevas sorpresas; pero lo único que trajo fue una incomodidad extrema. Me condujeron por un pasillo oscuro; luego, en ángulo recto con el primero, por un segundo pasillo más ancho y luminoso que pasaba frente a una gran cantidad de puertas situadas muy cerca unas de otras. Estas, según comprobé más tarde, eran los dormitorios, o celdas de descanso, alineadas una junto a otra con vista a la terraza trasera de la casa. Al llegar a la puerta de mi cubículo, mi guía deslizó el panel hacia atrás y, una vez que entré a tientas en el interior oscuro, volvió a cerrarlo tras de mí. No había más luz para mí que la de las estrellas; pues justo frente a la puerta por la que entré había otra, abierta de par en par a la noche, que aparentemente nunca se cerraba. La vista era la que ya había visto: la maleza bajando hacia el río, la superficie vidriosa de la gran corriente reflejando las estrellas y las masas negras de los enormes árboles. No se oía nada excepto el ulular de un búho a lo lejos y el lamento de alguna ave acuática de ánimo sombrío. El aire nocturno entraba frío y húmedo, lo que me hacía doler los huesos, aunque no estuvieran rotos; sintiéndome muy somnoliento y miserable, tanteé por el lugar hasta que tuve la recompensa de hallar una cama estrecha, o catre de enrejado, sobre el cual había un duro jergón de paja y una pequeña almohada también de paja; además, doblado cuidadosamente, una especie de camisón de lana. Demasiado cansado para rechazar incluso una cama tan poco acogedora, me quité la ropa y, con mis húmedos pantalones de lana escocesa como única manta, me acosté, pero no a dormir. ¡Qué miseria! Pues aunque mi cuerpo estaba caliente —demasiado, de hecho—, el viento me soplaba en la cara y en los pies y piernas desnudos, haciendo imposible el sueño.

Cerca de la medianoche, cuando apenas empezaba a dormitar, me perturbó un sonido como de alguien entrando al cuarto con una serie de saltos; al incorporarme, me horroricé al ver, sentado en el piso, a una bestia enorme, demasiado grande para ser un perro, con orejas largas y erguidas. Me vigilaba intensamente, con sus ojos redondos brillando como un par de globos verdes fosforescentes. Al no tener armas, estaba a merced del bruto y estuve a punto de lanzar un grito para pedir ayuda, pero como se quedó tan quieto, me contuve e incluso empecé a esperar que se fuera tranquilamente. Entonces se puso de pie, volvió a la puerta y olfateó ruidosamente; pensando que estaba por librarme de su molesta presencia, apoyé la cabeza en la almohada y me quedé perfectamente inmóvil. Entonces se volvió y me miró de nuevo con fijeza, y finalmente, avanzando deliberadamente hacia mi lado, me olfateó la cara. "Todo terminó para mí", pensé, y cerrando los ojos mientras sentía que mi frente se humedecía notablemente a

pesar del frío, murmuré una pequeña oración. Cuando volví a mirar, la bestia había desaparecido, para mi alivio indescriptible.

Me pareció asombroso que un animal parecido a un lobo entrara en la casa; pero pronto recordé que no había visto perros por el lugar, así que toda clase de bestias salvajes y merodeadoras podían entrar impunemente. La situación ya pasaba de broma; pero claro, todo esto parecía un final adecuado para el arreglo perfectamente absurdo en el que me habían convencido de entrar. —¡Santo cielo! —exclamé, sentándome de golpe en mi lecho de paja—. ¿Soy un ser racional o un burro ebrio, o qué, para haber aceptado semejante propuesta? Está claro que no estaba en mis cabales cuando hice el trato y, por lo tanto, no estoy moralmente obligado a cumplirlo. ¡Cómo! ¿Ser un jornalero del campo, un cortador de leña y sacador de agua, y dormir en un miserable jergón de paja en un porche abierto, con lobos visitándome a toda hora, y todo por unos cuantos harapos bárbaros? No sé mucho de arar y esas cosas, pero supongo que cualquier hombre fuerte puede ganar una libra a la semana, y eso serían cincuenta y dos libras por un traje de ropa. ¡Quién ha oído hablar de algo semejante! ¡Y encima los lobos de regalo! Seguro que al rato se deja caer un tigre nada más para echar un vistazo. No, no, mi venerable amigo; toda esa actuación sobre mis "ilusiones extrañas" y lo demás estuvo excelente, pero no voy a dejarme llevar tanto por ellas como para mantener un trato tan descaradamente injusto.

Poco después recordé dos cosas: la divina Yoletta fue la primera; y la segunda fue el pensamiento del raro placer que sería vestirme con esos mismos "harapos bárbaros", como los había llamado irreverentemente. Estas cosas se habían metido en mi alma y se habían vuelto parte de mí… especialmente… bueno, ambas. ¡Esas ropas extrañas se veían tan refrescantemente pintorescas, y me habían dado unas ganas tan intensas de usarlas! ¿Era una ambición muy despreciable de mi parte? ¿Es pecado desear otros adornos que no sean la sabiduría y la sobriedad, un espíritu manso y amoroso, las buenas obras y cosas por el estilo? Directo a mi cerebro saltaron las palabras de una frase que había leído recientemente —es decir, justo antes de mi accidente— en una obra de biología, y me consolaron tanto como si un ángel con rostro resplandeciente y alas irisadas me hubiera visitado en mi sombría celda: "Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió". Esto se ha convertido, como todos saben, en costumbre entre la raza humana, y en la actualidad no muestra señal alguna de volverse obsoleto. Además, esa primera correlación, a saber, glándulas mamarias y cubierta pilosa, parece haber penetrado en el alma misma de las criaturas de esta clase, y haberse vuelto psíquica además de física; pues en ese tipo, que solo es por un tiempo inferior a los ángeles, el afecto por esta clase de cubierta exterior es una

pasión fuerte e irradicable. ¡Palabras sumamente verdaderas y nobles, oh biólogo de alma ardiente! Fue un deleite recordarlas. Una "pasión fuerte e irradicable", no meramente para vestir el cuerpo, sino para vestirlo apropiadamente, es decir, bellamente, y al hacerlo complacer a Dios y a nosotros mismos. Siendo así, ¿debemos seguir por siempre raspándonos el rostro con un hierro afilado hasta quedar azules y llenos de manchas por los múltiples raspones; y cortándonos el pelo corto para darnos un parecido artificial a perros viejos y monos —criaturas inferiores a nosotros en la escala del ser— y vestir nuestros cuerpos, como enterradores en un funeral, de negro repulsivo… nosotros, "Eutérios de los Eutérios, los nobles de los nobles"? ¿Y todo para qué, si no complace al cielo ni concuerda con nuestros propios deseos? ¿Por el sake de la respetabilidad, quizá, sea esto lo que fuere? ¡Oh, entonces, un millón de maldiciones sobre ella —la respetabilidad, quiero decir—; que se hunda en el abismo sin fondo, y que el humo de su tormento ascienda por los siglos de los siglos! Y habiendo así, mediante la reflexión, llevado mi mente a este estado de ánimo, una vez más determiné definitivamente conseguir la ropa y observar religiosamente el pacto.

Me hizo muy feliz terminar así. El lecho duro, el viento frío de la noche soplando sobre mí, mi visitante lobuno, todo fue olvidado. Una vez más dejé volar mi imaginación y me vi a mí mismo (vestido y en mi sano juicio) sentado a los pies de Yoletta, aprendiendo el misterio de esa dulce y tranquila vida de sus preciosos labios. Un año entero era mío en el que amarla y ganar su corazón gentil. Pero su mano… ¡ah, eso era otro asunto! ¿Qué tenía yo que ofrecer a cambio de una dádiva tan grande como esa? Solo esa fuerza de la que mi venerable anfitrión había hablado algo alentadoramente. También había tenido la amabilidad de mencionar mi habilidad; pero apenas podía comerciar con eso. Y si un año entero de trabajo apenas alcanzaba para pagar un traje de ropa, ¿cuántos años de esfuerzo se requerirían para ganar la mano de Yoletta?

Naturalmente, en este momento, empecé a trazar un paralelo entre mi caso y el de un antiguo personaje histórico, cuyo nombre es familiar para la mayoría. La historia se repite —con variaciones. Jacob —es decir, Smith— llega al pozo de Harán. Toma conocimiento de Raquel, aquí llamada Yoletta. "Y Jacob besó a Raquel, y alzó la voz y lloró". Ese es un toque de naturaleza que puedo apreciar plenamente —el beso, quiero decir—; pero por qué lloró no puedo decirlo, a menos que sea porque no era inglés. "Y Jacob dijo a Raquel que era pariente de su padre". Me alegra no tener información tan sorprendente que dar al objeto de mis afectos: ni siquiera somos parientes lejanos, y siendo su edad, digamos, quince años, y la mía veintiuno, estamos bastante bien avenidos el uno con el otro, según mis nociones. Smith hace pacto por Yoletta y dijo: "Yo te serviré siete años por Yoletta, tu hija menor"; y

el anciano respondió: "Quédate conmigo, pues prefiero que la tengas tú antes que otra persona". Ahora me pregunto si el asunto se complicará con Lea —es decir, Edra. Lea era considerablemente mayor que Raquel y, como Edra, de ojos tiernos. No aspiro ni deseo casarme con ambas, especialmente si debo, como Jacob, comenzar con la equivocada, por muy tiernos que sean sus ojos: pero por la divina Yoletta podría servir siete años; sí, y catorce, si llega el caso.

Así reflexionaba y así me interrogaba, revolviéndome en mi inhóspito y duro lecho, hasta que el misericordioso sueño posó sus manos calmantes sobre las cuerdas de mi cerebro y acalló su cansado y discordante repiqueteo.

Capítulo 8

Por fortuna desperté temprano a la mañana siguiente, pues ahora era miembro de una familia de madrugadores y estaba ansioso por ajustarme a las normas. Al acercarme a la puerta descubrí, para mi indecible disgusto, que fácilmente habría podido cerrarla del modo en que había visto cerrar la otra puerta: simplemente deslizando un panel corredizo hacia afuera. Había ventilación de sobra sin necesidad de dejar el lugar abierto a bestias de presa merodeadoras. También descubrí que, de haber volteado el pequeño jergón de paja, habría tenido sábanas de lana tibia en las que dormir.

Me propuse no decir nada acerca de mi visitante nocturno, sin desear comenzar el día proporcionando nuevos ejemplos de lo que pudiera parecer una estupidez grosera de mi parte. Mientras me ocupaba de estos asuntos empecé a oír gente moviéndose y conversando en la terraza, y al asomarme contemplé un espectáculo curioso e interesante. Por los amplios escalones que conducían al agua, los habitantes de la casa se apresuraban y se lanzaban como ágiles ranas asustadas sobre el seno de la corriente. Allí, en medio de su familia, mi venerable anfitrión ya se divertía chapoteando, su larga barba y cabello plateados flotando como espuma sobre las olas que él mismo creaba. Y pronto, desde otras habitaciones alineadas con la mía, surgieron nuevas formas hechiceras, cada una escasamente vestida con una prenda estrecha y adherente que no ocultaba ninguna hermosa curva; y corriendo y saltando ágilmente por la pendiente, se unieron rápidamente a los bañistas masculinos.

Mirando a mi alrededor pronto encontré una prenda bonita con la que vestirme, y rápidamente salí tras los demás, arriesgando el pescuezo en mi deseo de imitar el nuevo modo de movimiento que acababa de presenciar. El agua estaba

deliciosamente fresca y refrescante, y la compañía muy agradable: damas y caballeros nadando y zambulléndose juntos con la libertad y gracia poco convencionales de una bandada de somormujos.

Después de vestirnos, nos reunimos en el comedor o pórtico donde habíamos cenado, justo cuando el disco rojo del sol asomaba sobre el horizonte, encendiendo las nubes con llama amarilla y llenando el mundo verde con nueva luz. Me sentía feliz y fuerte aquella mañana, muy capaz y dispuesto a trabajar en los campos, y, mejor que todo, muy esperanzado respecto a ese asunto del corazón. Sin embargo, la felicidad rara vez es perfecta, y a la clara y tierna luz matutina no pude evitar contrastar mis propias prendas repulsivamente feas con los trajes brillantes y hermosos que usaban los demás, que parecían armonizar tan bien con su fresco y alegre estado de ánimo matinal. También eché de menos la fragante taza de café, la tira de tocino rayado del querido y familiar cerdo, y, después del desayuno, el bien sazonado cigarro; pero estos inconvenientes menores pronto fueron olvidados.

Terminada la comida, me entregaron una pequeña canasta cerrada, y uno de los jóvenes me condujo a poca distancia de la casa; luego, señalando un cinturón de bosque a cosa de una milla de distancia, me dijo que caminara hacia él hasta llegar a un campo arado en la ladera de un valle, donde podría hacer algo de labranza. Antes de dejarme, sacó de su persona un silbato metálico para perros, con una cuerda atada, y me lo colgó del cuello, sin explicarme su uso.

Con la canasta en mano me alejé por el pasto cubierto de rocío, silbando alegremente, y tras media hora de caminata encontré el lugar indicado, donde unas hectáreas y media de terreno habían sido recientemente volteadas; allí también, tendido en el surco, hallé el arado, un instrumento del que sabía muy poco. Este arado en particular parecía una cosa sencilla y primitiva, consistente en una larga viga de madera con un poste vertical para guiarlo; una reja metálica en el centro que se desviaba hacia un lado, equilibrada del otro por un par de ruedecillas pequeñas; y también había unas cuerdas largas atadas a un travesaño en el extremo de la viga. Como no había caballos ni bueyes para hacer el trabajo, y siendo incapaz de tirar del arado yo mismo además de guiarlo, me senté tranquilamente a examinar el contenido de mi canasta, que consistía, descubrí, en pan moreno, frutas secas y una botella de piedra con leche. Luego, sin saber qué más hacer, comencé a entretenerme soplando el silbato, y emití un sonido muy agudo y penetrante que pronto produjo un efecto inesperado. Dos caballos de aspecto noble, semejantes a los que había visto el día anterior, galoparon hacia mí como en respuesta al sonido que había producido. Al acercarse rápidamente

hasta unos cincuenta metros se detuvieron, mirando y resoplando como alarmados o asombrados; después me rodearon tres o cuatro veces, relinchando de manera aguda y sonora, y finalmente, tras agotar su energía superflua, caminaron hacia el arado y se colocaron deliberadamente frente a él. Parecía como si estos animales hubieran acudido a mi llamado para hacer el trabajo; me acerqué a ellos, con más precaución de la necesaria, usando muchos sonidos y palabras suaves y conciliadoras, y tras un poco más de estudio descubrí cómo ajustarles las cuerdas. No había anteojeras ni riendas, ni estos magníficos animales parecían pensar que hicieran falta; pero después de que tomé el poste en mi mano y dije "¡Arre, Rocín!" en tono de mando, seguido de algunos chasquidos inarticulados con la lengua, me recompensaron con una mirada desconcertante y luego comenzaron a arrastrar el arado. Mientras sostenía el poste recto, la reja cortaba suavemente a través de la tierra; pero ocasionalmente, por mi descuido, se desviaba en ángulo o salía por completo del surco; y cada vez que esto ocurría los caballos se detenían, se volvían y me miraban fijamente, luego se tocaban las narices como intercambiando ideas sobre el asunto. Cuando el primer surco terminó, no doblaron hacia atrás como esperaba, sino que se alejaron en línea recta unos treinta metros y, al girar, regresaron trazando un nuevo surco paralelo al primero y tan recto como una línea. Luego volvieron al punto de partida original y trazaron otro, y así sucesivamente de modo progresivo. Todo esto me pareció muy maravilloso, dando la impresión de que había sido un arador hábil toda mi vida sin saberlo. Era un trabajo interesante; y también me divertía ver los pajarillos que llegaban en gran número desde el bosque para devorar los gusanos en la tierra recién volteada; pues entre su miedo a mí y su deseo de conseguir los gusanos, estaban en un estado muy perplejo, y generalmente limitaban sus operaciones a un extremo del surco mientras yo estaba en el otro. El espacio que los caballos habían marcado para sí fue arado a su debido tiempo, tras lo cual se alejaron y trazaron un nuevo surco como antes, sin nada que los guiara; y así continuó el trabajo agradablemente durante algunas horas, hasta que sentí que me entraba un hambre desesperada. Sentándome sobre la viga del arado, abrí mi canasta y devoré la humilde comida con buen apetito.

Después de terminar la comida retomé el trabajo, pero no con tanta alegría como al principio: empecé a sentirme un poco tieso y cansado, y la inmensa cantidad de tierra adherida a mis botas hacía pesada la caminata; además, ya se había desgastado la novedad. Los caballos tampoco trabajaban tan suavemente como al comienzo: parecían tener algo en la mente, pues al final de cada surco se volvían y me miraban fijamente de la manera más exasperante.

—¡Fiu! —exclamé mientras me limpiaba el honesto sudor del rostro con mi mohoso, antiguo y extremadamente sucio pañuelo—. Trescientos sesenta y cuatro días de este tipo de trabajo es un precio bastante largo por un traje de ropa.

Mientras estaba allí de pie, vi un animal que venía rápidamente hacia mí desde la dirección del bosque, saltando sobre la tierra con una velocidad semejante a la de un galgo: una bestia enorme y de aspecto feroz; y al acercarse mucho a mí, me convencí de que era un animal de la misma clase que el que había visto durante la noche. Antes de decidir qué hacer, ya estaba a pocos metros de mí, y entonces, deteniéndose bruscamente, se sentó sobre sus cuartos traseros y me observó gravemente. Recordando algunas cosas que había oído sobre el efecto aterrador del ojo humano sobre tigres reales y otras bestias salvajes, lo miré fijamente, y luego casi perdí el miedo en admiración de su belleza. Era más alto que un dogo, pero esbelto de figura, con rasgos agudos y vulpinos, y orejas muy grandes y erguidas; su pelaje era gris plateado y largo; había dos manchas negras sobre sus ojos; y las patas, el hocico, las puntas de las orejas y el extremo de la cola tupida eran también de un negro aterciopelado. Tras observarme tranquilamente durante dos o tres minutos, se levantó y, para mi gran alivio, trotó hacia el bosque; pero después de avanzar unos cincuenta metros miró atrás, y al verme aún observándolo, giró en redondo y corrió hacia mí, y al acercarse mucho emitió un sonido como un ladrido metálico y sonoro, tras lo cual volvió a alejarse de un salto y desapareció de la vista.

Los caballos ahora se volvieron y, caminando deliberadamente hacia mí, se detuvieron, a pesar de todo lo que pude hacer para que continuaran el trabajo. Tras esperar un rato procedieron a sacudirse las cuerdas y galoparon lejos, relinchando fuertemente entre ellos y levantando sus desdeñosos cascos de modo que me lanzaron una lluvia de tierra. Quedando solo de esta manera poco ceremoniosa, pronto empecé a pensar que ellos sabían más del trabajo que yo, y que, al notar que no estaba dispuesto a liberarlos en el momento adecuado, habían tomado el asunto en sus propias manos, o cascos más bien. Tras reflexionar un poco más, también llegué a la conclusión de que el singular animal parecido a un lobo era simplemente uno de los perros de la casa; que me había visitado en la noche para recordarme que dormía con la puerta abierta, y que ahora había venido a insistir en una suspensión del trabajo.

Contento de haber descubierto todas estas cosas sin exhibir mi ignorancia haciendo preguntas, tomé mi canasta y emprendí el camino de regreso a casa.

Capítulo 9

Cuando llegué a la casa, me recibió el joven que me había asignado la tarea matutina; pero ahora estaba taciturno y lucía una expresión fría y distante que parecía presagiar problemas. De inmediato me condujo a una parte de la casa alejada del vestíbulo, a una habitación amplia que veía por primera vez. Pocos momentos después entró el señor de la casa, seguido por la mayoría de los demás habitantes, y en los rostros de todos noté la misma mirada gélida y ofendida.

—¡Maldita sea mi suerte! —me dije a mí mismo, empezando a sentirme sumamente incómodo—. Supongo que habré ofendido las leyes y costumbres al hacer trabajar demasiado a los caballos.

—Smith —dijo el anciano, acercándose a la mesa y depositando sobre ella un volumen grande que traía consigo—, ven aquí y léeme en este libro.

Al acercarme a la mesa, vi que estaba escrito con los mismos diminutos caracteres semejantes al hebreo del folio que había examinado la noche anterior.

—No puedo leerlo; no entiendo las letras —dije, sintiendo cierta vergüenza al tener que confesar públicamente mi ignorancia.

—Entonces —dijo él, lanzándome una mirada de extrema severidad—, en verdad hay poco más que decir. No obstante, tomamos en cuenta el estado confuso de tu intelecto ayer y te juzgamos con indulgencia; y esperemos que los punzamientos de una conciencia ultrajada te resulten más dolorosos que el leve castigo que estoy a punto de imponerte por un crimen tan detestable.

En ese momento concluí que mi falta había sido apretar la mano de Yoletta, y que me habían pedido leer del libro simplemente para que conociera los dolores y castigos que acompañan a tal indiscreción, pues llamarlo "crimen detestable" me parecía un abuso muy grande del lenguaje.

—Si he ofendido —fue mi respuesta, dicha con poca humildad—, solo puedo alegar mi ignorancia de las costumbres de la casa.

—Ningún hombre —replicó él con mayor severidad— es tan ignorante como para no distinguir el bien del mal. Si el asunto hubiera llegado a mi conocimiento antes, habría dicho: "Vete de nosotros, pues tu presencia continua en la casa nos ofende"; pero hemos hecho un pacto contigo y, hasta que expire el año, debemos soportarte. Durante sesenta días deberás vivir apartado de nosotros, sin abandonar nunca la habitación, donde cada día se te asignará una tarea, y

subsistiendo únicamente de pan y agua. Esperemos que en este período de soledad y silencio te arrepientas suficientemente de tu crimen y te reúnas con nosotros después con el corazón cambiado; pues todos los delitos pueden ser perdonados a un hombre, pero es imposible perdonar una mentira.

—¡Una mentira! —exclamé asombrado—. ¡Yo no he dicho ninguna mentira!

—Esto —dijo él con un acceso de ira— es una agravante de tu ofensa anterior. Es incluso una falta peor que la primera y deberá ser tratada por separado… cuando hayan transcurrido los sesenta días.

—¿Entonces vas a condenarme sin escucharme hablar ni decirme de qué se trata? ¿Qué mentira he dicho?

Tras una pausa, durante la cual escrutó atentamente mi rostro, dijo señalando la página abierta ante él:

—Ayer, en respuesta a mi pregunta, me dijiste que sabías leer. Anoche le hiciste una declaración contraria a Yoletta; y ahora aquí está el libro, y tú confiesas que no puedes leerlo.

—Pero eso se explica fácilmente —dije yo, inmensamente aliviado, pues ciertamente había sentido un poco de culpa por lo del apretón de mano, aunque no era un asunto tan grave—. Puedo leer los libros de mi propio país y naturalmente concluí que sus libros estaban escritos con el mismo tipo de letras; pero anoche descubrí que no era así. Ya has visto las letras de mi país en las monedas que te mostré anoche.

Y aquí saqué de nuevo mi billetera y vacié su contenido sobre la mesa. Él comenzó a recoger los soberanos uno por uno para examinarlos. Mientras tanto, al encontrar mi hermosa pluma estilográfica negra y dorada inserta en el libro, pensé que no podía hacer nada mejor que mostrarle cómo escribía yo. Afortunadamente, el líquido en su interior no se había secado. Arrancando una página en blanco de mi libro garabateé apresuradamente unas líneas y le entregué el papel, diciendo:

—Así es como escribo yo.

Comenzó a estudiar el papel, pero noté que sus ojos vagaban a menudo hacia la pluma estilográfica que yo sostenía en la mano.

Poco después comentó:

—Esta escritura, o estas marcas que has hecho en el papel, no son las mismas que las letras del oro.

Tomé el papel y procedí a copiar la frase que había escrito, pero en letras de imprenta debajo de ella, y luego se lo devolví.

Lo examinó de nuevo y, tras comparar mis letras con las de los soberanos, dijo:

—Te ruego que me digas ahora qué has escrito aquí y expliques por qué escribes en dos formas diferentes.

Le expliqué lo mejor que pude por qué se usaban letras de una forma para estampar en oro y otras sustancias, y de forma diferente para escribir. Luego, con un modesto rubor, leí las palabras de la frase:

"En diferentes partes del mundo los hombres tienen costumbres distintas y escriben con letras diferentes; pero igual para todos los hombres en todos los lugares, una mentira es odiosa".

—Smith —dijo, dirigiéndose a mí de manera impresionante, pero felizmente sin acusarme de una tercera y mayor mentira—, he vivido mucho tiempo en el mundo, y el conocimiento que otros poseen acerca de él es también mío. Es de conocimiento común que en las regiones más cálidas y más frías los hombres se ven obligados a vivir de manera diferente debido a las condiciones en que se encuentran; pero sabemos que en todas partes tienen inscrita en el corazón la misma ley del bien y del mal y, como tú has dicho, odian la mentira; también que todos hablan el mismo idioma; y hasta este momento también creía que escribían con caracteres similares. Tú, sin embargo, has logrado convencerme ahora de que no es así; de que en algún valle oscuro, aislado de todo contacto por montañas inaccesibles, o en alguna pequeña isla desconocida del mar, puede existir un pueblo… ¡ah, acaso no me dijiste que venías de una isla?

—Sí, mi hogar estaba en una isla —respondí.

—Así lo imaginé. Una isla de la que nunca ha llegado noticia alguna hasta nosotros, donde el pueblo, aislado de sus semejantes, ha cambiado sus costumbres a lo largo de muchos siglos, incluso su manera de escribir. Aunque había visto estas piezas de oro que no entendía, no comprendí, o no me di cuenta, de que existía tal familia humana: ahora estoy convencido de ello, y como solo yo tengo la culpa de haberte acusado así, debo ahora pedirte perdón. Nos regocijamos por tu inocencia y esperamos expiar nuestra injusticia con un amor aún mayor. Hijo mío

—concluyó poniendo una mano sobre mi hombro—, ahora estoy profundamente en deuda contigo.

—Me alegra que haya terminado tan felizmente —respondí, preguntándome si el hecho de que estuviera en deuda conmigo aumentaría o no mis posibilidades con Yoletta.

Al verlo dirigir nuevamente miradas curiosas a la estilográfica, que yo giraba entre los dedos, se la ofrecí.

La examinó con interés.

—Solo he estado esperando una oportunidad —dijo— para observar de cerca este maravilloso artilugio, pues había percibido que tu escritura no se hacía con lápiz, sino con un líquido. Es piedra negra pulida, bellamente labrada y rodeada de bandas de oro, y contiene el líquido de escritura dentro de sí misma. Esto me sorprende tanto como cualquier otra cosa que me hayas dicho.

—Permíteme hacerte un regalo de ella —dije yo, viéndolo tan fascinado.

—No, no es así —respondió él—. Pero me gustaría mucho poseerla y la guardaré si puedo ofrecerte a cambio algo que desees.

La mano de Yoletta era realmente lo único que deseaba en la vida, pero era demasiado pronto para hablar aún, pues no sabía nada acerca de sus costumbres matrimoniales, ni siquiera si el consentimiento de la dama era necesario para un pacto de esa clase. Por lo tanto hice una petición más modesta.

—Hay una cosa que deseo mucho —dije—. Estoy muy ansioso por poder leer en sus libros, y me consideraré más que compensado si me permites que Yoletta me enseñe.

—Ella te enseñará en cualquier caso, hijo mío —respondió él—. Eso, y mucho más, ya te lo debemos.

—No hay nada más que desee —dije yo—. Por favor, quédate con la pluma y hazme feliz.

Y así terminó un asunto desagradable.

Una vez disipada la nube, todos nos dirigimos al comedor, y nada pudo superar nuestra felicidad mientras nos sentamos a la mesa. Sin sentir el hambre voraz de la noche anterior, y además viéndolos a todos en tan buen humor, no dudé en unirme

a la conversación: ni lo hice tan mal, considerando lo extraño de todo aquello; pues como la abeja que ha sido mucho estorbada en su labor floral por redes geométricas, comencé a adquirir cierta habilidad para abrirme paso con gracia entre los enredados mimbres del pensamiento y las frases que me eran nuevas.

Las experiencias de la tarde ciertamente habían sido notables: una extraña mezcla de dolor y placer, que no se fundían en un gris homogéneo, sino que más bien se asemejaban a un bordado brillante sobre un fondo oscuro y sombrío; y de estos sorprendentes contrastes estaba destinado a tener más esa misma noche.

Estábamos nuevamente reunidos en la gran sala, el venerable padre recostado cómodamente en su diván parecido a un trono cerca de las esferas de latón, mientras los demás seguían sus diversas ocupaciones como la noche anterior. Sin poder acercarme a Yoletta y sin tener nada que hacer, me acomodé confortablemente en uno de los amplios asientos y entregué mi mente a sueños placenteros. Al cabo, para mi sorpresa, el padre, que me había estado observando durante algún tiempo, dijo:

—¿Quieres dirigir, hijo mío?

Me incorporé de golpe, poniéndome muy colorado, pues no quería molestarlo con preguntas, pero estaba perplejo sobre qué quería decir con dirigir. Pensé en varias cosas: las cartas, las oraciones nocturnas, el baile, etc.; pero como seguía en duda, me vi obligado a pedirle que me explicara.

—¿Quieres dirigir el canto? —respondió él, mirando un poco sorprendido.

—¡Oh, sí, con mucho gusto! —dije yo. Como no había música cerca ni piano, concluí naturalmente que mis amigos se entretenían con canciones en solitario sin acompañamiento por las noches, y como tengo una buena voz de tenor no me disgustaba iniciar con una canción. Aclarando mi ronca garganta con un "jrr-jrr-jram" que los hizo saltar a todos, lancé el "Vicario de Bray" —una grandiosa canción antigua y una de mis favoritas.

Todos se sobresaltaron al comenzar yo, intercambiando miradas y lanzándome miradas asombradas; pero como ya estaba tan oscuro en la habitación que no podía estar seguro de que mis ojos no me engañaran. Pronto algunos que estaban cerca de mí comenzaron a retirarse a asientos lejanos, y esto me afligió tanto que me volví ronco y mi canto se volvió realmente muy malo; pero aun así pensé que lo mejor era seguir valientemente hasta el final. De pronto el anciano caballero, que me había estado mirando fijamente durante algún tiempo, recogió su larga túnica

amarilla y se la envolvió alrededor del rostro y la cabeza. Miré a Yoletta, sentada a cierta distancia, y vi que se llevaba las manos presionadas contra las orejas.

Pensé que ya era hora de dejarlo, y deteniéndome bruscamente a mitad de la cuarta estrofa me senté, sintiéndome sumamente acalorado e incómodo. Casi me ahogaba y era incapaz de pronunciar palabra. Pero no había palabra que pronunciar para mí: era, por supuesto, para ellos agradecerme por cantar, o decir algo; pero no se dijo ni una palabra. Yoletta bajó las manos y retomó su labor, mientras el anciano emergía lentamente con expresión algo asustada de entre las envolturas; y entonces, al volverse insoportable el largo silencio muerto, comenté que temía que mi canto no fuera de su agrado. No hubo respuesta; solo el padre, extendiendo una de sus manos, tocó una manija o tecla cerca de él, tras lo cual una de las esferas de latón comenzó a girar lentamente. Surgió un murmullo bajo de sonido y pareció pasar como una ola por la habitación, desvaneciéndose a lo lejos, pronto para ser sucedido por otro, y luego otro, cada uno marcado por un aumento de potencia; y a menudo como este sonido solemne se desvanecía, se oían notas suaves como de flauta que parecían acercarse, pero aún a gran distancia, y en la siguiente ola de sonido proveniente de las grandes esferas dejaban de distinguirse. Aun así, los misteriosos sonidos que se acercaban continuaban a intervalos haciéndose más fuertes y claros, uniéndoseles otros tonos a medida que avanzaban, estallando ahora todos juntos en coro jubiloso, luego una nota líquida y purísima elevándose sola como un pájaro, pero sin poder decir si provenía de voces o instrumentos de viento, hasta que todo el aire a mi alrededor se llenó y palpitó con aquella extraña y exquisita armonía, que avanzaba, haciéndose gradualmente menos numerosos y más tenues los tonos hasta casi desaparecer por completo en la dirección opuesta. Me convencí de que todos participaban ahora en la ejecución al observar sucesivamente a diferentes individuos, algunos de los cuales tenían en las manos pequeños instrumentos de formas curiosas, pero había una mezcla de voces y algo parecido al ventriloquismo en los tonos que hacía imposible distinguir las notas de ninguna persona en particular. Ahora surgían de las esferas giratorias tonos más profundos y sonoros, a veces asemejándose en carácter a la vox humana de un órgano, y cada vez que alcanzaban cierto tono había sonidos responsivos —ciertamente no de ninguno de los ejecutantes— bajos, temblorosos y de carácter eólico, vagando por toda la habitación, como si paredes y techo estuvieran colmenados de células musicales sensibles que respondieran a las vibraciones más profundas. Estos flotantes sonidos aéreos también respondían a las notas más agudas de algunas cantantes, asemejándose a voces de soprano, pero iluminadas y espiritualizadas de manera maravillosa; y entonces la amplia sala se llenaba de una especie de neblina de esta

flotante y amorfa melodía, que parecía provenir de arpistas invisibles que flotaban en las sombras de arriba.

Recostado en mi diván, escuchando con los ojos cerrados este misterioso y conmovedor concierto, me conmoví hasta las lágrimas y casi temí haber sido arrebatado a alguna región supramundana habitada por seres de orden angélico o semiangélico —temí, digo, pues con este nuevo amor en mi corazón ningún elíseo ni morada estrellada podía compararse con esta tierra verde como lugar de residencia. Pero al recordar mi propia brutal actuación como toro de Basán, mi rostro, allí en la oscuridad, ardía de vergüenza; y maldije la ignorante y presuntuosa necedad de la que había sido culpable al rugir aquella abominable balada del "Vicario de Bray", que ahora me resultaba tan odiosa como mis pantalones o botas. El compositor de esa canción, el escritor de las palabras y su protagonista, el Vicario de dos caras mismo, se presentaron a mi mente como los tres seres más condenables que jamás habían existido. "¡Maldita sea mi suerte!", murmuré, apretando los dientes con ira impotente; pues parecía tan injusto, justo cuando había logrado entrar en gracia, ir y echarlo todo a perder de esa desdichada manera. Ahora que me había familiarizado con su estilo de canto, la supuesta mentira, por la que había habido tanto alboroto, parecía una falta muy venial comparada con mi intento de dirigir el canto. No obstante, cuando terminó el concierto, nadie dijo una palabra sobre el asunto, aunque había esperado ser llevado de inmediato a la cámara magistral para oír alguna terrible sentencia pronunciada contra mí; y cuando, antes de retirarme, ansioso por congraciarme con mi anfitrión, comencé a expresar pesar por haberles causado dolor al intentar cantar, el venerable caballero alzó las manos en gesto de súplica y me rogó que no dijera más al respecto, pues los asuntos dolorosos eran mejores olvidados.

—Sin duda —añadió amablemente—, cuando estabas allí tendido enterrado entre las colinas, tragaste una gran cantidad de tierra y grava en tus esfuerzos por respirar, y aún no has liberado tus pulmones de ello.

Esta era la interpretación más caritativa que podía dar al asunto, y le agradecí que no hubiera seguido un resultado peor.

Capítulo 10

Al fin llegó el día gozoso en que dejaría de ser, al menos en apariencia, un extraño; pues al volver al mediodía de los campos y entrar en mi celda, contemplé mis hermosas ropas nuevas: dos trajes completos, además de la ropa interior. Uno, de colores más sobrios, destinado solo a las horas de trabajo; pero el segundo, que

era para la casa, reclamó primero toda mi atención. Temblando de entusiasmo, me despojé de los viejos pantalones de lana escocesa, de las botas agrietadas y de otros vestigios de una civilización a la que quizás habían sobrevivido, y pronto comprobé que me habían tomado las medidas con una exactitud impecable, pues todo, hasta los zapatos, me quedaba a la perfección. El verde era el tono predominante o de fondo —un suave verde savia—; el diseño sobre él, que era muy bello, era de un rojo algo oscuro, tirando a púrpura. Mi deleite llegó al máximo cuando me puse las calzas, que tenían, como las de los demás, un diseño curioso, evidentemente inspirado en la piel de algún tipo de serpiente. El color de fondo era verde claro, casi amarillo cetrino de hecho, y el dibujo de un rojo granate brillante con reflejos bronceados.

No bien hube terminado de vestirme cuando, con el rostro encendido y el corazón palpitante, corrí a mostrarme ante mis amigos, y los encontré reunidos esperando para ver y admirar el resultado de su trabajo. El placer que vi reflejado en sus rostros transparentes aumentó mi felicidad por cien, y llegué a asombrarlos con el torrente de elocuencia con que expresé mi desbordante gratitud.

—Ahora, díganme un secreto —exclamé, cuando la emoción empezó a calmarse un poco—. ¿Por qué el verde es el color principal de mi ropa, cuando nadie más en la casa usa más que un poquito de él?

No bien hube hablado, deseé de todo corazón haberme quedado callado; pues de repente se me ocurrió que el verde era quizás el color para un extraño o un simple asalariado, luz bajo la cual tal vez me veían.

—¡Oh, Smith! ¿No puedes adivinar algo tan sencillo? —dijo Edra, poniendo sus manos blancas sobre mis hombros y sonriéndome de frente.

¡Qué hermosa se veía allí de pie, con sus ojos tan cerca de los míos! —¿Dime por qué, Edra? —dije, todavía con un rastro de aprensión.

—Mira el color de mi piel y de mis ojos… ¿sería adecuado para mí usar este tono verde?

—¡Ah, es por eso! —exclamé, inmensamente aliviado—. Creo, Edra, que te verías hermosa con cualquier color que exista en la tierra, o en el arcoíris sobre ella. ¿Pero soy tan diferente a todos ustedes?

—Oh, sí, totalmente diferente. ¿Es que nunca te has mirado? Tu piel es más blanca y sonrosada, y tu cabello tiene un color muy distinto. Creo que se verá mejor cuando crezca. Y tus ojos… ¡sabes que nunca cambian! Porque cuando te miramos de cerca siguen siendo gris azulado, y no verdes.

—No; ojalá lo fueran —dije—. Ahora valoraré mi ropa cien veces más, ya que se han tomado tantas molestias para hacerla… bueno, ¿cómo diría?… armonizar, supongo, con el color peculiar de mi aspecto. ¡Rayos, ya estoy metiendo la pata otra vez! Quiero decir… quiero decir… ya saben…

Edra se echó a reír y desistió de entender. Luego todos reímos; pues ahora, evidentemente, mi torpeza no importaba tanto, ya que me había despojado de mi ropa exterior y surgía como una serpiente (con la cola dividida) en una piel flamante.

Al poco rato noté que Yoletta no estaba en la habitación y, deseando sobre todas las cosas recibir una palabra de felicitación de sus labios, fui a buscarla. Estaba bajo el pórtico esperándome. —Ven —dijo, y procedió a llevarme a la sala de música, donde nos sentamos en uno de los sofás cerca del estrado; allí sacó unas grandes tablillas blancas y lápices de tiza roja o crayones.

—Bien, Smith, voy a empezar a enseñarte —dijo ella, con el aire grave de una joven maestra—; y cada tarde, cuando termines tu trabajo, debes venir aquí conmigo.

—Espero ser muy torpe y que me tome mucho tiempo aprender —dije.

—Oh —rió ella—, ¿crees que será tan agradable estar aquí sentado junto a mí? Me alegra que pienses eso; pero si me prefieres como maestra no debes intentar ser tonto, porque si lo haces, le pediré a alguien más que tome mi lugar.

—¿De verdad harías eso, Yoletta?

—Sí. ¿Te digo por qué? Porque tengo un carácter rápido e impaciente. Todo lo malo que he hecho en mi vida, y por lo que he sido castigada, ha sido por mi mal genio.

—¿Y alguna vez has pasado por ese triste castigo de estar encerrada sola durante muchos días, Yoletta?

—Sí, a menudo; ¿pues qué otro castigo hay? Pero ¡ay!, espero que no vuelva a suceder, porque creo… sé que sufro más de lo que nadie imagina. Pisar la hierba, sentir el sol y el viento en la cara, ver la tierra, el cielo y los animales… esto es como la vida para mí; y cuando estoy encerrada sola, cada día parece… ¡oh, un año por lo menos! —No sabía ella cuánto más querida me resultaba con esa confesión de una pequeña debilidad humana—. Vamos, empecemos —dijo—. Esperé a que terminaran tu ropa nueva y debemos recuperar el tiempo perdido.

—Pero sabes, Yoletta, que no has dicho nada de ella. ¿Me veo bien? ¿Te agrado un poco más ahora?

—Sí, mucho más. Antes eras una pobre oruga; me gustabas un poco porque sabía lo bonita que sería la mariposa con el tiempo. Yo ayudé a fabricar tus alas. Ahora, escucha.

Durante dos horas me enseñó, trazando sus letras o marcas rojas, que yo copiaba en mi tablilla, y explicándomelas; al concluir la lección, me llevé la idea general de que la escritura era en gran medida fonética y de que me esperaba una tarea bastante dura.

—¿Crees que podrías enseñarme a cantar también? —pregunté, cuando ella guardó las tablillas.

El recuerdo de aquel fracaso miserable, cuando "dirigí el canto", era una herida constante en mi mente. Había empezado a pensar que no me había hecho justicia en aquella ocasión memorable, y el deseo de hacer otro intento bajo circunstancias más favorables era muy fuerte en mí. Ella pareció un poco sorprendida por mi pregunta, pero no dijo nada.

—Ahora sé —continué suplicante— que todos ustedes cantan suavemente. Si solo consientes en probarme una vez, prometo pegarme como cera de zapatero… perdón, quiero decir que me esforzaré por seguir el estilo morendo y perdendosi… ¿sabes? ¡Qué estoy diciendo! Pero te prometo, Yoletta, que no te asustaré si me dejas intentar cantarte una vez.

Se apartó de mí con una expresión algo nublada y caminó con pasos lentos hacia el estrado; poniendo sus manos sobre las llaves, hizo girar dos de los globos pequeños, enviando suaves ondas de sonido por la sala. Me acerqué a ella, pero levantó la mano con recelo. —No, no, no; quédate ahí —dijo—, y canta bajo.

Fue difícil ver su rostro turbado y obedecer, pero no iba a bramarle como un toro y me había propuesto este reto. Durante los últimos tres días, mientras trabajaba en el campo, había estado practicando incesantemente la exquisita melodía M'appari sulla tomba de mi querido y viejo maestro Bellini, la única melodía que conocía que tuviera algún parecido con su música divina. Para mi sorpresa, ella pareció tocar en los globos un acompañamiento adecuado mientras yo cantaba, lo cual me ayudó y animó y, aunque cantaba en un tono atenuado, sentí que nunca lo había hecho tan bien. Al terminar, esperaba alguna palabra de elogio, o que me preguntara por qué no había cantado esa melodía en aquella noche infeliz; pero no dijo nada.

—¿Cantarás algo ahora? —dije.

—Ahora no; esta noche —respondió distraída, caminando lentamente por el salón con los ojos bajos.

—¿En qué piensas, Yoletta, para estar tan seria? —pregunté.

—En nada —replicó ella, un poco impaciente.

—Pareces muy solemne para no ser nada. Pero no has dicho ni una palabra sobre mi canto… ¿no te gustó?

—¿Tu canto? ¡Oh, no! Era como una semillita de sabor agradable dentro de una cáscara muy áspera… me gustaría tener una sin la otra.

—Hablas en acertijos, Yoletta; pero me temo que las respuestas no serían muy halagadoras para mí. Pero si quisieras conocer la canción, estaré más que feliz de enseñártela. La letra está en italiano, pero puedo traducirla.

—¿La letra? —dijo ella ausente.

—Las palabras de la canción —dije.

—No sé qué quieres decir con las palabras de una canción. No me hables ahora, Smith.

—Oh, muy bien —dije, pensando que todo era muy extraño; me senté y repartí mi atención entre mis hermosas calzas y Yoletta, que seguía recorriendo lentamente el piso con aquella mirada perdida.

Finalmente, el curioso estado de ánimo cambió, pero no me atreví a hablar más de música y, poco después, nos dirigimos al comedor, donde durante las siguientes dos o tres horas nos ocupamos muy gratamente en esos procesos que, según nos informa algún nuevo teórico, constituyen nuestro principal placer en la vida.

Esa noche escuché un diálogo curioso. El padre de la casa, como ya me había acostumbrado a llamar a nuestro jefe, tras levantarse de su asiento, se quedó unos minutos hablando cerca de mí, mientras Yoletta, con la mano en su brazo, esperaba a que terminara. Cuando él terminó de hablar y se volvió hacia ella, ella dijo en voz baja, aunque logré oírlo: —Padre, yo dirigiré esta noche.

Él puso su mano sobre la cabeza de ella y, mirando hacia abajo, estudió su rostro alzado. —Ah, hija mía —dijo con una sonrisa—, ¿adivinaré qué te ha inspirado hoy? Has estado escuchando a las aves de paso. Yo también las oí esta mañana pasando en bandadas. Y las has estado siguiendo con el pensamiento lejos, hacia esas tierras brillantes donde nunca llega el invierno.

—No, padre —respondió ella—, solo he estado un poco lejos de casa con el pensamiento… solo hasta ese lugar donde la hierba aún no ha crecido para ocultar las cenizas y la tierra suelta.

Él se inclinó y besó su frente, y luego salió de la habitación; y ella, sin notar siquiera la mirada hambrienta con la que presencié aquella tierna caricia, también se fue.

Yo sabía que se suponía que alguien dirigía el canto cada noche, pero me resultaba imposible descubrir quién era; sin embargo, tras oír esta conversación, supe que en esta ocasión particular sería Yoletta y, a pesar de la pobre opinión que había expresado sobre mis dotes musicales, estaba preparado para admirar la ejecución más que nunca.

Comenzó de la manera habitual, misteriosa e indefinible; pero después de un tiempo, cuando empezó a tomar forma de melodía, me poseyó la idea de que escuchaba sones antes familiares, pero olvidados hacía tiempo. Al fin descubrí que aquello era la música de Bellini, solo que no como la había oído cantar nunca; pues la melodía de M'appari sulla tomba había sido tan transformada y, por así decirlo, eterealizada, que el propio compositor habría escuchado con éxtasis asombrado aquellos sones lúgubres que habían pasado por el tamiz de sus mentes organizadas más delicadamente. Al escuchar, recordé con un sentimiento de tristeza inexplicable que el pobre Bellini había muerto recientemente en París; y casi al mismo tiempo me vino el recuerdo de mi amada madre, cuya temprana muerte fue mi primer gran dolor en la niñez. Todas las canciones que la había oído cantar regresaron a mí, resonando en mi mente con una alegría maravillosa, pero terminando siempre en una extraña tristeza fúnebre. Y no solo mi madre, sino muchos otros seres queridos regresaron "en belleza desde el polvo": ancianos de cabellos blancos que me habían dicho palabras valiosas en años pasados; compañeros de escuela y otros amigos de la infancia; y hombres también en la plenitud de la vida, de cuya muerte prematura en tal o cual región remota del imperio británico había oído de vez en cuando. Regresaron a mí hasta que toda la sala pareció llenarse de una procesión pálida y sombría que desfilaba ante mí al son de aquella melodía misteriosa. Durante toda la velada regresó, bajo cien disfraces desconcertantes, llenándome de una melancolía infinitamente preciosa, que era casi más de lo que mi corazón podía soportar. Una y otra vez aquel desesperado ¡Ay de mí! caía como un largo sollozo estremecedor desde los globos giratorios y desde voces cercanas y lejanas, para ser retomado y llevado aún más lejos por sonidos distantes y agonizantes; respondido de nuevo por voces más claras en tonos que parecían arrancados "de las profundidades de alguna desesperación divina"; para luego desvanecerse, pero no del todo, pues todas las celdas ocultas se conmovían y el aire vibrante, como manos misteriosas e

invisibles, rozaba las cuerdas suspendidas, hasta que el exquisito éxtasis y dolor de aquello me hacía temblar y derramar lágrimas, sentado allí en la oscuridad, preguntándome, como los hombres se preguntan en tales momentos, qué puede significar esta tempestad del alma que la música despierta en nosotros: si es simplemente un fruto de nuestra vida terrenal o algo añadido, un hambre divina del corazón que es parte de nuestra inmortalidad.

Capítulo 11

Ahora me parecía que nunca antes había vivido de verdad, tan dulce era esta nueva vida; tan sana y libre de preocupaciones y remordimientos. La vida vieja, la que había vivido en las ciudades, estaba cada día menos en mis pensamientos; ahora volvía a mí como el recuerdo de un sueño repulsivo que me alegraba demasiado olvidar. Cómo había podido encontrar soportable aquella existencia indiferente, agotada, lujosa y ociosa, me parecía un misterio cada mañana, cuando salía a mi tarea asignada en los campos o en el taller, pues ahora me resultaba tan natural y placentero trabajar con mis propias manos y comer el pan con el sudor de mi frente. Si había un tipo de trabajo que prefería sobre todos los demás, era la tala de madera, y como se necesitaba mucha madera en esta estación, se me permitía seguir mi propia inclinación. En el bosque, a un par de millas de la casa, varios gigantes curtidos —principalmente robles, castaños, olmos y hayas— habían sido marcados para la destrucción: en algunos casos porque habían sido quemados y hendidos por los rayos y eran una mancha a la vista; en otros, porque el tiempo les había robado su gloria, marchitando sus largos y desolados brazos, y otorgando a sus copas ese follaje opaco y escaso que tiene un significado lúgubre, como los delgados cabellos blancos en la cabeza inclinada de un hombre muy anciano. A esta distancia de la casa podía dar rienda suelta a mi propensión al canto, aunque fuera en ese tono más tosco que no había logrado ganar el favor de mis nuevos amigos. Entre los grandes árboles, fuera del alcance del oído de todos ellos, podía gritar a voz en cuello cuanto quisiera, regocijándome en las bulliciosas viejas baladas inglesas que, como el grito de caza de John Peele:

"Podrían despertar a los muertos o al zorro de su madriguera por la mañana".

Mientras tanto, con la energía frenética de un Gladstone fuera del cargo, manejaba mi hacha, y sus golpes con eco hacían el acompañamiento perfecto para mis melodías, hasta que por muchas yardas a mi alrededor el suelo quedaba cubierto de astillas blancas y amarillas; luego, agotado por mis esfuerzos, me sentaba a

descansar y a comer mi sencilla comida del mediodía, a admirarme en mi traje de trabajo verde oscuro y chocolate y, sobre todo, a pensar y soñar con Yoletta.

En mis caminatas hacia y desde el bosque, lanzaba muchas miradas anhelantes a una colina solitaria de cima plana, casi una montaña en altura, que se alzaba a dos o tres millas de la casa, al norte de ella, al otro lado del río. Estaba seguro de que desde su cumbre se podría tener una vista muy extensa de la región circundante, y a menudo deseaba visitar esa colina. Una tarde, mientras tomaba mi lección de lectura, le mencioné este deseo a Yoletta.

—Ven, entonces, vayamos allí ahora —dijo ella, dejando a un lado las tablas.

Acepté con alegría: nunca había caminado a solas con ella, ni, de hecho, con ella en absoluto, desde aquel primer día en que puso su mano en la mía; y ahora estábamos mucho más cerca el uno del otro en el corazón.

Me llevó a un punto, a media milla de la casa, donde el arroyo corría ruidosamente sobre su lecho de piedras y formaba numerosos canales profundos entre las rocas, y uno podía cruzar saltando de piedra en piedra. Yoletta iba a la cabeza, saltando con ligereza de una piedra a otra, mientras yo, ansioso por evitar mojarme, la seguía con precaución; pero cuando estuve a salvo al otro lado y pensé que nuestro delicioso paseo estaba por comenzar, de repente ella arrancó hacia la colina a un paso veloz que rápidamente me dejó muy atrás. Al ver que no podía alcanzarla, le grité que me esperara; entonces se quedó quieta hasta que estuve a tres o cuatro yardas de ella, momento en el que huyó como el viento una vez más. Al fin llegó al pie de la colina y se sentó allí hasta que me uní a ella.

—Por amor de Dios, Yoletta, portémonos como seres racionales y caminemos tranquilos —estaba empezando a decir, cuando ella se fue de nuevo, bailando colina arriba con una energía incansable que me asombraba tanto como me exasperaba—. Espérame solo una vez más —le grité; entonces, a mitad de la ladera, se detuvo y se sentó en una piedra.

"Ahora ha llegado mi oportunidad", pensé, dispuesto a compensar la falta de velocidad y aire con una astucia superior que nos igualara. "Subiré tranquilamente, la atraparé desprevenida y la sujetaré firmemente del brazo hasta que termine el paseo. Hasta ahora no ha sido más que una persecución loca".

Avancé lentamente con esfuerzo y luego, cuando estuve cerca de ella y estaba a punto de ejecutar mi plan, se alejó ágilmente con una risa alegre y no volvió a detenerse hasta alcanzar la cumbre. Completamente cansado y vencido, me senté a descansar; pero al mirar hacia arriba la vi en la cima, de pie e inmóvil sobre una piedra, pareciendo una estatua recortada contra el cielo azul claro. Una vez más

me levanté y seguí adelante hasta llegar a ella, y entonces me desplomé sobre la hierba, vencido por la fatiga.

—Cuando me pidas que vuelva a caminar contigo, Yoletta —dije jadeando—, no me moveré a menos que tenga una cuerda alrededor de tu cintura para tirarte hacia atrás cuando intentes salir disparada de esa manera loca. Me has dejado sin aliento; y eso que yo estaba en buena forma.

Ella se rió y, saltando al suelo, se sató a mi lado en la hierba.

Le tomé la mano y la sostuve fuerte. —Ahora no te escaparás ni huirás de nuevo —dije.

—Puedes quedarte con mi mano —respondió ella—; no tiene nada que hacer aquí arriba.

—¿Puedo darle algún propósito útil? ¿Puedo hacer lo que quiera con ella?

—Sí, puedes —luego añadió con una sonrisa—: ya no tiene ninguna espina.

Se la besé muchas veces en el dorso, la palma, la muñeca; luego dediqué una caricia aparte a cada punta de los dedos.

—¿Por qué besas mi mano? —preguntó.

—¿No lo sabes? ¿No puedes adivinarlo? Porque es lo más dulce que puedo besar, excepto otra cosa. ¿Te digo…?

—¿Mi cara? ¿Y por qué no besas eso?

—Oh, ¿puedo? —dije, y atrayéndola hacia mí besé su suave mejilla—. ¿Puedo besar la otra mejilla ahora? —pregunté. Me la ofreció y, cuando la hube besado con arrebato, la miré a los ojos, que me devolvieron la mirada, brillantes y sin vergüenza. —Creo… creo que cometí un pequeño error, Yoletta —dije—. Lo que quería preguntar era: ¿me dejarás besarte donde yo quiera, en tu barbilla, por ejemplo, o simplemente donde yo quiera?

—Sí; pero me estás reteniendo demasiado tiempo. Bésame todas las veces que quieras y luego admiremos el paisaje.

La atraje más cerca y besé su boca, no una ni dos veces, sino aferrándome a ella con todo el ardor de la pasión, como si mis labios se hubieran quedado pegados a los suyos.

De repente ella se soltó de mí. —¿Por qué besas mi boca de esa manera violenta? —exclamó, con los ojos chispeantes y las mejillas encendidas—. Pareces algún animal hambriento que quisiera devorarme.

Curiosamente, así era exactamente como me sentía. —¿No sabes, dulzura, por qué te beso así? Porque te amo.

—Sé que lo haces, Smith. Puedo entender y apreciar tu amor sin que me lastimes los labios.

—¿Y tú me amas, Yoletta?

—Sí, ciertamente. ¿No lo sabías?

—¿Y no es dulce besar cuando se ama? ¿Sabes lo que es el amor, querida? ¿Me amas mil veces más que a cualquier otra persona en el mundo?

—¡Qué exagerado hablas! —respondió—. ¡Qué cosas tan extrañas dices!

—Sí, querida, porque el amor es extraño; la cosa más extraña y dulce de la vida. Llega una sola vez al corazón, y la persona amada es infinitamente más que todas las demás. ¿No entiendes eso?

—Oh, no; ¿a qué te refieres, Smith?

—¿Hay alguna otra persona más querida para tu corazón que yo?

—Amo a todos en la casa, a algunos más que a otros. A los que están estrechamente relacionados conmigo los amo más.

—¡Oh, por favor, no digas más! Amas a tu gente con un tipo de amor, pero a mí con un amor diferente… ¿no es así?

—Solo hay un tipo de amor —dijo ella.

—Ah, dices eso porque todavía eres una niña y no sabes. Eres incluso más joven de lo que pensaba, tal vez. ¿Cuántos años tienes, querida?

—Treinta y un años —respondió ella con la mayor seriedad.

—¡Oh, Yoletta, qué tremenda mentira! Quiero decir… ¡oh, te pido perdón por ser tan grosero! Pero… ¿no crees que se te pasó la mano? ¡Treinta y un años, qué broma! Si yo soy un viejo comparado contigo y aún no tengo veintidós. Dime qué quieres decir, Yoletta.

Vi que no me estaba escuchando: se había levantado de la hierba y se había sentado de nuevo en la piedra. Como única respuesta a mi pregunta, señaló hacia el oeste con la mano, diciendo: —Mira allí, Smith.

Me puse de pie y miré. El sol estaba cerca del horizonte ahora y parcialmente oculto por nubes bajas que empezaban a formarse; grises, teñidas de púrpura y rojo, pero sus bordes brumosos ardían con una intensa llama amarilla. Arriba, el

cielo estaba claro como vidrio azul, barrado con rayos amarillos pálidos lanzados por el sol que se hundía, semejantes a los radios de una inmensa rueda celestial que llegaba hasta el cénit. La tierra ondulada, con sus bosques en verde profundo y follaje otoñal de muchos colores, se extendía lejos ante nosotros, aquí en sombra y allá encendida con una luz rica; mientras que la cadena montañosa, asomando cercana y estupenda a nuestra derecha, había cambiado su color del azul oscuro al violeta.

Las dudas y temores que agitaban mi corazón me hicieron indiferente a la belleza superlativa de la escena: me aparté impaciente de ella para contemplar de nuevo su figura elegante, todavía juvenil en sus proporciones delgadas; pero su rostro, iluminado por la luz del sol y coronado por su cabello oscuro y brillante, me pareció el rostro de uno de los inmortales. La expresión de devoción absorta en él me hizo callar, pues parecía como si ella también hubiera sido tocada por la magia de la naturaleza, como la tierra y el cielo, y hubiera sido transfigurada; y esperando a que el estado de ánimo pasara, me quedé a su lado, apoyando mi mano en su rodilla. Poco después ella miró hacia abajo y sonrió, y entonces volví al tema de su edad.

—Seguramente, Yoletta —dije—, solo te estabas burlando de mí… quiero decir, divirtiéndote a mi costa. No puedes tener más de quince años, o dieciséis a lo mucho.

Ella volvió a sonreír y sacudió la cabeza.

—¡Oh, ya sé, puedo resolver el acertijo ahora! Sus años son diferentes, por supuesto, como todo lo demás en esta latitud. Un mes se llama año entre ustedes, y eso te haría, déjame ver… ¿cuánto es doce por treinta y uno? ¡Oh, al diablo!, casi quinientos, supongo. ¡Por qué soy tan burro para la aritmética mental! Es justo al revés: ¿cuántos doces hay en treinta y uno? Unos dos y medio en números redondos, y eso es absurdo, pues no eres un bebé. ¡Ah, ya lo tengo!: sus estaciones se llaman años, por supuesto… ¡cómo no lo vi antes! No, eso te haría tener solo siete y medio. Ah, sí, ya lo veo ahora: un año significa dos años, o dos de sus años —verano e invierno— significan un año; y eso te hace tener dieciséis, exactamente lo que yo me había imaginado. ¿No es así, Yoletta?

—No sé de qué estás hablando, Smith; y no te estoy escuchando.

—Bueno, escucha por un momento y dime: ¿cuánto dura un año?

—Dura desde el momento en que caen las hojas en otoño hasta que vuelven a caer; y dura desde el momento en que llegan las golondrinas en primavera hasta que vuelven a llegar.

—Y en serio, honestamente, ¿tienes treinta y un años?

—¿No te lo dije? Sí, tengo treinta y un años.

—¡Bueno, nunca había oído nada igual! ¡Cielos!, ¿qué significa esto? Sé que es terriblemente grosero preguntar la edad de una dama, ¿pero qué puedo hacer? ¿Podrías decirme la edad de Edra?

—¿Edra? Lo olvidé. Ah, sí; tiene sesenta y tres.

—¡Sesenta y tres! ¡Que me parta un rayo si tiene un día más de veintiocho! ¡Qué idiota soy, por qué no puedo mantener la calma! Pero, Yoletta, ¡cómo me angustias! Casi me da miedo hacer otra pregunta, pero dime: ¿qué edad tiene tu padre?

—Tiene casi doscientos años; ciento noventa y ocho, creo —respondió ella.

—¡Cielos en la tierra, me voy a volver loco de remate!

Pero no pude decir más; alejándome de su lado, me senté en una piedra baja a cierta distancia, con una sensación de aturdimiento en el cerebro y algo parecido a la desesperación en el corazón. Que me había dicho la verdad ya no podía dudarlo ni por un momento; era imposible que su naturaleza de cristal fuera otra cosa que veraz. El número de sus años no me importaba; la dulzura virgen de la adolescencia estaba en sus labios, la frescura y la gloria de la primera juventud en su frente; la miseria era que ella había vivido treinta y un años en el mundo y no entendía las palabras que yo le había dicho, ¡no sabía lo que era el amor o la pasión! ¿Sería siempre así? ¿Se consumiría mi corazón hasta las cenizas sin encender fuego alguno en el suyo?

Entonces, mientras estaba allí sentado, lleno de estos pensamientos desesperados, ella bajó de su sitio y, cayendo de rodillas ante mí, me rodeó el cuello con sus brazos y me miró fijamente a la cara. —¿Por qué estás preocupado, Smith? ¿He dicho algo que te duela? —dijo ella—. ¿Y no sabes que me has ofendido?

—¿Lo he hecho? Dime cómo, querida Yoletta.

—Haciendo preguntas y diciendo cosas locas y sin sentido mientras yo estaba allí sentada mirando la puesta de sol. Me inquietó y me arruinó el placer; pero te perdonaré, Smith, porque te amo. ¿No crees que te amo lo suficiente? Eres muy querido para mí; más querido cada día. —Y atrayendo mi rostro hacia abajo, besó mis labios.

—Cariño, me haces feliz de nuevo —respondí—, pues si tu amor aumenta cada día, llegará tal vez el tiempo en que me entiendas y seas para mí todo lo que deseo.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó ella.

—Que seas mía… mía sola, totalmente mía… y que te entregues a mí, en cuerpo y alma.

Ella continuó mirándome a los ojos. —En cierto sentido, supongo que sí nos entregamos, en cuerpo y alma, a quienes amamos —dijo—. Y si aún no estás satisfecho de que me he entregado a ti de esa manera, debes esperar pacientemente, sin decir ni hacer nada deliberadamente que aleje mi corazón, hasta que llegue el momento en que mi amor sea igual a tu deseo. Ven —añadió y, levantándose, me puso de pie tirando de mi mano.

En silencio, y algo pensativos, iniciamos de la mano nuestra caminata colina abajo. De pronto ella se puso de rodillas y, abriendo la hierba con las manos, mostró un capullo pequeño y delgado, en un tallo redondo y liso, que brotaba del suelo sin hojas. —¿Ves? —dijo ella, mirándome con una sonrisa brillante.

—Sí, querida, veo un capullo; pero no sé nada más al respecto.

—¡Oh, Smith! ¿No sabes que es un lirio arcoíris? —Y levantándose, tomó mi mano y volvió a caminar.

—¿Qué es el lirio arcoíris?

—Dentro de poco, en unos pocos días, estará en plena floración y la tierra se cubrirá con su gloria.

—¡Es tan tarde en la temporada, Yoletta! La primavera es el tiempo para ver la tierra cubierta con la gloria de las flores.

—No hay nada que iguale al lirio arcoíris, que llega cuando la mayoría de las flores han muerto o tienen sus colores brillantes empañados. ¿Has vivido en la luna, Smith, que tengo que decirte estas cosas?

—No, querida, sino en aquella isla donde todas las cosas, incluidas las flores, eran diferentes.

—Ah, sí; cuéntame de la isla.

Ahora bien, "aquella isla" era un tema desafortunado, y yo no estaba dispuesto a romper la resolución que había tomado de callar prudentemente sobre sus instituciones peculiares. —¿Cómo puedo contártelo? ¿Cómo podrías imaginarlo si te lo contara? —dije, evadiendo la pregunta—. Has visto los cielos negros por las

tempestades, has sentido los rayos cegando tus ojos y has oído el estruendo del trueno: ¿podrías imaginar todo eso si nunca lo hubieras presenciado y yo te lo describiera?

—№

—Entonces sería inútil contártelo. Y ahora cuéntame de los lirios arcoíris, pues soy un gran amante de las flores.

—¿Lo eres? ¿Es extraño que tengas un gusto común a todos los seres humanos? —respondió ella con una linda sonrisa—. Pero es más fácil hacer preguntas que responderlas. Si nunca hubieras visto el sol poniéndose en su gloria, o el cielo de medianoche brillando con miríadas de estrellas, ¿podrías imaginar estas cosas si yo te las describiera?

—№

—Esa palabra es un eco, Smith. Debes esperar a que la tierra dé sus lirios arcoíris, y el corazón su amor.

—Con o sin flores, el mundo es un paraíso para mí contigo a mi lado, Yoletta. ¡Ah, si fueras mi Eva! Qué dulce es caminar de la mano contigo en el crepúsculo; aunque no era tan lindo cuando salías huyendo de mí como un conejo silvestre. Me alegra descubrir que a veces caminas.

—Sí, a veces… en ocasiones solemnes.

—¿Ah, sí? Cuéntame de esas ocasiones solemnes.

—Esta no es una de ellas —respondió ella, retirando de repente su mano de la mía; luego, con una risa sonora, se alejó de mí, bajando por la ladera de la colina con la velocidad y la gracia de una gacela.

Inmediatamente emprendí la persecución; pero fue una persecución muy vana, aunque puse todas mis fuerzas. De vez en cuando ella caía de rodillas para admirar alguna flor silvestre o buscar un capullo de lirio; y cada vez que llegaba a una piedra grande, saltaba sobre ella y se quedaba un rato inmóvil, contemplando los ricos matices del resplandor crepuscular; pero siempre ante mi proximidad saltaba ligeramente, escapando de mí con la misma facilidad que un pájaro silvestre. Cansado de correr, al fin abandoné la caza y caminé sobrio hacia casa yo solo, preguntándome si aquella conversación en la cima de la colina, y toda la curiosa información que había obtenido de ella, deberían convertirme en el ser más miserable o más feliz sobre la tierra.

Capítulo 12

La cuestión de si tenía motivos para sentirme feliz o lo contrario siguió ocupándome después de acostarme, y me mantuvo despierto hasta bien entrada la noche. Me lo planteé de diversas maneras, concentrando mi pensamiento en ello; pero el resultado seguía siendo dudoso. Mi situación era curiosa para un hombre; pues aquí estaba yo, muy enamorado de Yoletta, quien decía tener treinta y un años y que, sin embargo, solo conocía un tipo de amor: ese afecto fraternal que me brindaba tan generosamente. Por supuesto, estaba rodeado de misterios, estando en la casa pero sin ser parte de ella por nacimiento; y ya había llegado a la conclusión de que estos misterios solo podrían serme revelados a través de la lectura, una vez que dominara esa habilidad. Pues parecía algo peligroso hacer preguntas, ya que el interrogatorio más inocente podía tomarse como una ofensa, expiable únicamente con el confinamiento solitario y una dieta de pan y agua; o, si no era punible de esa forma, probablemente sería visto como una secuela del supuesto choque de mi cabeza contra una piedra. Ser reservado, observador y estudioso era un plan seguro; esto me había servido para ser diligente y atento con mis lecciones, y mi gentil maestra estaba muy complacida con el progreso que había hecho, incluso en pocos días. Sin embargo, sus palabras en la colina me habían llenado de ansiedad, y quería ir un poco más allá de la superficie de este extraño sistema de vida. ¿Por qué esta gran familia —veintidós miembros presentes, además de algunos peregrinos ausentes, como los llaman— estaba compuesta solo por adultos? Además, más curioso aún, ¿por qué el señor de la casa estaba adornado con una barba majestuosa, mientras que los otros hombres, de diversas edades, tenían rostros lisos o, al menos, nada más que un ligero bozo en el labio superior y las mejillas? Era evidente que nunca se afeitaban. ¿Y eran todas estas personas realmente hermanos y hermanas? Hasta ahora, no había podido detectar, ni con la vigilancia más atenta, nada parecido a un cortejo o coqueteo; todos se trataban entre sí, como Yoletta me trataba a mí, con amabilidad y afecto, y nada más. Y si el jefe de la casa era de hecho el padre de todos ellos —ya que en dos siglos un hombre podría tener un número indefinido de hijos—, ¿quién era la madre o las madres? Nunca fui bueno para las adivinanzas, pero el resultado de mis reflexiones fue una idea feliz: ¿preguntarle a Yoletta si tenía una madre viva o no? Ella era mi maestra, mi amiga y guardiana en la casa, y si resultaba que la pregunta era desafortunada, una ofensa, ella estaría más dispuesta a perdonar que otro.

En consecuencia, al día siguiente, en cuanto estuvimos a solas, le planteé la pregunta, aunque no sin un nerviosismo interno.

Ella me miró con la mayor sorpresa. —¿Quieres decir —respondió— que no sabes que tengo una madre… que hay una madre de la casa?

—¿Cómo habría de saberlo, Yoletta? —le contesté—. No he oído que llames a nadie madre; además, ¿cómo puede uno saber algo en un lugar extraño a menos que se lo digan?

—¡Qué extraño, entonces, que no lo hayas preguntado hasta ahora! Hay una madre de la casa, la madre de todos nosotros, de ti desde que fuiste hecho uno de nosotros; y sucede, también, que yo soy su hija, su única hija. No la has visto porque nunca has pedido que te lleven ante ella; y no está entre nosotros debido a su enfermedad. Durante mucho tiempo ha estado afligida por un mal del que no puede recuperarse, y durante todo un año no ha salido de la Habitación de la Madre.

Habló con la mirada baja, en voz baja y muy triste. Era ahora demasiado evidente que, en mi ignorancia, yo había sido culpable de una grave falta a la etiqueta o a las leyes de la casa; y ansioso por reparar mi falta, y también por conocer más de la única mujer en esta misteriosa comunidad que había amado, o que al menos había conocido el matrimonio, pregunté si podía verla.

—Sí —respondió ella, tras vacilar un poco, todavía de pie con la mirada baja. Entonces, de repente, estallando en lágrimas, exclamó—: ¡Oh, Smith!, ¿cómo pudiste estar en el mundo y no saber que hay una madre en cada casa? ¿Cómo pudiste viajar y no saber que cuando entras en una casa, después de saludar al padre, pides primero que te lleven ante la madre para honrarla y sentir su mano sobre tu cabeza? ¿No viste que estábamos asombrados y afligidos por tu silencio cuando llegaste, y que esperamos en vano a que hablaras?

Me quedé mudo de vergüenza ante sus palabras. ¡Qué bien recordaba aquella primera noche en la casa, cuando no pude sino ver que se esperaba algo de mí, y sin embargo nunca me atreví a pedir una explicación!

Poco después, recuperándose de sus lágrimas, salió de la habitación y, al quedarme solo, me sentí más asombrado que nunca por lo que me había contado. No me había imaginado que hubiera venido al mundo sin madre; sin embargo, el hecho de que esta chica carente de pasión, que me había dicho que solo existía un tipo de amor, fuera la hija de una mujer que vivía realmente en la casa, de cuya existencia nunca antes había oído hablar excepto de una forma indirecta que no logré comprender, me parecía un sueño. Ahora estaba por ver a esta mujer oculta, y la entrevista me revelaría algo, pues descubriría en su rostro y en su conversación si se encontraba en el mismo estado mental místico que los demás, lo que los

hacía parecer habitantes de algún lugar mejor que este pobre mundo viejo, pecador y triste. Sin embargo, mis deseos no iban a ser satisfechos, pues pronto regresó Yoletta y dijo que su madre no deseaba verme en ese momento. Se veía tan afligida cuando me dijo esto, rodeando mi cuello con sus brazos blancos como para consolarme por mi decepción, que me abstuve de presionarla con preguntas, y durante varios días no volvimos a hablar del tema.

Al fin, un día, terminada nuestra lección, con una expresión de mezcla entre placer y ansiedad en el rostro, se levantó y tomó mi mano, diciendo: —Ven.

Supe que me llevaba ante su madre y me levanté para obedecerla con gusto, pues desde la conversación que había tenido con ella, el deseo de conocer a la dama de la casa no me había dado paz.

Saliendo de la sala de música, entramos en otra habitación, con la misma forma de nave, pero más vasta o, al menos, considerablemente más larga. Allí me sobresalté y me detuve, asombrado ante la escena que tenía delante. La luz, que entraba por ventanas altas y estrechas, era tenue, pero suficiente para mostrar toda la estancia con todo lo que contenía, terminando en el extremo más lejano en una escalera de anchos peldaños de piedra. La parte central del suelo, que recorría toda la longitud de la habitación, tenía unos veinte pies de ancho, pero a cada lado de este pasillo cubierto de mosaicos, el suelo estaba elevado; y en este nivel superior vi, según imaginé, a una gran compañía de hombres y mujeres, solos y en grupos, de pie o sentados en grandes sillas de piedra en diversas posiciones y actitudes. Pronto percibí que no eran seres vivos, sino figuras de piedra de un realismo asombroso; los ropajes con los que estaban representados eran de muchas piedras diferentes de colores vivos, teniendo la apariencia de prendas reales. Tan natural parecía el cabello que solo cuando subí los peldaños y toqué la cabeza de una de las estatuas me convencí de que también era de piedra. Aún más maravillosos en su semejanza con la vida eran los ojos, que parecían devolver mis miradas casi temerosas con un escrutinio tranquilo y cuestionador que me resultaba difícil de soportar. Me apresuré tras mi guía sin hablar, pero cuando llegué a la mitad de la habitación me detuve involuntariamente una vez más, tan profundamente me impresionó una de las estatuas. Era la de una mujer de figura majestuosa y rostro hermoso y orgulloso, con una abundancia de cabello blanco plateado. Estaba sentada inclinada hacia adelante con los ojos fijos en los míos mientras yo avanzaba, una mano presionada contra su pecho, mientras que con la otra parecía estar en el acto de echar hacia atrás sus mechones blancos y sueltos de su frente. Había, pensé, una expresión de orgullo calmo e inflexible en el rostro, pero al acercarme esta expresión desapareció, dando lugar a una tan anhelante y suplicante, tan cargada de un dolor sutil, que me quedé mirando como hechizado,

hasta que Yoletta tomó mi mano y me alejó suavemente. Aun así, a pesar de la naturaleza absorbente del asunto que me ocupaba, aquel rostro extraño continuó persiguiéndome, y al mirar a lo largo de aquella larga hilera de mujeres hermosas y de frente serena, no pude ver a nadie que se le pareciera.

Llegados al final de la galería, subimos los anchos peldaños de piedra y llegamos a un rellano a veinte o treinta pies por encima del nivel del suelo que habíamos atravesado. Allí Yoletta empujó una puerta de cristal y me introdujo en otra estancia: la Habitación de la Madre. Era espaciosa y, a diferencia de la galería, estaba bien iluminada; el aire en ella era también cálido y suave, y parecía cargado de un aroma sutil. Pero ahora toda mi atención se concentraba en un grupo de personas ante mí, y principalmente en su figura central: la mujer que tanto había deseado ver. Estaba sentada, recostada en una actitud algo indiferente, en un asiento muy grande y bajo, tipo diván, cubierto de un material suave de color violeta. Mi primera mirada a su rostro me reveló que difería en apariencia y expresión de los demás habitantes de la casa: una razón era que estaba extremadamente pálida y llevaba en su rostro demacrado la huella de un sufrimiento prolongado; pero eso no era todo. Llevaba el cabello, que caía suelto sobre sus hombros, más largo que las demás, y sus ojos parecían más grandes y de un verde más profundo. Había algo maravillosamente fascinante para mí en aquel rostro pálido y sufriente, pues, a pesar del dolor, era hermoso y amoroso; pero más valiosas que todas esas cosas eran para mi mente las marcas de pasión que exhibía: la boca altanera, casi desdeñosa, y la expresión entre ansiosa y cansada de los ojos, pues estas parecían pertenecer más bien a aquel mundo imperfecto del que yo había sido separado y que todavía era querido para mi corazón no regenerado. En otros aspectos también difería del resto de las mujeres; su vestido era una túnica larga de color azul pálido, bordada con flores y follaje de color azafrán en el centro, y también en el cuello y las mangas anchas. En el diván, a su lado, estaba sentado el señor de la casa, sosteniendo su mano y hablándole en voz baja; dos de las jóvenes estaban sentadas a sus pies sobre cojines, ocupadas en labores de bordado, mientras otra permanecía de pie detrás de ella; uno de los jóvenes también estaba allí, y en ese momento le mostraba un boceto y aparentemente le explicaba algo.

Yo había esperado encontrar a una dama enferma y débil, en una habitación tenuemente iluminada, quizás con un solo asistente a su lado; ahora, al encontrarme tan inesperadamente ante esta mujer hermosa y de aspecto orgulloso, con tantos a su alrededor, quedé completamente cohibido y, sintiéndome demasiado confundido para decir nada, permanecí silencioso y torpe en su presencia.

—Este es nuestro extraño, Chastel —le dijo el anciano, al tiempo que me lanzaba una mirada alentadora.

Ella se apartó del boceto que había estado estudiando y, incorporándose ligeramente de su actitud entre recostada, fijó sus ojos oscuros en mí con cierto interés.

—No veo por qué estaban tan impresionados —comentó después de un rato—. No hay nada muy extraño en él, después de todo.

Sentí que mi rostro se encendía de vergüenza y enojo, pues ella parecía mirarme y hablar de mí —no conmigo— como si yo fuera alguna criatura extraña, semihumana, descubierta en los bosques y traída como una gran curiosidad.

—No; no fue su semblante, sino sus curiosas vestiduras y sus palabras lo que nos asombró —respondió el padre.

Ella no respondió a esto, pero poco después, dirigiéndose a mí directamente, dijo: —Pasaste mucho tiempo en la casa antes de expresar el deseo de verme.

Recuperé el habla entonces —un habla miserable y vacilante por la que me odié a mí mismo— y respondí que había pedido que se me permitiera verla tan pronto como se me hubiera informado de su existencia.

Ella dirigió al padre una mirada de sorpresa e interrogación.

—Debes recordar, Chastel —dijo él—, que viene a nosotros de alguna isla extraña y distante, con costumbres diferentes a las nuestras; algo de lo que nunca antes había oído hablar. No puedo darte otra explicación.

Ella frunció el ceño y luego, volviéndose hacia mí, continuó: —Si hay casas en tu isla sin madres en ellas, no es así en el resto del mundo. Que salieras a viajar tan mal provisto de conocimiento es una maravilla para nosotros; y como he tenido la pena de decirte esto, debo lamentar que alguna vez dejaras tu propio hogar.

No pude dar respuesta a estas palabras, que cayeron sobre mí como latigazos; y mirando los otros rostros, no pude ver simpatía alguna por mí; mientras la miraban a ella —su madre— y escuchaban sus palabras, la expresión que mostraban era solo de amor y devoción hacia ella, recordándome un poco los rostros de los ángeles en el cuadro de Guido de la "Coronación de la Virgen".

—Vete ahora —añadió ella poco después en tono altanero—; estoy cansada y deseo descansar.

Y Yoletta, que había permanecido en silencio a mi lado todo el tiempo, tomó mi mano y me sacó de la habitación.

Con la mirada baja pasé por la galería, sin prestar atención a sus extraños ocupantes de piedra; y dejando a mi gentil guía sin una palabra en la puerta de la sala de música, me alejé a toda prisa de la casa. Pues podía sentir amor y compasión en el toque de la mano de la querida muchacha, y me parecía que si ella hubiera pronunciado una sola palabra, mi corazón sobrecargado se habría desahogado en lágrimas. Solo deseaba estar solo, pensar en secreto mi dolor y la amargura de la derrota; pues era evidente que la mujer a la que tanto había deseado ver y, desde que la vi, tanto había deseado que se me permitiera amar, no sentía hacia mí más que desprecio y aversión, y que sin culpa mía, ella, cuya amistad más necesitaba, se había convertido en mi enemiga en la casa.

Mis pasos me llevaron al río. Siguiendo sus orillas por cerca de una milla, llegué al fin a una arboleda de majestuosos árboles viejos, y allí me senté sobre una gran raíz retorcida que sobresalía sobre el agua. A este lugar apartado había venido para dar rienda suelta a mis sentimientos de resentimiento; pues aquí podía expresar mi amargura en voz alta, si así lo deseaba, donde no había testigos que me oyeran. Había reprimido aquellas lágrimas poco varoniles, tan a punto de brotar en presencia de Yoletta, y contenidas por pensamientos sombríos en el camino; ahora estaba sentado tranquilamente conmigo mismo, a salvo de la observación, a salvo incluso de aquella simpatía que mi espíritu herido no podía soportar.

Apenas me hube sentado, un gran animal marrón, de ojos negros, redondos y feroces, asomó a la superficie de la corriente a unos pocos metros de mis pies; luego, al verme, se zambulló ruidosamente de nuevo bajo el agua, rompiendo la imagen clara reflejada allí con cien ondas. Esperé a que la última ondulación se desvaneciera, pero cuando la superficie estuvo de nuevo quieta y suave como un cristal oscuro, empecé a sentirme afectado por el profundo silencio y la melancolía de la naturaleza, y por algo procedente de la naturaleza: fantasma, emanación, esencia, no sé qué. Mi alma, no mi sentido, lo percibió, de pie con el dedo en los labios, allí, cerca de mí; sus pies descansando sobre el agua inmóvil, que no reflejaba su imagen, la clara luz solar de color ámbar pasando sin atenuarse a través de su sustancia. Para mi alma su "¡Silencio!" hablado era audible, y una y otra vez decía "¡Silencio!", hasta que el tumulto en mí se calmó y no pude pensar mis propios pensamientos. A partir de entonces solo podía escuchar, conteniendo el aliento, tensando mis sentidos para captar algún sonido natural, por tenue que fuera. A lo lejos, en la distancia borrosa, en algún pasto azul, una vaca mugía, y el sonido recurrente pasaba a mi lado como el vuelo zumbante de un insecto, luego más tenue aún, como un sonido imaginado, hasta que cesó. Una hoja seca cayó de la copa del árbol; la oí revolotear hacia abajo, tocando otras hojas en su caída hasta

que la hierba silenciosa la recibió. Luego, mientras esperaba otra hoja, de repente desde arriba llegó la breve y alegre melodía de algún cantante tardío, un sonido parecido al de un petirrojo, sonando claro y distinto como un trino en un clarinete: brillante, gozoso e inesperado, pero acorde con aquella quietud melancólica, afectando la mente como un bordado de oro y escarlata sobre un fondo pálido y neutro. El sol se puso y, al ponerse, encendió los troncos de los viejos árboles aquí y allá convirtiéndolos en pilares de fuego rojo, mientras otros en una sombra más profunda parecían, por contraste, pilares de ébano; y dondequiera que el follaje era más ralo, los rayos horizontales que brillaban a través de él conferían a las hojas marchitas una translucidez y un esplendor que recordaba a las vidrieras de alguna catedral que se oscurece. A lo largo del río empezó a levantarse una niebla blanca, se levantó un ligero viento y el vapor flotó, ahogando los juncos y arbustos, y envolviendo con sus brazos fantasmales los viejos árboles; y observando la niebla, y escuchando los "aires y sinfonías sagradas" susurrados por el viento bajo, sentí que ya no había ira en mi corazón. La naturaleza, y algo en la naturaleza y a la vez más que ella, había impartido sus "suaves influencias" y sanado a su "hijo errante y perturbado" hasta que ya no pudo ser una "cosa desagradable y discordante" en su dulce y sagrada presencia.

Cuando miré hacia arriba, un cambio se había producido en la escena: la luna redonda y llena había salido, plateando la niebla y llenando la vasta y borrosa tierra con una nueva y misteriosa gloria. Me levanté de mi asiento y regresé a la casa, y con aquella nueva visión y comprensión que me había llegado —aquel mensaje, como no pude sino considerarlo— ahora no sentía más que amor y simpatía por la mujer sufriente que me había herido con su desmerecido disgusto, y mi único deseo era mostrarle mi devoción.

Capítulo 13

Al acercarme al edificio, se escucharon unas suaves melodías que flotaban a lo lejos en el aire nocturno, y supe que el dulce espíritu de la música, al que todos ellos eran tan devotos, estaba presente. Tras escuchar un rato bajo la sombra del pórtico, entré y, ansioso por no molestar a los cantantes, me escondí en un rincón oscuro donde me senté solo. Sin embargo, Yoletta me había visto entrar, pues poco después se acercó a mí.

—¿Por qué no viniste a cenar, Smith? —dijo—. ¿Y por qué te ves tan triste?

—¿Hace falta que lo preguntes, Yoletta? ¡Ah, me habría hecho tan feliz poder ganar el cariño de tu madre! ¡Si tan solo supiera cuánto lo deseo y cuánto me compadezco de ella! Pero nunca le agradaré, y todo lo que quería decirle quedará sin decirse.

—No, no es así —dijo ella—. Ven conmigo ahora; si te sientes así, ella será amable contigo… ¿cómo podría ser de otro modo?

Temí mucho que me estuviera aconsejando dar un paso imprudente; pero ella era mi guía, mi maestra y amiga en la casa, y decidí hacer lo que deseaba. No había luces en la larga galería cuando entramos de nuevo; solo los rayos de luna que entraban por las altas ventanas iluminaban aquí y allá una columna o un grupo de estatuas, que proyectaban largas sombras negras en el suelo y la pared, dándole a la estancia un aspecto misterioso. Una vez más, al llegar a la mitad de la habitación, me detuve, pues allí ante mí, siempre inclinada hacia adelante, estaba aquella maravillosa mujer de piedra, con la luz de la luna cayendo de lleno sobre su rostro pálido y anhelante y su cabello plateado.

—Dime, Yoletta, ¿quién es ella? —susurré—. ¿Es la estatua de alguien que vivió en esta casa?

—Sí; puedes leer sobre ella en la historia de la casa y en esta inscripción en la piedra. Fue una madre, y su nombre era Isarte.

—Pero, ¿por qué tiene esa expresión extraña y persistente en el rostro? ¿Era infeliz?

—¡Oh, ¿es que no puedes ver que era infeliz?! Soportó muchas penas, y la desgracia mayor de su vida fue la pérdida de siete hijos queridos. Estaban juntos en las montañas y no regresaron cuando se les esperaba; durante muchos años ella esperó noticias de ellos. Se supuso que una gran roca había caído sobre ellos, aplastándolos. El dolor por sus hijos perdidos le encaneció el cabello y le dio esa expresión a su rostro.

—¿Y cuándo sucedió esto?

—Hace más de dos mil años.

—Oh, entonces es una historia familiar muy antigua. Pero la estatua… ¿cuándo fue hecha y colocada aquí?

—Ella misma la mandó hacer y colocar. Era su deseo que el dolor que soportó fuera recordado en la casa para siempre, pues nadie había sufrido como ella; y la inscripción que mandó poner en la piedra dice que, si alguna vez llegara a una madre de la casa un dolor mayor que el suyo, la estatua será retirada de su lugar y

destruida, sus pedazos enterrados en la tierra con todas las cosas olvidadas, y el nombre de Isarte será olvidado en la casa.

Me entristecía pensar en un periodo de tiempo tan largo durante el cual aquel rostro indeciblemente triste había contemplado a tantas generaciones de vivos. —¡Es de lo más extraño! —murmuré—. Pero, ¿te parece correcto, Yoletta, que el dolor de una sola persona se perpetúe así en la casa? Pues, ¿quién puede mirar este rostro sin sentir pena, incluso recordando que el dolor que expresa terminó hace tantos siglos?

—Pero ella era una madre, Smith, ¿no lo entiendes? No sería correcto que nosotros deseáramos que nuestros dolores fueran recordados para siempre, causando tristeza a quienes nos suceden; pero una madre es diferente: sus deseos son sagrados y lo que ella dispone es lo correcto.

Sus palabras me sorprendieron bastante, pues había oído hablar de hombres infalibles, pero nunca de mujeres; además, la mujer que iba a ver ahora era también una "madre en la casa", sucesora de esta misma Isarte. Temiendo haber tocado un tema peligroso, no dije nada más y, continuando nuestro camino, pronto llegamos a la habitación de la madre, cuya gran puerta de cristal estaba ahora abierta de par en par. Bajo la pálida luz de la luna —pues no había otra en la habitación— encontramos a Chastel en el diván donde la había visto antes, pero ahora estaba totalmente recostada y solo tenía a una acompañante con ella.

Yoletta se acercó y, inclinándose, rozó con sus labios el rostro pálido e inmóvil. —Madre —dijo—, he traído a Smith de nuevo; está ansioso por decirte algo, si quieres escucharlo.

—Sí, lo escucharé —respondió ella—. Que se siente cerca de mí; y ahora vete tú, pues se necesita tu voz. Y tú también puedes dejarme ahora —añadió, dirigiéndose a la otra dama.

Ambas se marcharon juntas y yo procedí a sentarme en un cojín al lado del diván.

—¿Qué es lo que deseas decirme? —preguntó. Las palabras no eran muy alentadoras, pero su voz sonaba más suave ahora, y de inmediato comencé. —Espera —dijo ella antes de que yo hubiera pronunciado dos palabras—. Espera a que esto termine… estoy escuchando la voz de Yoletta.

A través de la larga y oscura galería y las puertas abiertas, nos llegaban suaves acordes de música, y ahora, mezclándose con los demás, se oía una voz más clara, como de campana, que se elevaba a mayores alturas; pero pronto esta dejó de

distinguirse, y entonces ella suspiró y se dirigió a mí de nuevo. —¿Dónde has estado toda la tarde? Pues no estuviste en la cena.

—¿Sabías eso? —pregunté sorprendido.

—Sí, sé todo lo que pasa en la casa. La lectura y el trabajo de todo tipo son una carga y un cansancio. Lo único que me queda es escuchar lo que otros hacen o dicen, y conocer todas sus idas y venidas. Mi vida no es ahora nada más que una sombra de la vida de los demás.

—Entonces —dije—, debo contarte cómo pasé el tiempo después de verte hoy; pues estuve solo, y nadie más puede decir qué hice. Me alejé por el río hasta llegar a la arboleda de grandes árboles en la orilla, y allí me senté hasta que salió la luna, con el corazón lleno de un dolor y una amargura indecibles.

—¿Qué te causó esos sentimientos?

—Cuando supe de ti y te vi, mi corazón se sintió atraído hacia ti, y deseé sobre todas las cosas del mundo que se me permitiera amarte y servirte, y tener una parte en tu cariño; pero tus miradas y palabras solo expresaron desprecio y desagrado hacia mí. ¿No habría sido extraño que no me sintiera extremadamente infeliz?

—Oh —respondió ella—, ¡ahora puedo entender la razón de la sorpresa que tus palabras han causado a menudo en la casa! Tus sentimientos mismos parecen distintos a los nuestros. Ninguna otra persona habría experimentado los sentimientos de los que hablas por tal causa. Es correcto arrepentirse de las faltas y cargar con el peso de ellas tranquilamente; pero es señal de un espíritu indisciplinado sentir amargura y desear culpar a otro de tu sufrimiento. Olvidas que tuve motivos para estar profundamente ofendida contigo. También olvidas mi continuo sufrimiento, que a veces me hace parecer dura y poco amable contra mi voluntad.

—Tus palabras suenan dulces y amables ahora —respondí—. Han quitado un gran peso de mi corazón, y desearía poder pagártelas tomando sobre mí una parte de tu sufrimiento.

—Es bueno que tengas ese sentimiento, pero es inútil expresarlo —contestó ella con seriedad—. Si tales deseos pudieran cumplirse, mis sufrimientos habrían cesado hace mucho, ya que cualquiera de mis hijos daría con gusto su vida por darme alivio.

A este comentario, que sonó como otro reproche, no respondí nada.

—Oh, esto sí es amargura… una amargura que tú no puedes conocer —reanudó después de un rato—. Para ti y para otros siempre existe el refugio de la muerte ante los sufrimientos continuos: el breve dolor de dejar de existir, enfrentado con valentía, no es nada en comparación con una agonía prolongada como la mía, con sus días largos y sus noches más largas aún, que se extienden por años, y esa gran oscuridad del final siempre ante la mente. Esto solo una madre puede conocerlo, ya que el horror de la oscuridad total y el aferrarse en vano a la vida, incluso cuando esta ha dejado de tener esperanza o alegría, es el precio que debe pagar por su condición superior.

No pude entender todas sus palabras, y solo murmuré en respuesta: —Eres joven para hablar de la muerte.

—Sí, joven; por eso es tan amargo pensar en ello. En la vejez los sentimientos no son tan intensos. —Entonces, de repente, extendió sus manos hacia mí y, cuando le ofrecí las mías, me tomó los dedos con un apretón nervioso y se incorporó hasta quedar sentada—. ¡Ah, por qué debo estar afligida con una miseria que otros no han conocido! —exclamó alterada—. ¡Ser elevada por encima de los demás siendo tan joven; tener un solo hijo; y luego, tras tan breve periodo de felicidad, ser golpeada con la esterilidad y esta enfermedad persistente royendo siempre como un cáncer las raíces de la vida! ¿Quién ha sufrido como yo en la casa? Solo tú, Isarte, entre los muertos. Iré a ti, pues mi dolor es más de lo que puedo soportar; y puede ser que encuentre consuelo incluso hablando con los muertos y con una piedra. ¿Puedes llevarme en tus brazos? —dijo, rodeándome el cuello—. Levántame en tus brazos y llévame ante Isarte.

Supe lo que quería decir, habiendo escuchado tan recientemente la historia de Isarte y, obedeciendo su orden, la levanté del diván. Era alta y más pesada de lo que esperaba, aunque estaba muy demacrada; pero el pensamiento de que era la madre de Yoletta, y la madre de la casa, me dio fuerzas para mi tarea y, moviéndome con cuidado paso a paso a través de la penumbra, la llevé a salvo ante aquella mujer de piedra de cabellos blancos bañada por la luna en la larga galería. Cuando hube subido los peldaños y la hube acercado lo suficiente, ella rodeó la estatua con sus brazos y presionó sus labios de piedra con los suyos.

—¡Isarte, Isarte, qué fríos están tus labios! —murmuró, en tonos bajos y desalentados—. ¡Ahora, cuando miro estos ojos, que son tuyos y sin embargo no lo son, y beso estos labios de piedra, cuánto me tienta el hambre de mi corazón a pecar! Pero el sufrimiento no ha oscurecido mi razón; sé que es una ofensa pedir algo a Aquel que nos da la vida y todas las cosas buenas sin pedir nada a cambio, y que no se complace en vernos miserables. Este pensamiento me detiene; de lo

contrario, le pediría a gritos que convirtiera esta piedra en carne, y que por una breve hora devolviera a ella el espíritu desaparecido de Isarte. Porque no hay nadie vivo que pueda entender mi dolor; pero tú lo entenderías, y pondrías mi cabeza cansada contra tu pecho y me cubrirías con tu cabello blanqueado por la pena como con un manto. Porque tu dolor era como el mío, y excedía al mío, y ningún alma podía medirlo; por eso, en el hambre de tu corazón miraste a lo lejos hacia el futuro, donde alguien tendría tal vez una aflicción semejante y sufriría sin esperanza, como sufriste tú, y mediría tu dolor y amaría tu memoria y se sentiría unido a ti, incluso por encima del abismo de largos siglos de tiempo. Tú me hablarías de todo ello y me dirías que la pena más grande era irse hacia la oscuridad, sin dejar a nadie con tu sangre y tu espíritu para heredar la casa. Este es también mi dolor, Isarte, pues soy estéril y estoy consumida por la muerte, y pronto debo partir para estar donde tú estás. Cuando yo no esté, el señor de la casa no tomará a ninguna otra en su seno, pues es anciano y su vida está casi completa; y en poco tiempo me seguirá, pero sin el dolor y la angustia como el mío para nublar su espíritu sereno. ¿Y quién heredará entonces nuestro lugar? ¡Ah, hermana mía, qué amargo es pensar en ello! ¡Porque entonces una extraña será la madre de la casa, y mi única hija se sentará a sus pies, llamándola madre, sirviéndola con sus manos y amándola y honrándola con su corazón!

La agitación se había consumido ya; dejó caer su cabeza con cansancio sobre mi hombro y me pidió que la llevara de vuelta. Cuando la hube depositado a salvo en el diván de nuevo, permaneció algunos minutos con el rostro cubierto, llorando en silencio.

La escena en la galería me había conmovido profundamente; ahora, sin embargo, mientras estaba sentado a su lado reflexionando sobre ello, mi mente volvió a aquel mundo desaparecido de dolor y diferentes condiciones sociales en el que yo había vivido, y donde la suerte de tantas pobres almas sufrientes me parecía mucho más desolada que la de esta infeliz dama que, imaginaba yo, tenía mucho con qué consolarse. Incluso me pareció que el dolor que había presenciado era un tanto exagerado; y, pensando que tal vez distraería su mente de pensar demasiado en sus propios problemas, me aventuré, cuando se hubo calmado de nuevo, a contarle algunos de mis recuerdos. Le pedí que imaginara un estado del mundo y de la familia humana en el que todas las mujeres estuvieran, en cierto sentido, en igualdad de condiciones —todas poseyendo la misma capacidad de sufrimiento —; y donde todas fueran, o pudieran ser, esposas y madres, y sin ningún remedio misterioso contra el dolor prolongado como el que ella había mencionado. Pero no había avanzado mucho en mi descripción cuando ella me interrumpió.

—No digas más —dijo, con un tono de desagrado—. Supongo que esta es otra de esas ideas extrañas que a veces expresas, sobre las cuales oí mucho cuando viniste a nosotros por primera vez. Que todas las personas deban ser iguales y todas las mujeres esposas y madres me parece una idea muy confusa y muy desagradable. El único consuelo de mi dolor, la única gloria de mi vida, no podría existir en un estado como ese, y mi condición sería ciertamente lamentable. Todos los demás serían igualmente miserables. La raza humana se multiplicaría hasta que los frutos del suelo fueran insuficientes para su sustento; y la tierra se llenaría de seres degenerados, hambrientos de cuerpo y degradados de mente, todos aferrados a una existencia totalmente carente de alegría. La vida es oscura para mí, pero no para otros: estos son asuntos que te superan, y es presuntuoso en alguien de tu condición intentar consolarme con ideas sin sentido.

Tras unos momentos de silencio, reanudó: —El padre ha dicho hoy que viniste a nosotros de una isla donde incluso las costumbres de la gente son diferentes a las nuestras; y quizás uno de sus desdichados métodos sea buscar aliviar una miseria real imaginando otra imposible e inmensamente mayor. De ninguna otra manera puedo explicarme tus extrañas palabras; pues no puedo creer que exista raza alguna tan degradada como para practicar realmente las cosas de las que hablas. Recuerda que no pido ni deseo ser informada. Nosotros tenemos un camino diferente; pues aunque es concebible que la miseria presente pueda mitigarse o olvidarse por un tiempo entregando el alma a fantasías, incluso convocando ante la mente imágenes repulsivas y horribles, eso sería dar un uso indebido y pervertir las facultades más brillantes que nuestro Padre nos ha dado: por lo tanto, no buscamos otro apoyo en todos los sufrimientos y calamidades sino el de la razón solamente. Si deseas mi cariño, no volverás a hablar de tales cosas, sino que te esforzarás por liberarte de un mal mental que puede a veces, en periodos de sufrimiento, darte un falso consuelo por un breve tiempo, solo para degradarte y hundirte más tarde en una miseria más profunda. Debes dejarme ahora.

Este inesperado y agudo reproche no me enojó, pero me puso muy triste; pues ahora percibía con suficiente claridad que ninguna gran ventaja me vendría del trato con Chastel, ya que era necesario ser sumamente cuidadoso con ella. Profundamente preocupado y en un estado mental algo confuso, me levanté para marcharme. Entonces ella puso su mano blanca, delgada y febril sobre la mía. —No hace falta que te vayas otra vez —dijo— a rumiar sentimientos amargos a solas porque te he dicho esto. Puedes venir con los demás a verme y hablarme siempre que yo sea capaz de estar sentada aquí y soportarlo. No recordaré tu ofensa, sino que me alegrará saber que hay otra alma en la casa que me ama y me respeta.

Con el consuelo que me brindaron estas palabras regresé a la sala de música y, encontrándola vacía, salí a la terraza, donde los demás paseaban ahora en grupos y parejas, conversando y disfrutando de la encantadora luz de la luna. Alejándome un poco a solas, me senté en un banco bajo un árbol, y pronto Yoletta vino hacia mí y observó con atención mi rostro.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó—. ¿Eres más feliz ahora?

—Sí, queridísima, pues me han hablado con mucha amabilidad; y habría sido más feliz si tan solo… —Pero me contuve a tiempo y no le dije nada más sobre mi conversación con la madre. Para mis adentros dije: "¡Oh, esa isla, esa isla! ¿Por qué no puedo olvidar sus tristes costumbres o, al menos, mantenerme en mi propia decisión de callar sobre ellas?".

Capítulo 14

Desde aquel día se me permitió entrar con frecuencia en la Habitación de la Madre, pero, como me temía, estas visitas no lograron acercarme más a la dama de la casa. De hecho, ella había olvidado mi ofensa: yo era uno de sus hijos, participando por igual con los demás en su afecto imparcial, y con el privilegio de sentarme a sus pies para relatarle los incidentes del día, o describirle todo lo que había visto, y a veces para rozar su delgada mano blanca con mis labios. Pero la distancia que nos separaba no se olvidaba. En las dos primeras entrevistas me había enseñado, de una vez por todas, que me correspondía amarla, honrarla y servirla, y que cualquier cosa más allá de eso —cualquier intento de ganarme su confianza, de entrar en sus pensamientos o de hacerle comprender mis sentimientos y aspiraciones— se consideraba pura presunción de mi parte. El resultado fue que era menos feliz de lo que había sido antes de conocerla: mi temperamento, naturalmente animado y esperanzado, se tiñó de melancolía, y aquella visión de exquisita dicha en el futuro, que había flotado ante mí atrayéndome, empezó ahora a palidecer y a parecer cada vez más lejana.

Después de mi caminata con Yoletta —si es que puede llamarse caminata—, empecé a buscar los lirios arcoíris, y pronto descubrí que por todas partes, bajo la hierba, empezaban a brotar del suelo. Al principio los encontré en el valle húmedo del río, pero muy pronto fueron igualmente abundantes en las tierras altas, e incluso en lugares áridos y pedregosos, donde aparecieron al final. Sentía mucha curiosidad por estas flores de las que Yoletta había hablado con tanto entusiasmo,

y observaba el lento crecimiento de los largos y delgados capullos día tras día con considerable impaciencia. Al fin, en un hueco húmedo del bosque, me deleitó encontrar la flor en pleno esplendor. En forma se parecía a un tulipán, pero era más abierta, y el color de un naranja amarillento muy vivo; tenía un perfume ligero y delicado, y era muy bonita, con un brillo ceroso peculiar en los gruesos pétalos; aun así, me sentí algo decepcionado, ya que el nombre de "lirio arcoíris" y las palabras de Yoletta me habían hecho esperar una flor de muchos colores y belleza insuperable.

Arranqué el lirio con cuidado y me lo llevaba a casa para regalárselo, cuando de repente recordé que solo en una ocasión había visto flores en su mano, y en las manos de los demás, y fue cuando enterraban a sus muertos. Nunca llevaban una flor, ni yo había visto ninguna en la casa, ni siquiera en aquella habitación donde Chastel estaba prisionera por su dolencia y donde su mayor deleite era que le llevaran la naturaleza en toda su belleza y fragancia a través de la conversación de sus hijos. Las únicas flores en la casa estaban en sus iluminaciones, en las labradas en metal y talladas en madera, y las inmortales flores de piedra de muchos matices brillantes en sus mosaicos. Empecé a temer que hubiera alguna superstición que les hiciera parecer mal recoger flores, excepto para ceremonias fúnebres, y por miedo a ofender por falta de reflexión, dejé caer el lirio al suelo y no dije nada al respecto a nadie.

Luego, antes de encontrar más lirios abiertos, me sobrevino una pena inesperada. Al cambiarme de ropa tras regresar de los campos una tarde, me llevaron al salón del juicio, e inmediatamente llegué a la conclusión de que, sin saberlo, había caído de nuevo en desgracia; pero al llegar a aquel incómodo aposento percibí que no era el caso. Al mirar a los presentes reunidos eché de menos a Yoletta, mi corazón se hundió e incluso deseé que mi primera impresión hubiera sido la correcta. Sobre la gran mesa de piedra, ante la cual estaba sentado el señor, yacía un folio abierto; la hoja mostrada solo estaba iluminada en la parte superior y en el margen interior. Noté que la parte coloreada de arriba estaba rota, y la rotura llegaba hasta la mitad de la página.

Poco después apareció la querida muchacha, con los ojos llorosos y el rostro encendido, y avanzando apresuradamente hacia el padre, se detuvo ante él con la mirada baja.

—Hija mía, dime cómo y por qué hiciste esto —exigió él, señalando el volumen abierto.

—¡Oh, padre, mira esto! —respondió ella, casi sollozando, y tocando con el dedo el extremo inferior del margen coloreado—. ¿Ves qué mal está coloreado? Había

pasado tres días alterándolo y retocándolo, y seguía sin gustarme. Entonces, en un repentino enojo, empujé el libro lejos de mí, y al ver que se resbalaba del atril, agarré la hoja para evitar que cayera, y el peso del libro la rompió. Oh, querido padre, ¿podrás perdonarme?

—¿Perdonarte, hija mía? ¿No sabes cuánto le duele a mi corazón castigarte? Pero, ¿cómo puede perdonarse esta ofensa a la casa, que debe quedar como evidencia contra nosotros de generación en generación? Pues nosotros dejamos de ser, pero la casa permanece; y la escritura que dejamos en ella, sea buena o mala, también permanece para siempre. Una palabra cruel es algo malo, una acción cruel es peor, pero cuando se arrepienten pueden ser perdonadas y olvidadas. Pero un daño hecho a la casa no puede olvidarse, porque es la falla en la piedra la que conserva su lugar, el color crudo e inarmónico que no se puede lavar con agua. Considera, hija mía, en la larga vida de la casa, ¡cuántos hombres aún no nacidos pasarán las hojas de este libro y, al llegar a esta hoja, se sentirán ofendidos por tan penosa desfiguración! Si los de esta generación estuviéramos destinados a vivir para siempre, entonces podría escribirse en esta página como castigo y advertencia: "Yoletta la rompió en su enojo". Pero debemos pasar y no ser nada para las generaciones sucesivas, y no sería justo que el nombre de Yoletta fuera recordado por el mal que le hizo a la casa, y que se olvidara todo lo que hizo por su bien.

Siguió un silencio doloroso; luego, levantando su rostro manchado de lágrimas, dijo: —Oh, padre, ¿cuál debe ser mi castigo?

—Querida hija, será ligero, pues consideramos tu juventud y naturaleza impulsiva, y también que el mal que hiciste fue en parte resultado de un accidente. Durante treinta días deberás vivir apartada de nosotros, subsistiendo a pan y agua, y manteniendo trato con una sola persona, que te asistirá en tu trabajo y te proveerá de todo lo necesario.

Esto me pareció un castigo duro, incluso cruel, para una ofensa tan trivial o, mejor dicho, un accidente; pero ella tal vez no pensaba lo mismo, pues le besó la mano, como en gratitud por su indulgencia.

—Dime, hija —dijo él, poniendo su mano sobre la cabeza de ella y mirándola con ojos nublados—, ¿quién te asistirá en tu reclusión?

—Edra —murmuró ella; y la otra, acercándose, la tomó de la mano y se la llevó.

La seguí con la mirada ansiosamente mientras se retiraba, hambriento de una sola mirada de sus queridos ojos antes de aquella larga separación; pero estaban llenos de lágrimas e inclinados hacia el suelo, y en un momento desapareció de mi vista.

Los días siguientes fueron para mí tristes más allá de toda descripción. Por primera vez fui plenamente consciente de la fuerza de una pasión que se había convertido ya en un fuego devorador en mi pecho, y que solo podía terminar en una miseria absoluta —tal vez en la destrucción— o bien en un grado de felicidad que ningún mortal hubiera saboreado jamás. Caminaba apático, como aquel sobre quien ha caído alguna pesada calamidad: perdí todo interés en mi trabajo; la comida me parecía insípida; el estudio y la conversación se volvieron un cansancio; incluso en aquellos conciertos divinos, que daban el cierre adecuado a cada día tranquilo, no había encanto ahora, ya que la voz de Yoletta, que el amor había enseñado a distinguir a mi torpe oído, ya no participaba en ellos. No se me permitía entrar en la Habitación de la Madre por las noches, y la exclusión se extendía también a los demás, exceptuando únicamente a Edra; pues a esta hora, cuando era costumbre que la familia se reuniera en la sala de música, llevaban a Yoletta de su cámara solitaria para estar con su madre. Esto me lo contaron, y también averigüé, mediante algunas preguntas indirectas, que siempre estaba en poder de la madre hacer que cualquier persona que sufriera un castigo fuera llevada ante ella, estando ella, por así decirlo, por encima de la ley. Incluso podía perdonar a un delincuente y dejarlo libre si así lo deseaba, aunque en este caso no había optado por ejercer su prerrogativa, probablemente porque sus "sufrimientos no habían nublado su entendimiento". La estaban tratando con mucha dureza —padre y madre ambos— pensaba yo en mi amargura.

La apertura gradual de los lirios arcoíris servía únicamente para recordarme cada hora y cada minuto a aquel espíritu joven y brillante, privado tan duramente del placer que con tanta ansia había anticipado. Ella, más que todos, se regocijaba en la belleza de este mundo visible, considerando la naturaleza en algunos de sus estados y aspectos con un sentimiento casi rayano en la adoración; pero, ¡ay!, solo ella estaba excluida de esta gloria que Dios había extendido sobre la tierra para el deleite de todos sus hijos.

Ahora sabía por qué estas flores otoñales se llamaban lirios arcoíris, y recordaba cómo Yoletta me había contado que daban a la tierra una belleza que no podía describirse ni imaginarse. Las flores eran todas, sin duda, de una misma especie, con la misma forma y perfume, aunque variaban mucho en tamaño según la naturaleza del suelo en que crecían. Pero en diferentes situaciones variaban de color, mezclándose un color con otro o pasando gradualmente de uno a otro allí donde el suelo alteraba su carácter. A lo largo de los valles, donde empezaban a florecer, y en todas las situaciones húmedas, el matiz era amarillo, variando según la cantidad de humedad en diferentes lugares, desde el prímula pálido hasta el naranja profundo, pasando este de nuevo a escarlata vivo y rojos de muchos

matices. En las llanuras predominaban los rojos, que cambiaban a diversos púrpuras en las colinas y laderas de las montañas; pero en lo alto de las montañas el color era azul; y esto también tenía muchas gradaciones, desde el azul aciano profundo de abajo hasta un delicado azul celeste en las cumbres, parecido al de la miosota y la campanilla.

El clima resultó singularmente favorable para quienes pasaban su tiempo admirando los lirios, y esta parecía ser ahora casi la única ocupación de los habitantes, exceptuando, por supuesto, a la enferma Chastel, a la prisionera Yoletta y a mí mismo (que estaba demasiado desolado para admirar nada). Días tranquilos y brillantes sin una nube se sucedían unos a otros, como si los mismos elementos consideraran sagrados a los lirios y no se atrevieran a proyectar sombra alguna sobre su esplendor místico. Cada mañana, uno de los hombres salía a cierta distancia de la casa y tocaba un cuerno, que podía oírse claramente a dos millas de distancia; y poco después, varios caballos, en parejas y tropas, llegaban galopando, tras lo cual permanecían toda la mañana pastando y jugueteando alrededor de la casa. Estos caballos estaban ahora en constante demanda; todos los miembros de la familia, hombres y mujeres, pasaban varias horas cada día recorriendo el campo circundante, al parecer sin ningún objeto en particular. Sin embargo, el contagio no me afectó, pues, aunque siempre había sido un jinete audaz (en mi propio país) y sumamente aficionado al ejercicio ecuestre, su modo de cabalgar sin bridas y sobre diminutas sillas de paja no me parecía ni seguro ni agradable.

Una mañana, después de desayunar, tomé mi hacha y me dirigía lentamente al bosque, sumido en mis pensamientos, cuando al oír un ligero siseo de cascos sobre la hierba, me volví y vi al venerable señor, montado en su caballo, alejándose hacia las colinas a un paso vertiginoso. Su larga vestidura estaba recogida estrechamente alrededor de su figura delgada, sus pies encogidos y su cabeza muy inclinada hacia adelante, mientras el viento de su velocidad dividía su barba, que volaba en dos largas tiras por detrás. De repente me vio y, tocando el cuello del animal, dio un giro elegante en círculos que se estrechaban, acercándolo cada vez más hasta detenerse a mi lado; entonces su caballo empezó a frotar su hocico en mi mano, y su aliento se sentía como fuego en mi piel.

—Smith —dijo, con una sonrisa grave—, si no puedes ser feliz a menos que estés trabajando en el bosque con tu hacha, debes proseguir con tu tala; pero confieso que me sorprende tanto verte ir al trabajo en un día como este, como me sorprendería verte caminando invertido sobre tus manos, con los talones colgando en el aire.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendido por este discurso.

—Si no lo sabes, debo decírtelo. Por la noche dormimos; por la mañana nos bañamos; comemos cuando tenemos hambre, conversamos cuando nos sentimos inclinados y, la mayoría de los días, trabajamos un cierto número de horas. Pero más que estas cosas, que tienen cierta cantidad de placer en sí mismas, son los momentos preciosos cuando la naturaleza se nos revela en toda su belleza. Nos entregamos totalmente a ella entonces, y ella nos refresca; el esplendor se desvanece, pero la riqueza que aporta al alma permanece para alegrarnos. Aquella debe ser un alma torpe que no puede suspender su faena cuando el sol se pone en su gloria, o aparece el arcoíris violeta sobre la nube. Cada día nos trae momentos especiales para alegrarnos, así como en la casa tenemos cada día nuestro tiempo de melodía y recreación. Pero esta gloria de la naturaleza, suprema y más duradera, llega solo una vez cada año; y mientras dura, todo trabajo, excepto aquel que es urgente y necesario, es impropio y una ofensa al Padre del mundo. —Hizo una pausa, pero yo no supe qué decir en respuesta, y poco después reanudó—: Hijo mío, hay caballos esperándote y, a menos que seas más distinto a nosotros en mente de lo que jamás imaginé, tomarás uno ahora y cabalgarás hacia las colinas donde, debido a la ausencia de bosques, la tierra puede verse ahora en su mejor momento.

Estaba a punto de darle las gracias y volver atrás, pero el pensamiento de Yoletta, para quien cada día pesado parecía ahora un año, oprimía mi corazón, y continué allí de pie inmóvil, con la mirada baja, deseando hablar, pero temiendo hacerlo.

—¿Por qué está turbada tu mente, hijo mío? —dijo amablemente.

—Padre —respondí, con esa palabra que me atrevía a usar por primera vez temblando en mis labios—, la belleza de la tierra es mucho para mí, pero no puedo evitar recordar que para Yoletta es aún más, y el pensamiento me quita todo el placer. Las flores se marchitarán y ella no las verá.

—Hijo mío, me alegra oír estas palabras —respondió, para mi sorpresa, pues había temido mucho haber adoptado un rumbo demasiado audaz—. Pues veo ahora —continuó— que esta aparente indiferencia, que me causaba cierta pena, no procede de una incapacidad de tu parte para sentir como nosotros, sino de un tierno amor y compasión… la más preciada de todas nuestras emociones, que servirá para acercarte más a nosotros. También he pensado mucho en Yoletta durante estos hermosos días, entristeciéndome por ella, y esta mañana le he permitido salir a las colinas, para que al menos durante este día pueda participar de nuestro placer.

Casi sin esperar a que dijera una palabra más, corrí de vuelta a la casa, ahora bastante ansioso por cabalgar. La pequeña silla de paja me parecía ahora tan cómoda como un diván, ni se echaba de menos la brida; pues, animado por aquel intenso deseo de encontrar y hablar con mi amada, habría podido cabalgar seguro sobre el lomo resbaladizo de una jirafa, cargando por terreno accidentado con una manada de leones a los talones. Allá fui a una velocidad que tal vez nunca alcanzó ningún ganador del Derby, que hacía que las crines brillantes de mi caballo silbaran en el aire inmóvil; bajando valles, subiendo colinas, volando como un pájaro sobre arroyos rugientes, rocas y arbustos espinosos, sin detenerme nunca hasta estar lejos entre aquellas colinas donde me había ocurrido aquel extraño accidente y de las que me había recuperado para encontrar la tierra tan cambiada. Subí entonces una gran colina verde, cuya cima debía de estar a más de mil pies sobre la región circundante. Cuando hube alcanzado al fin esta elevación, lo cual hice caminando y trepando mientras mi caballo subía dócilmente tras de mí, la riqueza y novedad de la escena inimaginable e indescriptible que se abría ante mí me afectó de una manera extraña, golpeando mi corazón con un dolor intenso y desconocido. Por primera vez experimenté en mi interior aquel poder milagroso que posee la mente de reproducir instantáneamente, y sin perspectiva, los eventos, sentimientos y pensamientos de largos años; una experiencia que a veces le sobreviene a una persona enfrentada repentinamente con la muerte, y en otros momentos de suprema agitación. Mil recuerdos y mil pensamientos se agitaban en mí: era consciente ahora, como no lo había sido antes, del pasado y del presente, y ambos existían en mi mente, pero separados por un gran abismo de tiempo… un vacío y una nada que, sin embargo, me oprimían con su horrible vastedad. ¡Qué sin sentido y solitaria, qué espantosa parecía mi posición! Era como la de aquel bajo cuyos pies el mundo de repente se desmorona en cenizas y polvo, y se dispersa por el vacío ilimitado, mientras él sobrevive, arrastrado a algún planeta lejano cuyo aspecto extraño, por hermoso que sea, lo llena de un terror indefinible. Y sabía, y el conocimiento solo intensificaba mi dolor, que mi agitación, las luchas de mi alma por recuperar aquella vida perdida, eran como los vanos aleteos de algún pájaro de bosque, arrastrado mil millas sobre el mar, en el que debe al fin hundirse y perecer.

Tal estado mental no puede durar más de unos pocos momentos y, al pasar, me dejó cansado y desalentado. Con ojos apagados y sin alegría, continué contemplando por más de una hora el panorama bajo mis pies; pues ya había abandonado toda esperanza de ver a Yoletta, al no haberme encontrado con una sola persona desde que comencé mi cabalgata. Todo a mi alrededor, la cumbre estaba salpicada de pequeños lirios de un azul delicado, pero a poca distancia el verde sobrio de la hierba se veía absorbido, por así decirlo, por los matices más

brillantes de las flores, y todas las cumbres vecinas aparecían de un tono azul celeste puro. Más abajo, esto pasaba a los púrpuras de las laderas y los rojos de las llanuras, mientras los valles, bordeados de escarlata, eran como ríos de fuego color azafrán. La distancia y la ligera bruma otoñal tenían un efecto suavizante y armonioso sobre el mar de color brillante, y más lejos, en el inmenso horizonte, todo se desvanecía en el suave azul universal. Sobre este paraíso florido mis ojos vagaban inquietos, pues mi corazón estaba inquieto dentro de mí y había perdido la facultad del placer. Con una ligera amargura recordé algunas de las palabras que el padre me había dicho esa mañana. Estaba muy bien, pensaba yo, que este venerable barba gris hablara de refrescar el alma con la vista de toda esta belleza; pero parecía perder de vista el hecho importante de que había una diferencia considerable en nuestras respectivas edades, que el hambre rabiosa del corazón, que sin duda él había experimentado en algún momento de su vida, no se apaciguaba, como el hambre corporal, con espléndidas puestas de sol, arcoíris y lirios arcoíris, por muy hermosos que pudieran parecer a la vista.

De pronto, en una segunda cumbre más baja de la larga montaña que había subido, divisé a una persona a caballo, inmóvil como una figura de piedra. A esa distancia el caballo no parecía más grande que un galgo, pero tan maravillosamente transparente era el aire de la montaña, que reconocí claramente a Yoletta en el jinete. Me levanté de un salto y salté gozosamente sobre mi propio caballo y, agitando la mano para atraer su atención, galopé temerariamente cuesta abajo; pero cuando llegué a la cumbre opuesta ella ya no estaba allí, ni en ninguna parte a la vista, y fue como si la tierra se hubiera abierto y se la hubiera tragado.

Capítulo 15

Durante el aislamiento de Yoletta, no se permitió que mi educación sufriera; su lugar como instructora fue tomado por Edra. Me complació este arreglo, pensando que obtendría algún beneficio de él más allá de lo que ella pudiera enseñarme; pero muy pronto me vi obligado a abandonar toda esperanza de comunicarme con la muchacha prisionera a través de su amiga que la cuidaba. Edra se mostró muy perturbada ante la sugerencia; pues me atreví a sugerirlo, aunque de una forma vacilante e indirecta, al no sentirme seguro de mi terreno: los errores previos me habían vuelto cauteloso. Su actitud fue una advertencia suficiente, y no volví a tocar el tema. Una tarde, sin embargo, me encontré con un

gran e inesperado consuelo, aunque incluso este estuvo mezclado con algunos asuntos desconcertantes.

Un día, después de mirarme larga y fijamente a la cara, mi gentil maestra me dijo:

—¿Sabes que has cambiado? Toda tu alegría te ha dejado; estás pálido, delgado y triste. ¿Por qué es esto?

Mi rostro se encendió ante esta pregunta tan directa, pues yo sabía de ese cambio en mí, y andaba con el temor continuo de que los demás lo notaran pronto y sacaran sus propias conclusiones. Ella continuó mirándome, hasta que por pura vergüenza desvié la cara; pues si confesaba que la separación de Yoletta causaba mi desánimo, ella sabría qué significaba ese sentimiento, y temía que cualquier declaración prematura de ese tipo fuera la ruina de mis perspectivas.

—Sé la razón, aunque te lo pregunte —continuó ella, poniendo una mano en mi hombro—. Estás sufriendo por Yoletta; lo vi desde el principio. Le diré lo pálido y triste que te has vuelto, cuán diferente eres de lo que eras antes. Pero, ¿por qué apartas tu rostro de mí?

Estaba perplejo, pero su simpatía me dio valor y me hizo decidirme a confiar en ella.

—Si sabes —dije— que estoy sufriendo por Yoletta, ¿no puedes adivinar también por qué vacilo y escondo mi rostro de ti?

—No; ¿por qué es? Tú me amas también, aunque no con un amor tan grande; pero nos amamos, Smith, ¿puedes confiar en mí?

La miré a la cara ahora, directo a sus ojos transparentes, y era evidente que aún no había adivinado mi significado.

—Queridísima Edra —dije, tomando su mano—, te amo tanto como si una sola madre nos hubiera dado la vida. Pero a Yoletta la amo con un amor diferente; no como se ama a una hermana. Ella es más para mí que cualquier otra persona en el mundo; tanto lo es, que la vida sin ella sería una carga. ¿No sabes lo que eso significa? —Y luego, recordando las palabras de Yoletta en las colinas, añadí—: ¿Acaso no sabes que hay más de un tipo de amor?

—No —respondió ella, todavía mirándome con aire inquisitivo—. Pero sé que tu amor por ella excede tanto a todos los demás, que es como un sentimiento distinto. Se lo diré, ya que es dulce ser amada, y ella se alegrará de saberlo.

—Y después de que se lo hayas dicho, Edra, ¿me harás saber su respuesta?

—No, Smith; es una ofensa sugerir, o incluso pensar tal cosa, por mucho que la ames, pues a ella no se le permite conversar con nadie, ni directamente ni a través de mí. Me dijo que te vio en las colinas y que intentaste acercarte a ella, y eso la angustió mucho. Pero ella te perdonará cuando le haya dicho cuán grande es tu amor, que el deseo de mirar su rostro te hizo olvidar lo mal que estaba el acercarte a ella.

¡Qué extraño e incomprensible parecía que Edra hubiera interpretado tan mal mi sentimiento! También me parecía que todos ellos, desde el señor de la casa para abajo, estaban realmente muy ciegos al atribuir una emoción tan fuerte a un mero afecto fraternal. Había deseado, aunque temido, quitarles la venda de los ojos; y ahora, en un momento de descuido, había hecho el intento, y mi gentil confesora no había logrado entenderme. No obstante, extraje algo de consuelo de esta conversación; pues Yoletta sabría cuánto excedía mi amor al de sus propios parientes, y esperaba contra toda esperanza que una emoción recíproca despertara al fin en su pecho.

Cuando llegó el último de aquellos treinta días que parecían arrastrarse lentamente —el día en que, según mis cálculos, Yoletta recuperaría la libertad antes de que se pusiera el sol— me levanté temprano del lecho de paja donde me había agitado toda la noche, sin poder dormir por la perspectiva del reencuentro y la fiebre de impaciencia en que me hallaba. El río frío me reanimó, y cuando nos reunimos en el comedor observé que Edra me miraba con una sonrisa curiosa e inquisitiva en los labios. Le pregunté la razón.

—Eres como una persona que se ha recuperado repentinamente de una enfermedad —respondió—. Tus ojos brillan como la luz del sol sobre el agua, y tus mejillas, que ayer estaban tan pálidas, arden más rojas que una hoja de otoño. —Luego, sonriendo, añadió estas preciosas palabras—: Yoletta se alegrará de volver con nosotros, más por tu cuenta que por la suya propia.

Después de que hubiéramos desayunado, decidí ir al bosque y pasar el día allí. Durante muchos días pasados había eludido la tala de leña; pero ahora me parecía imposible dedicarme a cualquier tipo de trabajo tranquilo y sedentario. La impaciencia devoradora y la energía desbordante que sentía me hacían desear alguna tarea inusualmente violenta, tal que agotara el cuerpo y diera, tal vez, un descanso a la mente. Tomando mi hacha y la habitual pequeña cesta de provisiones para mi comida del mediodía, salí de la casa; y esa mañana no caminé, sino que corrí como si fuera una apuesta, dando largos saltos voladores sobre arbustos y arroyos que nunca antes me habían tentado. Al llegar al lugar de acción, seleccioné un gran árbol que había sido marcado para la tala, y durante horas lo

golpeé con una energía casi sobrehumana; y al fin, antes de que sintiera disposición alguna para descansar, el imponente gigante, inclinando la cabeza y agitando su follaje marchito como en un eterno adiós a los cielos, cayó con un gran estruendo a la tierra. Apenas hubo caído, sentí que había trabajado demasiado tiempo y con demasiada violencia: la brisa fresca y seca punzaba mis mejillas ardientes como agujas de hielo, mis rodillas temblaban y el mundo entero parecía dar vueltas; entonces, arrojándome sobre una cama de astillas y hojas secas, me quedé jadeando por aire, con solo la vida suficiente para preguntarme si me había desmayado o no. Recuperado al fin de esta condición de agotamiento, me senté y me regocijé al observar que la mitad del día —aquel último día miserable— ya había volado. Entonces los pensamientos de la noche que se acercaba, y toda la felicidad que traería, me inspiraron con nuevo celo y fuerza y, poniéndome de pie y sin pensar en mi comida, recogí el hacha y emprendí una nueva embestida contra el árbol caído. Ya había realizado el trabajo de más de un día, pero la fiebre en mi sangre y en mi cerebro me impulsaba a la ardua tarea de podar las enormes ramas; y mis esfuerzos no cesaron hasta que, una vez más, el mundo, con todo lo que había en él, empezó a girar como un molinillo, obligándome a desistir y tomar un descanso aún más largo. Y sentado allí, pensaba solo en Yoletta. ¿Cómo se vería después de aquella larga reclusión? Pálida, y triste también tal vez; y sus ojos dulces y llenos de alma… ¡oh!, ¿vería ahora en ellos esa nueva luz que había buscado y esperado por tanto tiempo?

Entonces, mientras así reflexionaba, oí, no muy lejos, un ligero crujido, como el de una liebre asustada al verme y saltando sobre las hojas marchitas; y levantando los ojos del suelo, vi a la propia Yoletta apresurándose hacia mí, con el rostro radiante de alegría. Salté hacia adelante para encontrarla, y en el siguiente momento estaba encerrada en mis brazos. Aquel único momento de felicidad indecible pareció compensar cien veces toda la miseria que había soportado.

—¡Oh, mi dulce adorada… al fin, al fin ha terminado mi dolor! —murmuré, mientras la estrechaba una y otra vez contra mi corazón y besaba aquel rostro querido, que se veía ahora mucho más delgado que cuando lo vi por última vez.

Ella echó la cabeza hacia atrás, como Genevieve en la balada, para mirarme a la cara, con los ojos llenos de lágrimas: gotas de cristal, felices, que no empañaban su brillo. Pero su rostro estaba pálido, con una palidez pensativa como la de la rosa Gloria de Dijon; solo que ahora la agitación había bañado sus mejillas con los tintes de esa misma rosa: ese rojo tan distinto al rubor en otros rostros de días desaparecidos; ¡tan tierno, delicado y precioso por encima de todos los tintes de la naturaleza!

—Lo sé —dijo ella—, sé cuánto sufrías por mí, que estabas pálido y abatido. ¡Oh, qué extraño que me ames tanto!

—¡Extraño, querida… esa palabra de nuevo! Es la única dulzura y gozo de la vida. ¿Y no estás contenta de ser amada?

—Oh, no puedo decirte cuánto; pero, ¿no estoy aquí en tus brazos para demostrarlo? Cuando supe que habías ido al bosque no esperé, sino que corrí aquí tan rápido como pude. ¿Recuerdas aquella tarde en la colina, cuando me molestaste con preguntas y yo no podía entender tus palabras? Ahora, cuando te amo tanto más, puedo entenderlas mejor. Dime, ¿no he hecho lo que deseabas y me he entregado a ti, en cuerpo y alma? ¡Cómo te han cambiado treinta días! Oh, Smith, ¿me amas tanto?

—Te amo tanto, querida, que si fueras a morir, no habría más placer en la vida para mí, y preferiría yacer cerca de ti bajo tierra. Todo el día estoy pensando en ti, y cuando duermo estás en todos mis sueños.

Ella seguía mirándome a la cara, con aquellas lágrimas felices aún brillando en sus ojos, escuchando mis palabras; pero ¡ay!, en aquel rostro dulce y hermoso, tan lleno de expresiones cambiantes, no estaba la expresión que yo buscaba, ni rastro de aquella vergüenza virginal que le daba a Genevieve, en la balada, una gracia tan exquisita a los ojos de su amante.

—Yo también tuve sueños contigo —respondió ella—. Me llegaron después de que Edra me contara lo pálido y triste que te habías vuelto.

—Cuéntame uno de tus sueños, querida.

—Soñé que estaba despierta en mi cama, con la luna brillando sobre mí; tenía frío y lloraba amargamente porque me habían dejado sola tanto tiempo. De repente te vi parado a mi lado bajo la luz de la luna. "Pobre Yoletta", dijiste, "tus lágrimas te han enfriado como lluvia de invierno". Entonces las secaste con tus besos, y cuando me rodeaste con tus brazos, atraje tu rostro contra mi pecho y descansé cálida y feliz en tu amor.

¡Oh, cómo me enloquecían sus deliciosas palabras! Incluso mi lengua y mis labios se volvieron repentinamente secos como cenizas por la fiebre en mí, y solo pudieron susurrar con ronquera cuando me esforcé por responder. La solté de mis brazos y me senté en el árbol caído, con todos mis arrebatos de felicidad convertidos en un gran desaliento. ¿Sería siempre así? ¿Seguiría ella abrazándome y pronunciando palabras que simulaban pasión mientras tal sentimiento no tocaba su corazón? Un estado de cosas así no podía durar, y mi pasión, burlada y frustrada

una y otra vez, me desgarraría y me lanzaría a la locura y a la autodestrucción. Pues cuántos hombres habían sido conducidos por el amor a tal fin, y las mujeres que habían adorado y por las que habían muerto miserablemente eran, comparadas con Yoletta, como criaturas de arcilla comparadas con una de las inmortales. ¿Y no era ella un ser de un orden superior al mío? Era una locura pensar lo contrario. Pero, ¿cómo les había ido siempre a los mortales cuando aspiraban a unirse con seres celestiales? Traté entonces de recordar algo que tuviera que ver con este punto importante, pero mi mente se estaba volviendo extrañamente confusa. Cerré los ojos para pensar, y al abrirlos de nuevo, vi a Yoletta arrodillada ante mí, mirándome a la cara con una expresión de alarma.

—¿Qué te pasa, Smith? Pareces enfermo —dijo ella; y luego, poniendo su palma fresca sobre mi frente, añadió—: Tu cabeza arde como fuego.

—No es de extrañar —respondí—. Me estoy devanando los sesos tratando de recordarlo todo sobre ellas. ¿Cuáles eran sus nombres y qué les hacían a los que las amaban? ¿No puedes decírmelo?

—¡Oh, estás enfermo… tienes fiebre y puedes morir! —exclamó ella, rodeando mi cuello con sus brazos y presionando su mejilla contra la mía.

Sentí una extraña confusión mental, y sin embargo me pareció que me enojaba que me dijeran que estaba enfermo.

—No estoy enfermo —protesté débilmente—. ¡Nunca me he sentido mejor en mi vida! Pero, ¿no puedes responderme? ¿Quiénes eran y qué hicieron? Dímelo o me volveré loco.

Ella se incorporó y, tomando el pequeño silbato de metal que colgaba a su lado, sopló una nota aguda que pareció atravesar mi cerebro como un arma de acero. Traté de levantarme de mi asiento en el tronco, pero solo me resbalé hasta el suelo. Una bruma densa y una penumbra parecían asentarse sobre todo; la luz del día, y con ella la esperanza, estaba abandonando rápidamente el mundo. Pero algo venía hacia nosotros… de aquella bruma y oscuridad universal que se cerraba a nuestro alrededor, surgió saltando velozmente a través del bosque: ¡un enorme lobo gris! No, ¡no era un lobo! ¡Un lobo no era nada comparado con aquello! Un poderoso león rugiente abriéndose paso por el bosque; un monstruo que aumentaba constantemente de tamaño, vasto y de aspecto horrible, superando a todos los monstruos de la imaginación… a todas las bestias, gigantescas y deformes, que habían existido en eras geológicas pasadas; ¡un león con dientes como colmillos de elefante, su cabeza envuelta como en una negra nube de tormenta a través de la cual sus ojos brillaban como soles gemelos de color rojo

sangre! Y ella —mi amor— con un grito en los labios, se lanzaba hacia adelante para encontrarlo… ¡perdida, perdida para siempre! Luché frenéticamente por levantarme y volar en su auxilio, y me alcé, tras muchos esfuerzos, sobre mis rodillas, solo para caer de nuevo a la tierra, inconsciente.

Capítulo 16

La violenta fiebre en la que había caído no remitió hasta el tercer día, cuando caí en un sueño profundo del que desperté refrescado y recuperado. Al despertar, no me encontré en mi celda habitual, sino en un espacioso cuarto nuevo para mí, sobre una cama cómoda, al lado de la cual estaba sentada Edra. Mi primer sentimiento fue casi de decepción al no ver allí a Yoletta, y pronto empecé a temer que, en los delirios de la fiebre, hubiera dicho cosas que hubieran quitado la venda de los ojos de mis amables amigos de una manera muy brusca, y que el ser que más amaba hubiera sido apartado permanentemente de mi vista. Fue un alivio bendito cuando Edra, en respuesta a las preguntas que le hice con el corazón tembloroso, me informó que yo había hablado mucho durante la fiebre, pero de forma ininteligible, haciendo preguntas continuamente sobre Venus, Diana, Juno y muchas otras personas cuyos nombres nunca antes se habían oído en la casa. ¡Qué fortuna que mi cerebro loco hubiera continuado así atormentándose con esa cuestión sin sentido! También me dijo que Yoletta había velado día y noche a mi lado; que al final, cuando la fiebre me dejó y caí en aquel sueño refrescante, ella también, con su mano sobre la mía, había dejado caer la cabeza sobre la almohada y se había quedado dormida. Entonces, sin despertarla, la habían llevado a su propia habitación, y Edra había ocupado su lugar a mi lado.

—¿No tienes nada más que preguntar? —dijo ella al fin, con un tono de sorpresa.

—No; nada más. Lo que me has dicho me ha hecho muy feliz… ¿qué más puedo desear saber?

—Pero hay más que contarte, Smith. Sabemos ahora que tu enfermedad es el resultado de tu propia imprudencia; y tan pronto como estés lo suficientemente bien para dejar tu habitación y soportarlo, deberás cumplir el castigo.

—¡Qué! ¡Castigado por estar enfermo! —exclamé, incorporándome de golpe en la cama—. ¿Qué quieres decir, Edra? ¡En mi vida he oído un absurdo tan indignante!

Ella se perturbó ante este estallido, pero repitió con calma y gravedad que ciertamente debía ser castigado por mi enfermedad.

Recordando cuáles eran sus castigos, tenía ante mí la perspectiva de una segunda y larga separación de Yoletta, y la idea de tanta severidad excesiva, o más bien de tan cruel injusticia, me enfureció. —¡Por el cielo, no me someteré a ello! —exclamé—. Castigado por estar enfermo… ¡quién ha oído hablar de algo semejante! Supongo que dentro de poco se descubrirá que el puente de mi nariz no está del todo recto, o que no puedo ver a la vuelta de la esquina, ¡y eso también será clasificado como un crimen, que deberá expiarse en confinamiento solitario y a pan y agua! No, no me castigarán; ¡antes que ceder a tal tiranía, me marcharé y dejaré esta casa para siempre!

Ella me miró con una expresión que casi rozaba el horror en su dulce rostro, y por unos momentos no respondió. Entonces recordé que, si cumplía esa loca amenaza, perdería de verdad a Yoletta, y el solo pensamiento de tal pérdida era más de lo que podía soportar; y por un momento casi odié el amor que me hacía tan indefenso y miserable… tan incapaz de oponerme a sus prácticas estúpidas y bárbaras. Habría sido dulce entonces haberme sentido libre; libre para lanzarles una maldición e irme, sacudiendo el polvo de su casa de mis zapatos, suponiendo que algo de polvo se les hubiera adherido. Entonces Edra empezó a hablar de nuevo y, con gravedad y tristeza, pero sin un toque de austeridad en su tono o modo, me censuró por hacer uso de un lenguaje tan irracional y por permitir que pensamientos amargos y resentidos entraran en mi corazón. Pero el desaliento y la rabia sorda en los que me había hundido me hicieron inmune incluso a la medicina de una amonestación impartida tan gentilmente y, volviendo la cara, me negué obstinadamente a responder. Por un rato ella guardó silencio, pero me equivoqué al imaginar que ahora me dejaría, ofendida, entregado a mis propias reflexiones.

—¿No sabes que me estás causando dolor? —dijo al fin, acercándose un poco más a mí—. Hace poco me dijiste que me amabas: ¿se ha desvanecido ese sentimiento tan pronto, o te produce algún placer herir a quienes amas?

Sus palabras y, más que sus palabras, su tono tierno y suplicante, me atravesaron de remordimiento y no pude resistirme. —Edra, mi dulce hermana, ¡no imagines tal cosa! —dije—. Preferiría soportar muchos castigos antes que causarte dolor. Mi amor por ti no puede desvanecerse mientras tenga vida y entendimiento. Está en mí como el verde en la hoja… ese hermoso color que solo puede ser cambiado por la marchitez de la vejez.

Ella me sonrió perdonándome y, con un brillo húmedo en los ojos que de algún modo me hizo pensar en esa alegría de los ángeles por un pecador que se

arrepiente, se inclinó y rozó mis labios con los suyos. —¿Cómo puedes amar a alguien más que eso, Smith? —dijo—. Y sin embargo, dices que tu amor por Yoletta excede a todos los demás.

—Sí, querida, excede a todos los demás, como la luz del sol excede a la de la luna y las estrellas. ¿No puedes entender eso? ¿Ningún hombre te ha amado nunca con un amor así, hermana mía?

Ella sacudió la cabeza y suspiró. ¿Acaso no entendía mi significado ahora? ¿No habían despertado mis palabras algún recuerdo dulce y triste? Con las manos cruzadas ociosamente en su regazo y el rostro medio ladeado, se quedó mirando a la nada. Parecía imposible que esta mujer, tan tierna y tan bella, nunca hubiera experimentado en sí misma ni presenciado en otro el sentimiento por el que yo le preguntaba. Pero no dio más respuesta a mis palabras; y mientras yacía allí observándola, el espíritu adormecido que la fiebre había dejado en mí venció a mi cerebro, y me dormí una vez más.

Durante varios días, que me trajeron tan pocas fuerzas que no se me permitió dejar la habitación de enfermo, no oí nada más sobre mi castigo, pues evité a propósito hacer pregunta alguna, y nadie parecía inclinado a sacar a colación un tema tan desagradable. Al fin se decidió que estaba lo suficientemente bien para andar por la casa, aunque todavía muy débil, y me condujeron, no al salón de juicios, a donde esperaba que me llevaran, sino a la Habitación de la Madre; y allí encontré al señor de la casa, sentado con Chastel, y con ellos a siete u ocho de los demás. Todos me dieron la bienvenida y parecieron alegrarse de verme fuera de nuevo; pero no pude evitar notar un cierto aire contenido, casi solemne en ellos, que parecía recordarme que se me consideraba un culpable ya declarado, que había sido traído para recibir sentencia.

—Hijo mío —dijo el padre, dirigiéndose a mí con un tono calmado y judicial que de inmediato echó por tierra mis últimas esperanzas—, es un consuelo para nosotros saber que tu ofensa es de tal naturaleza que no puede disminuir nuestro aprecio por ti, ni aflojar los lazos de afecto que te unen a nosotros. Todavía estás débil, y tal vez un poco confundido en tu mente respecto a los eventos de los últimos días: por lo tanto, no te presiono para que des cuenta de ellos, sino que simplemente expondré tu ofensa y, si me equivoco en algún detalle, tú me corregirás. El gran amor que sientes por Yoletta —continuó, y ante esto me sobresalté y me sonrojé dolorosamente, pero las palabras siguientes sirvieron para mostrar que tenía muy poco motivo de alarma—, el gran amor que sientes por Yoletta te causó mucho sufrimiento durante sus treinta días de reclusión lejos de nosotros, de modo que perdiste todo disfrute de la vida, y comiendo poco y estando en continuo

desánimo, tus fuerzas disminuyeron mucho. El último día estabas tan emocionado ante la perspectiva de reunirte con ella, que fuiste a tu tarea en los bosques casi en ayunas, y probablemente después de pasar una noche inquieta. Dime si no es así.

—No dormí esa noche —respondí, con voz algo ronca.

—Sin el descanso del sueño y con menos fuerzas —continuó—, fuiste a los bosques y, para calmar esa agitación en tu mente, trabajaste con tal energía que para el mediodía habías cumplido una tarea que, en otra condición más tranquila de mente y cuerpo, te habría ocupado más de un día. Al actuar así, ya habías sido culpable de una seria ofensa contra ti mismo; pero incluso entonces podrías haber escapado a las consecuencias si, tras terminar tu trabajo, hubieras descansado y te hubieras fortalecido con comida y bebida. Esto, sin embargo, descuidaste hacerlo; pues cuando caíste insensible al suelo, y Yoletta llamó al perro y lo envió a la casa para pedir ayuda, la comida que habías llevado contigo fue hallada intacta en la cesta. Tu vida fue puesta así en gran peligro; y aunque es bueno entregar la vida cuando se ha convertido en una carga para nosotros mismos y para los demás, al estar oscurecida por ese fallo de facultades del que no hay recuperación, ponerla en peligro gratuita o descuidadamente en la flor de su fuerza y belleza es una gran locura y una gran ofensa. ¡Considera cuán profundo habría sido nuestro dolor, especialmente el dolor de Yoletta, si este culpable desprecio por tu propia seguridad y bienestar hubiera terminado fatalmente, como estuvo tan cerca de terminar! Es, por lo tanto, justo y recto que una ofensa de tal naturaleza sea castigada; pero es una ofensa ligera, no como una cometida contra la casa, o incluso contra otra persona, y también recordamos el motivo de ella, ya que no fue un motivo indigno, sino un amor excesivo lo que nubló tu juicio y, por lo tanto, teniendo en cuenta todas estas cosas, era mi intención apartarte de nosotros por el espacio de trece días.

Aquí hizo una pausa, como esperando que yo diera alguna respuesta. Me había reprendido tan gentilmente, incluso aprobando la emoción que había causado mi enfermedad —aunque todavía totalmente a oscuras sobre su significado—, que me hizo sentir muy sumiso e incluso agradecido con él.

—Es solo justo —respondí— que sufra por mi falta, y han mezclado la justicia con más misericordia de la que merezco.

—Hablas con la sabiduría de un espíritu castigado, hijo mío —dijo él, levantándose y poniendo su mano sobre mi cabeza—; y tus palabras me alegran tanto más por saber que estabas lleno de sorpresa y resentimiento cuando se te dijo que tu ofensa merecía un castigo. Y ahora, hijo mío, tengo que decirte que no serás

separado de nosotros, pues la madre de la casa ha dispuesto que tu ofensa sea perdonada.

Miré sorprendido a Chastel, pues esto era muy inesperado: ella miraba mi rostro con la luz de una extraña ternura en sus ojos, nunca antes vista allí. Extendió su mano y, arrodillándome ante ella, la tomé entre las mías y la elevé a mis labios, e intenté, con poco éxito, expresar mi agradecimiento por este excepcional y hermoso acto de misericordia. Entonces los demás me rodearon para expresarme sus felicitaciones; los hombres estrecharon mis manos, pero no así las mujeres, pues todas me besaron libremente; pero cuando Yoletta, llegando al final, puso sus blancos brazos alrededor de mi cuello y presionó sus labios contra los míos, el éxtasis que sentí se vio tan grandemente superado por el dolor de mi posición y el pensamiento, ahora casi una convicción, de que era incapaz de iluminarlos respecto a la naturaleza del amor que sentía por ella, que casi retrocedí ante su querido abrazo.

Capítulo 17

Mi ataque de enfermedad, aunque agudo, había pasado tan rápido que confiaba en recuperar mi vigoroso estado de salud anterior en muy poco tiempo. No obstante, pasaron muchos días y no logré recobrar las fuerzas, sino que permanecí casi en el mismo estado físico en que había salido de la habitación de enfermo. Esto me sorprendió y angustió al principio, pero al poco tiempo empecé a resignarme a tal condición, e incluso a descubrir que tenía ciertas ventajas, la principal de las cuales era que el tumulto de mi mente se había apaciguado por un tiempo, de modo que no ansiaba nada con excesivo afán. Mis amigos me aconsejaron que no trabajara; pero no queriendo comer el pan de la ociosidad —aunque el pan era poco ahora, pues tenía escaso apetito—, me impuse la regla de ir cada mañana al taller y ocuparme durante dos o tres horas en alguna tarea mecánica y ligera que no supusiera un esfuerzo para mí, ni físico ni mental. Incluso este simulacro de trabajo me fatigaba. Luego, tras cambiarme de ropa, me dirigía a la sala de música para reanudar mi búsqueda de conocimiento oculto en cualquier libro que hubiera por allí; pues ya sabía leer, un resultado que mi dulce maestra había sido la primera en notar, y de inmediato abandonó las lecciones que tanto me habían gustado, dejándome vagar a mi antojo, pero sin guía, en aquel desierto de una literatura extraña. Nunca había estado en la biblioteca, y ni siquiera sabía en qué parte de la casa se encontraba; tampoco había expresado jamás el deseo

de verla. Y eso por dos razones: una era que ya había decidido a medias —mis resoluciones solían ser de esa índole— no correr nunca el riesgo de parecer deseoso de saber demasiado; la otra razón, y de más peso, era que nunca me habían gustado las bibliotecas. Me oprimen con un penoso sentimiento de inferioridad mental; pues todos esos decenas de miles de volúmenes, que contienen tanta materia importante pero no valorada, parecen tener una especie de existencia colectiva y me miran, como un hombre con grandes ojos de búho, como a un intruso en suelo sagrado: un bárbaro cuyo lugar adecuado son los bosques. Es una mera fantasía, lo sé, pero me angustia y prefiero no exponerme a ella. Una vez encontré en un libro un pasaje despectivo sobre personas con "constituciones físicas de caballo y cerebros pequeños", que me hizo sonrojarme dolorosamente; pero en el pasaje siguiente el escritor se corrige, diciendo que un hombre debe considerarse afortunado si, en la lotería de la vida, saca el premio de un estómago sano sin mente, pues es mejor que un intelecto fino con un estómago enfermo. Yo había sacado el estómago sano —con hígado, pulmones y corazón a juego— y nunca me había sentido insatisfecho con mi premio. Ahora, sin embargo, parecía conveniente que dedicara algunas horas de cada día a la lectura; pues hasta entonces mis conversaciones e íntima cercanía con los habitantes de la casa no habían disipado la nube de misterio en la que se ocultaban sus costumbres; y por costumbres me refiero aquí únicamente a las relativas al cortejo y al matrimonio, pues eso era para mí lo principal. Los libros que leía, o en los que curioseaba, eran todos sumamente interesantes, especialmente los volúmenes sueltos que consulté pertenecientes a aquella larga serie sobre las Casas del Mundo, pues abundaban en materias maravillosas y entretenidas. También había historias de la casa y obras sobre artes, agricultura y diversos temas, pero no eran lo que yo buscaba.

Tras pasar tres o cuatro horas en estas investigaciones infructuosas, me dirigía a la Habitación de la Madre, donde ahora se me permitía entrar libremente cada tarde y permanecer allí todo el tiempo que deseara. Era tan agradable que pronto adquirí la costumbre de quedarme hasta que la hora de la cena me obligaba a marcharme, pues Chastel me trataba invariablemente con una ternura y un cariño que me resultaban extraños al recordar la impresión tan desfavorable que me había causado en nuestra primera entrevista.

Nunca fue mi naturaleza ser indolente ni amar una existencia tranquila y soñadora; por el contrario, mi falta residía en el extremo opuesto: el ejercicio muscular ilimitado era tan necesario para mi bienestar como el aire puro y la buena comida, y cuanto más rudo fuera el ejercicio, más me gustaba. Pero ahora, en este novedoso estado de languidez, experimentaba un maravilloso descanso tanto de

cuerpo como de mente; y en la Habitación de la Madre, descansando como si todavía me quedara algún cansancio del trabajo, respirando y sumergido en aquella atmósfera fragante y estival, pasaba largos intervalos de perfecta inactividad y silencio, sentado o recostado, no pensando sino en un ensueño, mientras muchos sueños de placeres futuros desfilaban de manera vaga y vaporosa por mi cerebro. El carácter mismo de la habitación —su delicada riqueza, la disposición exquisitamente armoniosa de colores y objetos, y las ilusiones de la naturaleza producidas en la mente— parecía prestarse a este humor inusual y reafirmarme en él.

La primera impresión que producía era de luminosidad: llegar a ella a través de la larga y sombría galería de esculturas era como salir al aire libre, y este efecto se debía en parte a las superficies de blanco y cristal y a la brillantez de los colores allí donde aparecían. Era espaciosa y alta, y la parte central del techo, abovedada o en cúpula, de un azul turquesa claro, descansaba sobre elegantes columnas de cristal pulido. Las puertas eran de vidrio de color ámbar montadas en marcos de ágata; pero las ventanas, ocho en total, constituían la atracción principal. En el vidrio se representaban paisajes de colinas y montañas; las cumbres en algunas de ellas aparecían más allá de amplias y áridas llanuras, blanqueadas por el esplendor del mediodía y el calor del pleno verano, sin una nube que lo atenuara; los picos elevados mostraban un lustre nacarado que parecía alejarlos a una distancia infinita. Mirar hacia fuera, por así decirlo, desde la sombra fingida de aquel cenador o pabellón, hacia esas lejanas extensiones bañadas por el sol donde la luz parecía bailar y vibrar al observarla, era un deleite inagotable. Tal era su efecto en mí, combinado con la nueva y tierna amabilidad de la madre —fruto no sabía si de la compasión o del afecto—, que habría deseado permanecer como un inválido permanente en su habitación.

Otra causa de la clase de felicidad apacible que ahora experimentaba era la conciencia de un cambio en mi propia disposición mental, que me hacía sentir menos extraño en la casa; pues ahora era capaz, imaginaba yo, de apreciar el hermoso carácter de mis amigos, su pureza de corazón cristalina y la religión que profesaban. Mucho tiempo atrás, en los viejos días, había oído, tarde o temprano, hablar mucho sobre la dulzura, la luz y los "filisteos", y no sabiendo muy bien de qué iba todo aquel gran asunto, y oyendo de algunos de mis amigos que yo carecía de las cualidades que ellos más valoraban, me proclamé desde entonces un filisteo y me sentí satisfecho de que la controversia terminara así en lo que a mí respectaba personalmente. Ahora, sin embargo, era como aquel a quien se le ha contado algo importante y que, apenas oyéndolo y olvidándolo de inmediato, sigue con sus asuntos; pero que, al estar despierto por la noche en el silencio de su

alcoba, recuerda las palabras desatendidas y percibe todo su significado. Mi estancia con este pueblo —mujeres angélicas y hombres de ojos amables con labios suaves y sin afeitar, tan suaves en el trato y sin embargo en sus artes "sentando bases eternas"—, y sobre todo las horas de convalecencia que pasaba a diario en la Habitación de la Madre, me habían enseñado cuán poco agraciada era la criatura que yo había sido. Habría sido extraño, en verdad, si en tal atmósfera no hubiera absorbido un poco de dulzura y luz en mi sistema.

En este dulce refugio —este valle somnoliento donde me había arrojado aquella rápida y negra corriente que me había llevado a una distancia incalculable en su seno, y con tal cambio operándose en mi interior— a veces pensaba que un poco más y alcanzaría esa dicha serena y duradera que parecía ser la condición normal de mis compañeros de casa. Mi pasión por Yoletta ardía ahora con una llama suave, que no consumía, sino que solo aportaba una agradable sensación de calor al sistema. Cuando ella estaba allí, sentada conmigo a los pies de su madre, a veces tan cerca que su cabello oscuro y brillante rozaba mi mejilla y su aliento fragante me llegaba a la cara; y cuando acariciaba mi mano y me miraba fijamente con aquellos ojos queridos que no tenían sombra de arrepentimiento o ansiedad, sino solo un amor insondable, podía imaginar que nuestra unión ya era completa, que ella era total y eternamente mía.

Sabía que esto no podía continuar. A veces no podía evitar que mis pensamientos se alejaran del presente; entonces, de repente, el cariz de mi sueño cambiaba, oscureciéndose como un hermoso paisaje cuando una nube oculta el sol. No para siempre dormiría y soñaría el demonio de la pasión en mi pecho; con la salud recuperada despertaría de nuevo y, aumentando siempre en poder y siempre frustrado en su deseo, levantaría una vez más aquella negra tempestad del pasado para abrumarme. Seguían otras visiones más oscuras: me veía a mí mismo como en un espejo mágico, yaciendo con el rostro pálido y vuelto hacia arriba, con mucha gente a mi alrededor, yendo y viniendo de un lado a otro, retorciéndose las manos y llorando a gritos de dolor, estremeciéndose ante la visión aborrecida de la sangre en sus suelos sagrados y brillantes; o, peor aún, me veía temblando en harapos sórdidos y demacrado por un hambre prolongada, fugitivo en alguna tierra invernal y desolada, lejos de toda compañía humana, con la imagen misma de Yoletta reducida a cenizas sin forma en mi cerebro por la locura; y de todas las sensaciones, sentimientos, recuerdos y pensamientos, no me quedaba nada sino un reflejo distorsionado del mundo visible y una inquietud terrible que me impulsaba, como con un látigo de escorpiones, siempre adelante, para vadear todavía otros torrentes negros y helados, y abrirme paso sangrando por todavía

otros matorrales espinosos, y escalar las murallas de todavía otras colinas gigantescas y yermas.

Pero estos momentos de terrible depresión, nuevos en mi vida, eran infrecuentes y rara vez duraban mucho. Chastel era mi ángel bueno; una palabra, un roce de su mano, y los espíritus feos se desvanecían. Parecía poseer una facultad misteriosa —quizás solo la aguda perspicacia y simpatía de una naturaleza sumamente espiritualizada— que la informaba de mucho de lo que pasaba en mi corazón: si llegaba una sombra cuando ella no tenía deseos o fuerzas para conversar, me hacía acercarme a su asiento y apoyaba su mano sobre la mía, y la sombra se alejaba de mí.

No podía evitar reflexionar a menudo y con asombro sobre este gran cambio en su actitud hacia mí. Sus ojos se posaban en mí con amor, y sus sufrimientos más agudos, así como las desafortunadas y torpes expresiones que se me escapaban con frecuencia, parecían igualmente incapaces de arrancarle una sola palabra áspera o impaciente. Ya no era yo solo uno más entre sus hijos, con el privilegio de venir a sentarme a sus pies para compartir con ellos su afecto imparcial; y recordando que yo era un extraño en la casa, y que salía mal parado en comparación con los demás, la preferencia manifiesta que mostraba por mí y el deseo de tenerme casi constantemente con ella parecían un gran misterio.

Una tarde, mientras estaba a solas con ella, comentó que mis lecciones de lectura habían cesado.

—Ah, sí, ya sé leer perfectamente —respondí—. ¿Puedo leerte algo de este libro? —Al decir esto, acerqué la mano a un volumen que yacía en el diván a su lado. Difería de los otros libros que había visto por su tamaño más pequeño y su encuadernación azul.

—No, en este libro no —dijo ella, con un matiz de molestia en la voz, extendiendo la mano para evitar que lo tomara.

—¿He vuelto a cometer un error? —dije, retirando la mano—. Soy muy ignorante.

—Sí, pobre muchacho, eres muy ignorante —respondió ella, poniendo su mano en mi frente—. Debes saber que este es un libro de madre, y solo una madre puede leer en él.

—Me temo —dije con un suspiro— que pasará mucho tiempo antes de que deje de ofenderte con tales errores.

—No hay motivo para decir eso, pues no me has ofendido, solo haces que me sienta triste. Cada día que estás conmigo intento enseñarte algo, allanar el camino

para ti; pero debes recordar, hijo mío, que otros no pueden sentir hacia ti lo que yo siento, y podría ocurrir que a veces se ofendan contigo, porque su amor es menor que el mío.

—¿Pero por qué me importas tanto? —pregunté, animado por sus palabras—. Una vez pensé que solo tú, de todos los de la casa, nunca me amarías: ¿qué ha cambiado tus sentimientos hacia mí? Pues sé que han cambiado. —Ella me miró, sonriendo con un poco de tristeza, pero no respondió—. Creo que sería más feliz si lo supiera —reanudé, acariciando su mano—. ¿No me lo dirás?

Había una extraña turbación en su rostro mientras sus ojos miraban hacia otro lado y luego volvían a los míos, mientras sus labios temblaban como con palabras no pronunciadas. Entonces respondió:

—No, no puedo decírtelo ahora. Te haría feliz, tal vez, pero aún no ha llegado el momento oportuno. Debes ser paciente y aprender, pues tienes mucho que aprender. Es mi deseo que conozcas todas aquellas cosas concernientes a la familia de las que eres ignorante, y cuando digo todas, me refiero no solo a las adecuadas para alguien en tu condición actual, como hijo de la casa, sino también a aquellas materias superiores que pertenecen a los jefes de la casa: al padre y a la madre.

Entonces, desechando toda cautela, respondí:

—Es precisamente el conocimiento de esas materias superiores concernientes a la familia lo que he estado ansiando desde que entré en la casa.

—Lo sé —respondió ella—. Esa ansia de la que hablas fue en parte la causa de tu fiebre, y está en ti, manteniéndote todavía febril y débil; si no fuera por eso, en lugar de estar aquí prisionero, estarías ahora fuera, sintiendo el sol y el viento en tu rostro.

—Y si lo sabes —supliqué—, ¿por qué no me transmites ahora el conocimiento que puede sanarme? Pues seguramente todas esas materias menores —esas cosas adecuadas para que alguien en mi condición las conozca— pueden aprenderse después, a su debido tiempo. Porque no son de importancia urgente, pero lo otro es para mí una cuestión de vida o muerte, si lo supieras.

—Lo sé todo —respondió ella rápidamente. Pero una nube había cubierto su rostro ante mis últimas palabras, y una mirada de sobresalto apareció en sus ojos—. ¡Vida y muerte! ¿Sabes lo que estás diciendo? —exclamó, fijando sus ojos en mí con una seriedad tan intensa que los míos bajaron avergonzados ante su mirada. Luego, al cabo de un rato, atrajo mi cabeza contra sus rodillas y habló con una extraña

ternura—. ¿Tan difícil te resulta ejercer un poco de paciencia, hijo mío, que no consientes en lo que te digo y temes confiar tu futuro en mis manos? Mi tiempo es corto para todo lo que tengo que hacer, y sin embargo yo también debo ser paciente y esperar, aunque para mí sea lo más duro. Pues ahora tu llegada, que al principio no valoré, viendo en ti solo a un peregrino como otros —alguien que por azares del viaje había sido náufrago y abandonado sin hogar en el mundo, hasta que te encontramos y te dimos refugio—, ahora ha traído algo nuevo a mi vida: y si esta esperanza fresca, que no es sino una vieja esperanza perecida que ha vuelto a nacer, llega alguna vez a cumplirse, entonces la muerte perderá mucha de su amargura. Pero hay dificultades en el camino que solo el tiempo y la energía de un alma que centre todas sus facultades en un solo deseo, una sola empresa, pueden superar. Y la dificultad principal la encuentro en ti mismo: en esa disposición extraña y adversa revelada tan a menudo en tu conversación, y que has mostrado incluso ahora; pues ser así interrogada y presionada, y que se dude de mi juicio, me habría ofendido grandemente en otro. Recuerda esto y no abuses del privilegio de que gozas: recuerda que debes cambiar mucho antes de que yo pueda compartir contigo los secretos de mi corazón que te conciernen. Y ten presente, hijo mío, que no te estoy reprendiendo por falta de conocimientos; pues sé que de muchas deficiencias no eres culpable. Sé, por ejemplo, que la naturaleza te ha negado esa voz melodiosa y flexible en la que es nuestra costumbre rendir homenaje cada día al Padre, para expresar todos los sentimientos sagrados de nuestros corazones, todo nuestro amor mutuo, la alegría que tenemos en la vida e incluso nuestras penas y sufrimientos. Pues la pena es como una nube oscura y opresiva, hasta que de los labios y las manos estalla en la lluvia de la melodía y somos aliviados, de modo que incluso las cosas que son dolorosas dan a la vida una gloria nueva y purificada. Y lo mismo que con la música ocurre con todas las demás artes. Hay un doble placer en contemplar las obras de nuestro Padre: del primero y más sencillo participas con nosotros; pero el segundo y más noble, que brota del primero, es nuestro a través de esa facultad por medio de la cual la belleza y la armonía del mundo visible se transmutan en el alma, que es como un prisma de cristal que recibe el rayo de sol blanco y lo cambia en luz roja, verde y violeta: así la naturaleza se transmuta en nuestras mentes y se expresa en el arte. Pero en ti falta esta segunda facultad, de lo contrario no renunciarías voluntariamente a un placer tan grande como el que su ejercicio proporciona, ni amarías la naturaleza como quien ama a su prójimo pero no tiene palabras para expresar un sentimiento tan dulce. Pues la felicidad del amor con simpatía, cuando se da a conocer y es correspondida, se multiplica; y en toda obra artística no comulgamos con la naturaleza ciega e irracional, sino con el espíritu invisible que está en la naturaleza, inspirando nuestros corazones, devolviendo amor por

amor y recompensando nuestro trabajo con una dicha duradera. Por lo tanto, es tu desgracia, no tu culpa, el estar privado de este supremo consuelo y felicidad.

A este discurso, que tuvo un efecto deprimente en mí, respondí con tristeza:

—Cada día siento mis deficiencias más agudamente, y deseo con más ardor acortar la gran distancia que nos separa; pero ahora —dulce madre, perdóname por decirlo— tus palabras casi me hacen desanimar.

—Y sin embargo, hijo mío, he hablado solo para alentarte. Conozco tus limitaciones y no espero nada más allá de tus capacidades; tampoco me preocupan demasiado tus errores, creyendo como creo que con el tiempo serás capaz de descartarlos de tu mente. Pero el temple de tu espíritu debe cambiar para ser digno de la felicidad que he diseñado para ti. La paciencia debe purificar ese espíritu temerario que hay en ti; en lugar de una diligencia febril que alterna con la indiferencia o el desaliento, debe haber un esfuerzo constante; y para esa llama inestable de esperanza, que arde tan brillantemente por la mañana y por la tarde canta tan bajo, debe haber una esperanza brillante, firme y racional. Sería extraño en verdad que después de esto estuvieras desanimado; y para que no olvides nada, diré de nuevo que solo dándote una felicidad duradera y el deseo de tu corazón puede mi única esperanza cumplirse. Considera cuánto te digo en estas palabras; me entristece pensar que haya sido necesario decir tanto. Y no pienses mal de mí, hijo mío, por querer retenerte un poco más en esta prisión conmigo: pues en poco tiempo tu debilidad pasará como una nube matutina. Pero para mí no habrá cambio, puesto que debo permanecer día y noche aquí con la sombra de la muerte; y cuando me saquen de aquí y el sol vuelva a dar en mi rostro, no lo sentiré y no lo veré, y yaceré olvidada cuando tú estés en medio de tus años felices.

Sus palabras hirieron mi corazón con un agudo dolor de compasión.

—¡No digas que serás olvidada! —exclamé apasionadamente—. Pues si te llevaran lejos, seguiré amando y adorando tu recuerdo, tal como te adoro ahora que estás viva.

Ella acarició mi mano, pero no habló; y cuando levanté la vista, su rostro demacrado se había hundido en la almohada y sus ojos estaban cerrados.

—Estoy cansada… cansada —susurró—. Quédate conmigo un poco más, pero déjame si me duermo.

Y al poco rato se durmió. La luz daba en su rostro, apoyado en la almohada púrpura; y con los ojos llenos de alma cerrados, y los labios que no tenían el color

rojo de la vida también cerrados e inmóviles, era como un rostro tallado en marfil de alguien que hubiera sufrido como Isarte en la casa y hubiera perecido hace largas generaciones; y el abundante cabello oscuro y sin brillo que lo enmarcaba parecía muerto también, y del color del hierro forjado.

Capítulo 18

Las palabras de Chastel me calaron hondo, mucho más de lo que cualquier otra cosa me había calado antes. Aunque ella me había dejado a oscuras a propósito sobre muchos temas importantes, decidí ganarme su respeto y estrechar nuestro vínculo corrigiendo esos fallos de mi carácter que me había señalado con tanto cariño.

Pero, por desgracia, el día siguiente me traería un nuevo disgusto. Al entrar en el comedor, noté que un ambiente sombrío rodeaba la casa. El padre estaba sentado con el rostro pálido y cansado, y la mirada perdida. Luego entró Yoletta; su dulce cara estaba más pálida que cuando la vi tras su largo castigo, y tenía esas ojeras moradas que delatan una noche en vela y un corazón lleno de angustia. Me enteré con mucha pena de que la enfermedad de Chastel había empeorado de repente y había pasado la noche sufriendo muchísimo. Lo primero que pensé fue: «¿Qué va a ser de mí y de mis sueños de felicidad si ella muere?». Por suerte, me avergoncé enseguida de ese pensamiento tan egoísta. Aun así, no podía quitarme la tristeza de encima y, como no me sentía con ánimos de trabajar ni de leer, me fui a la Habitación de la Madre para estar lo más cerca posible de ella. ¡Qué sola y triste parecía la estancia sin ella! Aunque los paisajes de las paredes seguían brillando como si fuera verano, sentía un frío de muerte que me calaba hasta los huesos. El día pasó lentísimo y no había señales de mejora. Me quedé allí hasta pasada la medianoche y, tras dormir tres o cuatro horas pésimas, volví en cuanto empezó a clarear. Chastel seguía igual o peor, porque no había pegado ojo.

Hacia el atardecer, Yoletta vino a buscarme. El aviso me asustó tanto que me quedé temblando, sin poder hablar; pensaba que se estaba muriendo. Pero Yoletta me explicó que su madre no podía dormir por un dolor de cabeza horrible y quería que yo le pusiera la mano en la frente para ver si se aliviaba. No me pareció que fuera a funcionar, pero me dijo que otras veces lo habían conseguido y que, como esta vez no lo lograban, Chastel había pedido que lo intentara yo.

Entré por primera vez en su dormitorio. Chastel estaba en una cama baja en el centro de la habitación. Estaba blanca como la almohada y gemía de dolor, pero

sus ojos se clavaron en los míos en cuanto entré. El padre estaba a su lado sujetándole la mano, pero se levantó para dejarme sitio. Me arrodillé y Yoletta puso mi mano derecha con mucha delicadeza sobre la frente de su madre. Chastel no decía nada, solo gemía, con los ojos fijos en mí. Al final, le susurré:

—Madre, ¿quieres decirme algo?

—Sí, acércate —contestó. Y cuando acerqué mi mejilla a la suya, continuó: —No temas, hijo; no voy a morir. No puedo morir hasta que se cumpla lo que te dije.

Me alegré mucho, pero también me dolió que ella supiera que yo había tenido ese miedo tan cobarde.

—Madre, ¿puedo decirte algo? —pregunté, queriendo contarle mis buenos propósitos.

—Ahora no, ya sé lo que quieres decir —me dijo—. Ten paciencia y no pierdas la esperanza, aunque estemos tiempo sin vernos, porque tardaré muchos días en salir de aquí para volver a hablar contigo.

Lo dijo tan bajito que los demás ni se enteraron de que había hablado. Poco después se quedó dormida y Yoletta me sacó de allí. Ya en la otra habitación, Yoletta se echó a llorar desconsolada.

—Tranquila, Yoletta —le dije abrazándola—, no va a morir.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó ella secándose las lágrimas.

Le repetí lo que me había dicho su madre: «No voy a morir». Eso la alivió muchísimo.

—Ah, entonces ella sabía que tu mano la ayudaría a dormir —dijo sonriendo.

—Y tú, cariño, ¿cuánto hace que no duermes?

—Tres días.

—¿Quieres sentarte aquí conmigo y descansar un poco?

Se sentó a mi lado, se acurrucó con los brazos alrededor de mi cuello y se quedó dormida en un segundo, como una niña cansada. Estaba yo allí besándole el pelo con toda la felicidad del mundo cuando apareció el padre. Se sentó a mi lado y me dijo sonriendo:

—Esta también se ha dormido. No te preocupes, Smith, podemos hablar sin despertarla.

Me puso la mano en el hombro y me confesó que al principio le había sorprendido un poco por mi ropa de peregrino y porque no sabía nada de arte, pero que ahora estaba tranquilo porque veía que yo tenía una gran capacidad de amar. Decía que mi éxito al hacer dormir a la madre era gracias a ese «verano del corazón» que yo tenía.

Yo le dije que no creía que mi amor fuera mayor que el de los demás, pero él insistió con una explicación muy mística sobre cómo el cuerpo y el alma tienen que estar en sintonía, como un instrumento musical. Decía que el hecho de que yo lo hubiera conseguido les hacía quererme aún más.

Luego, cuando dije que «rogaba al cielo» para que la madre despertara bien, me soltó un discurso sobre la oración. Me dijo que era un error pedirle cosas a Dios. Según él, es de ignorantes pedir alivio al Creador, porque Él ya sabe lo que necesitamos y no va a cambiar las leyes de la naturaleza por una persona. Me puso el ejemplo de un ciervo herido en el bosque o un pájaro perdido en el mar que sufren en silencio.

Aunque sus argumentos eran lógicos, yo no quería soltar esa última creencia que me quedaba, sobre todo porque me la había enseñado mi propia madre. Por suerte, no tuvimos que discutir más porque avisaron de que Chastel seguía durmiendo y el padre se fue a descansar, dejándome a Yoletta en brazos.

A solas y a oscuras, la besé cien veces y le susurré cosas bonitas al oído. Cuando despertó, se asustó un momento por la oscuridad, pero enseguida se acurrucó contra mi mejilla.

—¡Amor mío! —me dijo—. ¡Qué bien he dormido en tus brazos! Tengo mil cosas que decirte, pero al final un beso dice más que las palabras, así que te voy a besar ahora y así me ahorro el discurso.

—Dime al menos una de esas mil cosas, Yoletta.

—Smith, antes pensaba que no podía quererte más, pero ahora sé que estaba equivocada. Mi corazón es tuyo para siempre. Nunca te dejaré marchar de esta casa. Si intentas irte a ver mundo, te agarraré fuerte como ahora y te borraré cada «adiós» con un beso hasta que te quedes conmigo.

Capítulo 19

Aunque por ahora no podía ver a Chastel ni a Yoletta —quien no se separaba del lado de su madre—, debería haber sido feliz, ya que todo parecía aliarse para que

mi vida fuera valiosa. Sin embargo, estaba lejos de serlo. Después de oír hablar tanto sobre la "razón" en mis últimas charlas con los padres de la casa, empecé a prestarle una atención inusual a esa facultad mía, intentando descubrir con su ayuda el secreto de la tristeza que me oprimía el corazón todo el tiempo. Solo descubrí lo que otros ya habían descubierto antes: que el hábito de la introspección corroe la mente y solo sirve para empeorar el mal que intenta curar.

Durante aquellos días de descanso en la Habitación de la Madre, cuando me sentaba con Chastel, ese espíritu de melancolía me había acompañado; pero su presencia sagrada le daba un matiz divino. Mis pasiones dormían y, salvo en momentos muy raros, veía al dolor como algo inmensamente lejano. En ese entonces, el rugido de las olas me parecía un eco distante en costas extrañas; y esa pausa me resultaba tan dulce que pedí y rogué para que continuara. Pero en cuanto me separaron de ella, el encanto se rompió. Todos mis pensamientos —como nubes que brillan al atardecer hasta que el sol se pone— empezaron a oscurecerse con una penumbra misteriosa. Por más que me esforzaba, no lograba alcanzar ese estado de ánimo sereno y confiado que ella quería ver en mí, y sin el cual no podía haber un futuro feliz. A pesar de todos los consejos y promesas, y de lo que la razón me dictaba, cada noche me iba a la cama con el corazón pesado; y cada mañana, al despertar, ese fantasma triste me esperaba junto a la almohada para acompañarme a donde fuera, recordándome que mi destino estaba en manos de un destino implacable, más poderoso que Chastel, que haría añicos sus planes para mi felicidad como si fueran de cristal.

Habían pasado varios días —unos quince, supongo, porque no los conté— desde que me permitieron entrar en la habitación de la madre. Entonces llegó un día precioso que me trajo una agradable sensación de salud y me hizo querer escapar de mis sueños sombríos. "¿Por qué quedarme encerrado y deprimido?", pensé. Era mejor estar activo; el sol y el viento tienen un poder curativo. Era uno de esos días perfectos que rara vez aparecen a finales de otoño, con el invierno ya asomando. Durante mucho tiempo el cielo había estado cubierto por procesiones interminables de nubes salvajes —fugitivas destrozadas por el viento en tonos grises y negros—; las tormentas eran frecuentes y repentinas, perdiéndose como fantasmas en las colinas brumosas. El viento rugía sobre los árboles con sonidos que imitaban al trueno. Y las hojas —millones de hojas secas acumuladas bajo los gigantes del bosque—, que yacían inmóviles como cosas muertas, de pronto cobraban una vida fantástica con el viento, siseando como víboras y corriendo por los espacios vacíos en su propio lenguaje de hojas muertas, hasta que una ráfaga más fuerte las elevaba en columnas de remolinos hacia las nubes. Luego, por un momento, se abría un claro en el cielo y los rayos de sol iluminaban la neblina azul,

la lluvia inclinada y las ramas negras y brillantes, dándole una gloria momentánea al tumulto de la naturaleza.

En mi estado, con el cuerpo débil y la mente abatida, este clima tempestuoso que a alguien sano le encantaría, a mí no me decía nada; al contrario, intensificaba mi melancolía. Y aun así, me obligaba a salir día tras día, aunque temblaba con el viento frío. Me fascinaba como una batalla épica de la que no puedes apartar la vista. Se me habían metido ideas tan oscuras que parecían supersticiones. Sentía que no era yo, sino la naturaleza la que había cambiado; que su luz familiar se había convertido en una mirada amenazante que me asustaba. A veces, caminando solo como un fantasma entre los árboles sin hojas, me detenía pálido de miedo, escuchando los sonidos del bosque como si fueran cantos fúnebres que profetizaban alguna tragedia inevitable.

Este día soleado, en cambio, le iba mejor a mi estado de ánimo. El sol brillaba como en primavera y el cielo estaba impecable. Recordando mis días felices cortando leña, tomé mi hacha y caminé hacia el bosque. Vi a Yoletta mirándome desde la terraza y la saludé con la mano. Antes de llegar, ella corrió hacia mí, preocupada, para advertirme que todavía no tenía fuerzas para ese trabajo. Le aseguré que no pensaba esforzarme demasiado y seguí mi camino mientras ella volvía con su madre.

El sol me dio una alegría pasajera y empecé a tararear canciones viejas. Eran canciones sobre el final del verano, con un toque triste, que me recordaban versos sobre flores que mueren y pájaros que buscan costas más cálidas. Todo hablaba de tristeza, así que decidí dejar la poesía y no pensar en nada. Intenté distraerme mirando a unos halcones que volaban en círculos muy arriba. Al mirar ese cielo azul tan infinito, recordé cuántas veces antes le había rezado al Espíritu Invisible; pero entonces recordé las palabras del padre de la casa, la oración murió en mi corazón y una extraña sensación de orfandad me entristeció, obligándome a bajar la mirada al suelo.

A mitad de camino, en un descampado, me encontré con una bandada enorme de cigüeñas, al menos quinientas, descansando de su viaje. Eran aves majestuosas, de color gris claro con un collar negro y patas rojas. Mi presencia no las molestó hasta que estuve muy cerca; entonces levantaron el vuelo con un gran estruendo de alas para aterrizar un poco más lejos.

Desde que empezó el mal tiempo, habían aparecido muchísimas aves nuevas, sobre todo acuáticas. Me dijeron que eran viajeras que venían del norte huyendo del frío hacia el sur. En mis días peores, todo este movimiento me causaba miedo; veía a esos ejércitos alados como mensajeros del mal. Pero hoy, el interés que

sentía por estas cigüeñas era una buena señal de que recuperaba la cordura. Deseé que Yoletta estuviera conmigo para verlas, porque ella amaba a las aves y sabía todo sobre ellas.

Su especie favorita ahora era el "pájaro de las nubes". Se llamaban así porque volaban en grupos que se dispersaban y se juntaban constantemente, pareciendo desde lejos una nube que cambia de forma. Eran un poco más grandes que los estorninos, de un color azul brillante casi negro, con el pecho castaño. Bajo el sol, sus piruetas eran hermosas y el sonido de sus trinos como campanillas era la expresión perfecta de una vida libre y jubilosa. Yoletta me había contado que pasaban el verano en pantanos solitarios, pero que con el frío buscaban la compañía humana y se quedaban cerca de la casa hasta la primavera. Me asombró ver tantos hoy; pero no era raro, considerando que ya no había cazadores en la tierra que los mataran por diversión ni mujeres que quisieran sus plumas como trofeos.

Cuando llegué al bosque, fui al mismo lugar donde había cortado aquel árbol grande la última vez, cuando Yoletta me encontró tras su encierro. Allí estaba el tronco gigante tal como lo dejé. Empecé a golpear las ramas, pero mis golpes eran débiles y me cansé enseguida, así que me senté a descansar. Recordé cómo, sentado allí mismo, había escuchado el roce de las hojas secas y vi a Yoletta corriendo hacia mí con los brazos abiertos y la cara llena de alegría. Quizás vendría hoy también; seguramente vendría porque me deseaba tanto como yo a ella, y quizás podría escaparse una hora de la habitación de la enferma. Me quedé inmóvil, casi sin respirar, aguzando el oído para captar su paso ligero. Cada vez que un pajarito movía una hoja, me levantaba emocionado esperando abrazarla. Pero no vino; y al final, con el corazón roto por la espera, me cubrí la cara con las manos y lloré como un niño decepcionado.

De pronto, algo me tocó. Al quitarme las manos de la cara, vi al gran perro gris que había ayudado a Yoletta cuando me desmayé. Estaba sentado frente a mí con su barbilla apoyada en mis rodillas. Sin duda recordaba aquel día y venía a cuidarme.

—¡Bienvenido, viejo amigo! —le dije. Necesitaba afecto, así que lo rodeé con mis brazos y apoyé mi cara en la suya. Luego lo miré a los ojos. —Mira, amigo —le dije, hablando en voz alta por falta de una persona—, tú no me lames la cara ni mueves la cola solo por adorno. Me recuerdas que no eres como los perros que yo conocía; esos que hablaban con la cola y siempre estaban sucios. ¿A dónde habrán ido todos? Los collies, los terriers, los galgos, los perros de caza… y también los callejeros y los perros falderos gordos de mil razas. Todos han muerto hace tanto que la naturaleza ya habrá reciclado sus huesos para hacer flores o gotas de lluvia.

Antes, todos los dueños decían que a sus perros "solo les faltaba hablar". Nadie dice eso de ti, mi guardián silencioso; la adoración a los perros desapareció con todos los otros disparates del intelecto humano. Pero creo que eres más inteligente que tus antepasados; tienes algo parecido a una conciencia. Eres una buena bestia, eso es todo. Amas y sirves a tu amo, cuidas sus rebaños y sus campos, pero sabes que no debes entrar en su casa sagrada.

—¿Qué le pasó a la Tierra y cuánto duró ese sueño del que desperté para encontrar todo tan cambiado? No lo sé, ni importa mucho. Solo sé que hubo una especie de hoguera gigante en la que se quemó todo lo que antes se valoraba: política, religiones, sistemas filosóficos, "ismos" y "ologías" de todo tipo; escuelas, cárceles, iglesias; el tabaco y el alcohol; reyes y parlamentos; los cañones y hasta los pianos; la historia, la prensa, el dinero… todo se consumió como paja seca. ¿Por qué no me abruma pensar en eso? En aquella época tan llena de cosas —¡y tan vacía!—, ¿no había voces que profetizaban el fin? Yo mismo sentía a veces un pensamiento que atravesaba mi cerebro como un rayo: la idea de que todo lo que creíamos y planeábamos iba a desaparecer de golpe. Me pasaba al leer filosofía, o al escuchar a un predicador aburrido en una iglesia elegante, o al caminar por calles llenas de gente, o al oír a un político quejarse del gobierno. "Un poco más", me decía ese pensamiento, "y todo esto dejará de existir". No habíamos encontrado el secreto de la felicidad; todo nuestro esfuerzo estaba mal dirigido. En todas nuestras teorías y entusiasmos estaba escrito "Pasará", como la escritura que vio Baltasar en la pared de su palacio en Babilonia.

—Ese pensamiento ya no me viene. "Pasará" no está escrito en la tierra, que sigue siendo el escenario verde de Dios. La hierba no era más verde ni las flores más dulces cuando el hombre fue creado. Y la raza humana —el resultado de todo ese pasado inimaginable— también parece tener el sello de lo eterno; se parece a una montaña enorme que tiene sus raíces en el centro del mundo. Me da respeto mirarla, pero es inútil preguntarme si el pasado, con sus líos y alegrías pasajeras, era mejor que este presente tranquilo. No me importa nada más que Yoletta; y si el viejo mundo tuvo que arder para que ella fuera creada, me alegro de que así fuera. Porque mi mayor esperanza ahora es llevar algún día esa flor perfecta conmigo.

—Solo tengo un problema ahora: un lobo que me sigue a todas partes, amenazando con despedazarme. No tú, viejo amigo, sino un lobo metafórico, mucho más terrible. En la oscuridad, sus ojos brillan vigilándome, y hasta de día su sombra me persigue de habitación en habitación. ¿Desaparecerá algún día como un fantasma de la mente, o se acercará cada vez más hasta saltar sobre mí? ¡Si tan solo pudieran vestir mi mente como vistieron mi cuerpo, para ser como ellos, sin este mal en el corazón, siempre contentos y tranquilos! Pero pensar no sirve de

nada. ¡Estoy harto de pensar, lo odio! Me voy a buscar a Yoletta, ya que ella no viene a mí. Adiós, viejo amigo; te has portado bien escuchando este discurso. Te servirá de tanto como a mí me sirvieron los sermones que tuve que aguantar en los viejos tiempos.

Le di otra caricia, me levanté y volví a la casa, pensando tristemente que ni el buen tiempo había logrado mejorar mi ánimo.

Capítulo 20

Al llegar a la casa, me decepcionó otra vez no ver a Yoletta; aunque no tenía motivos para sentirme así, ya que apenas pasaba del mediodía y ella solo salía de cuidar a su madre en intervalos largos —por la mañana y antes del anochecer— para respirar aire puro unos minutos.

El salón de música estaba desierto cuando entré, pero el sol que entraba por las puertas del sur lo hacía sentir cálido y agradable. Caminé hasta el fondo del salón, recordando que había visto unos libros allí cuando no tenía tiempo ni ganas de revisarlos. Necesitaba algo que leer; aunque en ese entonces la lectura me resultaba pesada, no había mucho más que pudiera hacer. Encontré los libros —tres volúmenes— en la parte baja de un nicho en la pared. Arriba, en un hueco a la altura de mis ojos, vi una botella con forma de bulbo, de cuello largo y delgado, con colores preciosos. Ya la había visto antes, pero sin prestarle atención entre tantos tesoros que había en la casa; ahora, teniéndola tan cerca, no pude evitar admirar su belleza y sentir curiosidad por la escena que tenía grabada. En la parte más ancha estaba rodeada por una franja donde aparecían jóvenes esbeltos, vestidos con ropas delicadas de color rosa y alas de mariposa en los hombros, corriendo o caminando deprisa, tocando instrumentos. Sus rostros brillaban de alegría y el viento les despeinaba el cabello dorado: una procesión alegre sin principio ni fin. Detrás de ellos, en un gris pálido y medio borrados por la niebla del fondo, aparecía una segunda procesión que iba en dirección opuesta: hombres y mujeres de todas las edades, pero sobre todo ancianos, con rostros demacrados y tristes; algunos cabizbajos, otros retorciéndose las manos o golpeándose el pecho, todos sumidos en una angustia total.

Arriba de la botella había un hueco circular en el nicho, de unos treinta centímetros de diámetro. Tenía encajado un aro de metal con cuerdas de oro finas como hilos de telaraña; detrás de ese aro había otro, y más al fondo otros más, todos

encordados igual, de modo que al mirar dentro parecía lleno de una neblina de telaraña dorada.

Acerqué un asiento acolchado a ese rincón apartado, donde nadie que pasara por el salón pudiera verme. Me senté y, como me daba flojera buscar un atril, apoyé el libro en mis rodillas. Se titulaba Conducta y Ceremonial, y estaba dividido en secciones cortas con sus títulos. Al hojearlo y leer frases sueltas, pensé que sería un libro muy útil para estudiar cuando estuviera de mejor ánimo, ya que tenía instrucciones detalladas sobre cómo comportarse en la casa: desde cómo atender a los peregrinos hasta qué ropa usar en los festivales anuales. Revisándolo así de rápido, terminé pronto el primer volumen y pasé al segundo aún más rápido, porque las últimas secciones trataban temas lúgubres que no quería leer; los puros títulos ya me ponían mal: El deterioro por la edad, Males de la mente y del cuerpo, luego La muerte y, finalmente, El manejo de los difuntos. Al terminar, tomé el tercer volumen, el último, y la primera parte se titulaba: La renovación de la familia. Empecé a leer esta parte con atención y pronto descubrí que, por fin, me había topado por accidente con una mina de oro con la información exacta que tanto había buscado. Intentando controlar mi nerviosismo, seguí leyendo página tras página a toda velocidad; había cosas que no me interesaban mucho, pero de paso se tocaban los temas que más me urgía saber, a veces explicados al detalle. Conforme avanzaba, la oscuridad profética que me había oprimido todo el día se convirtió en la negrura de la desesperación. De repente, levanté los brazos, el libro se me resbaló de las rodillas y cayó con estruendo al suelo. Ahí se quedó a mis pies, boca abajo, con sus hermosas páginas dobladas y arrugadas por el peso. Ahora ya sabía la verdad, y ese sueño de felicidad que iluminaba mi vida se había terminado.

Ahora poseía el secreto de esa calma eterna y sin pasiones de estos seres que habían dejado atrás, a una distancia inmensa, las emociones más fuertes de las que mi corazón era capaz, como si fueran instintos de lobos o simios. Para los hijos de la casa no podía haber matrimonio; en cuerpo y alma eran distintos a mí. No tenían nombre para ese sentimiento que yo les había declarado tantas veces; por eso me repetían una y otra vez que solo existía un tipo de amor, porque ellos, lamentablemente, solo podían sentir uno.

En ese momento no quise leer más ni me detuve a pensar en el misterio que seguía sin explicarse: la existencia del padre y la madre en la casa, de cuya unión nacía la familia, y quienes, siendo fértiles, eran padres de una raza estéril. Tampoco me pregunté quiénes serían sus sucesores; porque, aunque vivían mucho, eran mortales como sus hijos, y en esta casa parece que sus vidas estaban llegando al fin. Esas preguntas no me importaban. Me bastaba con saber que Yoletta nunca me amaría como yo a ella, que nunca sería mía en cuerpo y alma, a mi manera y no

a la suya. Con una amargura indescriptible recordé mi charla con Chastel: ahora todas sus promesas de cariño y sus planes para hacerme feliz me parecían una burla, pues ni siquiera ella había entendido mi corazón mejor que los demás. Esa felicidad fría como la luz de la luna era lo máximo que sus hijos podían imaginar, pero no tenía ningún atractivo para mi corazón destrozado por la pasión.

Cuando empecé a recuperarme un poco del shock y a darme cuenta de lo que había perdido, la miseria casi me vuelve loco. Deseé nunca haber hecho ese descubrimiento fatal, para poder seguir esperando y soñando, aunque fuera desgastando mi corazón buscando lo imposible; cualquier destino era mejor que la desolación absoluta que ahora tenía enfrente. Incluso llegué a desear tener el poder de un dios o un demonio implacable para destruir las casas sagradas de esta raza nueva, borrarlos para siempre y volver a llenar este mundo pacífico con millones de personas luchando y pasando hambre como en el pasado, para que la hermosa flor del amor, que se había marchitado en los corazones humanos, volviera a florecer.

Mientras estos pensamientos locos me pasaban por la cabeza, me levanté y me apoyé contra el borde del nicho, con la botella de colores frente a mis ojos. Tenía unas letras grabadas que apenas noté: líneas finas como cabellos debajo de las dos procesiones. Incluso en mi estado de agitación, me sorprendió ver que las letras al final de una frase formaban las palabras: ...y para la vida vieja habrá una vida nueva.

Giré la botella y leí la frase completa: Cuando el tiempo y la enfermedad te opriman, y el sol se enfríe en el cielo, y ya no haya alegría en la tierra, y el fuego del amor se apague en el corazón, bebe de mí, y para la vida vieja habrá una vida nueva.

"¡Otro secreto importante!", pensé. "Este día sí que ha sido productivo. Una cura para todas las enfermedades, incluso para la vejez, para que un hombre viva doscientos años y siga disfrutando la vida. Pero para mí, la vida ya no tiene sentido y no quiero durar tanto". Había más texto, quizás otro secreto, pero dudaba que me diera algún consuelo.

Cuando tu alma se oscurezca y te cueste distinguir el bien del mal, y los pensamientos que tengas te lleven a la locura, bebe de mí y cúrate.

"¡No, no beberé para curarme! Prefiero mil veces los pensamientos que llevan a la locura que esta existencia gris y sin amor. No quiero curarme de una enfermedad tan dulce".

Tomé la botella y le quité el tapón. El tapón formaba una copita curiosa donde decía en el borde: Bebe de mí. Vertí un poco del líquido; era amarillo pálido y tenía un olor tenue y dulzón, como a madreselva. Luego lo regresé a la botella y la puse en su lugar.

Bebe y cúrate. No, todavía no. Algún día, quizás, cuando mi dolor fuera insoportable, me vería obligado a buscar el consuelo aburrido que ofrecía esta botella. Amar sin esperanza ya era triste, pero estar sin amor era todavía peor.

Ya me había calmado un poco; saber que tenía el poder de escapar para siempre de ese deseo desesperado me ayudó a pensar con más claridad. Empecé a razonar. Nadie sospecharía jamás de mis sentimientos secretos, y en el mundo de mi imaginación todavía podría esconderme con mi amor y disfrutar al máximo. ¿No sería eso mejor que esta "cura", esta calma vacía que me ofrecían? Con el tiempo, mis sentimientos perderían intensidad y se convertirían solo en un dulce entusiasmo al abrazar a mi amada y besarla. ¡Pero no! Eso era un sueño inútil; no podía engañarme a mí mismo. ¿Quién puede ponerle límites al demonio de la pasión?

Confundido y sin saber qué era mejor, mis pensamientos me llevaron de vuelta a ese pasado muerto y lejano, donde el amor era tan importante en la vida del hombre. Era mucho, sí; pero en ese mundo sobrepoblado, el amor compartía el alma con una miseria creciente: la de los hambrientos que odiaban a Dios y al hombre, y la de los que, teniéndolo todo, temían que el fin llegara.

Pensé en esto durante media hora y me dije: "Si le contara a Yoletta tan solo una parte de este pasado tan negro, ¿no me pediría ella misma que bebiera para olvidar, y me serviría el licor para que lo tomara?".

Volví a tomar la botella con manos temblorosas y llené la copita hasta el borde. Dije: "Por ti, Yoletta, beberé para curarme; porque eso es lo que tú querrías, y tú eres más importante para mí que la vida o la pasión. Pero cuando este fuego se apague —este sentimiento que arde en cada gota de mi sangre—, sé que seguirás siendo para mí una hermana sagrada y una prometida inmaculada, a la que mi alma adorará más que a cualquier madre de la casa; que amarte y ser amado por ti será mi gran alegría toda la vida".

Me bebí la copa con calma, tapé la botella y la puse en su lugar. El licor no sabía a nada, pero estaba más frío que el hielo y me hizo temblar al tragarlo. Me pregunté si me daría cuenta del cambio que iba a provocar en mí. Luego, arrepintiéndome un poco, deseé que Yoletta viniera para poder abrazarla con todo el fervor de siempre una última vez antes de que el frío del licor hiciera efecto. Finalmente,

levanté con cuidado el libro del suelo y acomodé las páginas dobladas, sintiendo haberlo dañado. Me senté de nuevo con el libro abierto en mis rodillas. Noté que se había abierto unas páginas más adelante de donde lo dejé, pero no quise retroceder. Mis ojos se fijaron mecánicamente en la parte superior de la página y esto fue lo que leí:

"…elegir a una de las hijas de la casa; es justo que ella se alegre por esa excelencia superior que la llevó a un estado tan alto y a tener autoridad sobre todos los demás, ya que en ella, junto con el padre, se centra toda la majestad y gloria de la casa. Aunque debe ser una alegría solemne y serena, como la del peregrino que viaja a una región lejana y, al ver desaparecer la costa de su país, piensa al mismo tiempo en las bellezas que lo esperan y en la gran distancia que lo separará por años de todo lo conocido y de los seres que más ama, y en los peligros del océano donde tantos se han perdido. Porque ahora, un cuerpo y un alma transformados la separarán para siempre de quienes eran iguales a ella; y junto a esa felicidad superior que le espera, vendrán los dolores y peligros del parto, con nuevas penas y preocupaciones que los demás no conocen. Pero para los hijos de la casa, por su ascenso y porque habrá una madre nueva elegida de entre ellos, no habrá ninguna sombra; y tomándola de la mano y besándola en señal de alegría y del nuevo amor filial que le tendrán, la llevarán a la Habitación de la Madre, donde vivirá el resto de sus días. Ya no servirá en la casa ni recibirá regaños; todos la servirán con amor y respeto, pues es su madre predestinada. Y durante un año no tendrá autoridad, siendo alguien aparte, estudiando los libros secretos que a nadie más se le permite leer, siguiendo las instrucciones hasta que ese nuevo conocimiento la prepare para el papel para el que fue elegida".

Este pasaje fue una revelación para mí. Volví a recordar las palabras de Chastel, sus promesas de que sabía lo que yo sentía, de que veía las cosas más claras que los demás y que solo dándome lo que mi corazón deseaba se cumpliría la última esperanza de su vida. Ahora creía entender esas frases misteriosas, y una nueva emoción llena de esperanza me invadió, haciéndome olvidar la miseria de hace un rato e incluso esa sensación de frío intenso que me causó el licor de la botella.

Seguí leyendo, pero al pasaje anterior le seguían instrucciones detalladas sobre la ropa que debía usar la hija elegida durante su año de preparación, cómo debía tratar a los demás miembros de la familia y a los peregrinos, y otros asuntos secundarios. Impaciente por llegar al final, intenté pasar las páginas rápido, pero noté que mi brazo se había vuelto extrañamente rígido y frío; pesaba como si fuera de hierro y pasar cada hoja me costaba un esfuerzo enorme. Leí otra página con mucha dificultad; a pesar de mis ganas, mis ojos se quedaban fijos en el centro de la hoja y apenas podía obligarlos a seguir las líneas. Leí que la futura madre, al

terminar su año de preparación, se levanta antes del amanecer y se va sola a un lugar lejano para pasar horas en soledad y silencio. Mientras tanto, en la casa, todos se visten de púrpura y salen cantando al amanecer a recoger flores para adornarse; luego van al lugar acordado a buscar a su nueva madre y, al encontrarla, la llevan a casa con música y alegría.

Cuando llegué al final de la página y quise pasar a la siguiente, me di cuenta de que ya no podía mover la mano. Mis brazos eran como barras de hierro, sin sensibilidad alguna, y mis manos, apretando el libro como las de un cadáver congelado, lo sostenían inmóvil frente a mí. Intenté levantarme y sacudirme esa rigidez, pero no podía mover ni un músculo. ¿Qué significaba esto? No sentía dolor ni incomodidad; el frío intenso casi había desaparecido y mi mente estaba activa y clara. Podía ver y oír, pero estaba tan impotente como si estuviera enterrado en un ataúd de mármol a mil metros bajo tierra.

De pronto recordé el trago de la botella y una duda terrible me atravesó el corazón. ¡Dios mío! ¿Había entendido mal el significado de aquellas palabras? ¿Acaso la muerte era la "cura" que prometía esa botella a quienes bebieran de ella? "Cuando la vida se vuelve una carga, es bueno dejarla"; ahora, demasiado tarde, las palabras del padre cuando me regañó después de mi fiebre volvían a mi mente con todo su peso.

De repente oí una voz llamándome por mi nombre y, en un segundo, la tormenta en mi interior se calmó. Sí, era la voz de mi amada; ella venía por mí, ella me salvaría en este momento tan crítico. Me llamó una y otra vez, pero su voz se oía cada vez más lejos; y con una angustia infinita recordé que ella no podría verme donde yo estaba sentado. Intenté gritar: "¡Ven rápido, Yoletta, sálvame de la muerte!", pero aunque repetía las palabras en mi mente con un terror agónico, mi lengua congelada no emitía ningún sonido. Luego escuché un paso ligero en el suelo y la voz clara de Yoletta.

—¡Oh, por fin te encuentro! —exclamó—. Te he estado buscando por toda la casa. Tengo algo alegre que decirte, algo que te hará más feliz que aquel día —¿te acuerdas?— cuando me viste llegar al bosque. La madre por fin salió de su habitación; está otra vez en la Habitación de la Madre, esperando impaciente para verte. ¡Ven, vamos!

Sus palabras sonaban clarísimas y, aunque no podía mover los ojos para verla, me pareció verla mejor que nunca, con una alegría nueva que resaltaba su belleza. ¡Su imagen brillaba en mi alma! Y no solo la suya, porque de pronto, por un milagro de la mente, vi a toda la familia frente a mí; y en medio estaba Chastel, mi dulce y sufrida madre, como aquel día después de mi enfermedad cuando me perdonó.

Ella me miraba con un amor y una compasión divinos, con los labios entreabiertos y un poco de color en su cara pálida. Y en mi alma también brilló la imagen de la casa, con sus habitaciones tranquilas llenas de arte y recuerdos, cada piedra brillando con belleza eterna; ¡una casa tan duradera como las llanuras, los ríos y los bosques! ¡Dulce hogar de amor, paz y pureza! ¡Qué dicha tan grande! ¡Qué herencia tan rica, y ahora la voy a perder para siempre! ¡Sálvame de la muerte, Yoletta, amor mío, mi prometida… sálvame… sálvame… sálvame!

Entonces algo me tocó o cayó sobre mi cuello, y al mismo tiempo una sombra cubrió la página frente a mí. Los colores empezaron a flotar sin forma, mezclándose como vapores o bailando ante mis ojos como insectos brillantes al sol. Supe que ella se estaba inclinando sobre mí, con su mano en mi cuello y su cabello cayendo sobre mi frente.

En esa inmovilidad y silencio forzados, esperé unos momentos.

Entonces, un grito desgarrador, como de alguien que ve de pronto a un fantasma negro, resonó en el salón, sacudiendo mi cerebro con un terror de locura y haciendo vibrar todas las arpas ocultas en las paredes y el techo. Los sonidos volvieron a mí, a veces fuertes y a veces bajos, cargados de una angustia y desesperación infinitas, como las voces de multitudes perdidas en el espacio oscuro. Cada eco vibraba con dolor; las ondas me levantaban y me dejaban caer, hasta que se hicieron más pequeñas, los sonidos más débiles, y finalmente murieron en un silencio eterno.